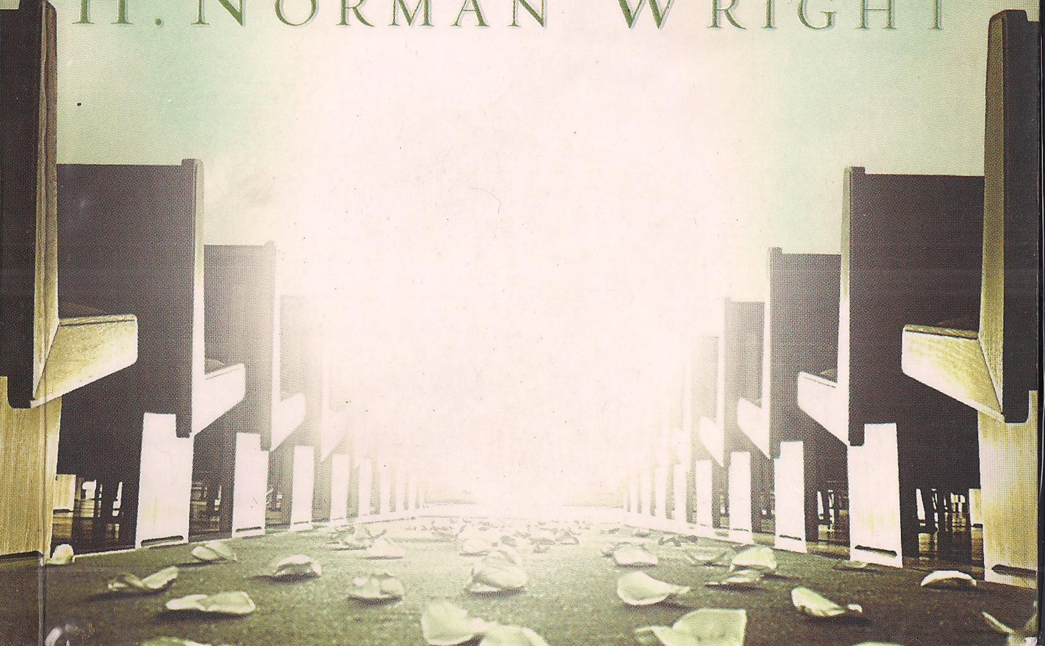
EL MATRIMONIO SUJETO A DIOS

Edifica un amor para toda la vida

H. NORMAN WRIGHT





¿Cómo Es Estar Casado Conmigo?

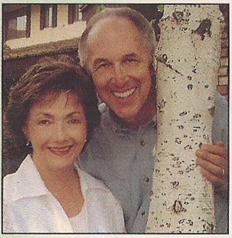
Ponerse en los zapatos del otro siempre nos da una perspectiva renovada. ¿Probaste alguna vez ponerte en el lugar de Dios?

El educador y autor de éxitos de librería H. Norman Wright se abre camino por la confusión cultural y aclara el concepto de la institución matrimonial como la creó Dios en un principio: una unión hermosa, comprometida y eterna. Es un lazo que deja una sola opción a todo el que alguna vez prometiera «Sí quiero»: hacer que funcione a pesar de todo.

Entonces, ¿cómo hacerlo?

Wright tiene en cuenta las tentaciones y las luchas que enfrentan las parejas de hoy en día y ofrece una guía práctica y probada basada en la Palabra de Dios. Tú y tu cónyuge descubrirán cómo responder al llamado de ser uno, enfrentarán el desafío de amar y aceptarán el reto de transmitir su historia a otros.

El matrimonio sujeto a Dios te ayudará a ver las cosas desde la perspectiva de Dios. Es lo mejor que podrías hacer por tu matrimonio.



H. Norman Wright es un terapeuta licenciado en matrimonio, familia y los hijos que ha escrito más de setenta libros, incluyendo *Momentos de quietud para matrimonios*, *Antes de decir «Sí»* y *Comunicación: La clave para su matrimonio*. Después de treinta y cinco años de práctica privada, sirve como profesor investigador en la Facultad de Posgrado en Teología Talbot. El Dr. Wright y su esposa, Joyce, tienen cuarenta y cinco años de casados y viven en Bakersfield, California.

www.editorialunilit.com

ISBN 0-7899-1425-5

90000

9 780789 914255

EDITORIAL UNILIT

Producto 495465

Categoría: Vida cristiana / Relaciones / Amor y matrimonio

«Publicamos para la familia»

EL MATRIMONIO SUJETO A DIOS

H. NORMAN WRIGHT

EDITORIAL UNILIT

Sepa

Publicado por
Editorial Unilit
Miami, Fl. 33172

Primera edición 2007

Originalmente publicado en inglés con el título:
One Marriage Under God by H. Norman Wright
Publicado por Multnomah Books
una división de Random House, Inc.
12265 Oracle Boulevard, Suite 200
Colorado Springs, Colorado 80921 USA

Traducción: Adriana E. Tessore de Firpi

Producto 495465
ISBN 0-7899-1425-5

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Categoría: Vida cristiana/Relaciones/Amor y matrimonio
Category: Christian Living/Relationships/Love & Marriage

CONTENIDO

Capítulo uno

ROMPAMOS EL SILENCIO

SUENA TU TELÉFONO. Es una de tus mejores amigas. Escuchas las palabras: «Se terminó»... y luego silencio. Entonces las palabras comienzan a brotar: «Hace años que no soy feliz en mi matrimonio. ¿Para qué conservarlo y ser infelices? ¡Nada parece producir un cambio! Somos muy desdichados, así que al menos el divorcio nos dará un nuevo comienzo y la posibilidad de encontrar un alma gemela. Y los niños se recuperan con facilidad. Se pueden adaptar. Tan solo necesito crear un grupo de personas que me apoye en este momento».

Es cierto, el lamento de una persona que se siente atrapada en su matrimonio es cosa de todos los días. Sin embargo, la cosa es distinta cuando lo escuchas de parte de un *amigo*. ¿Qué puedes decirle? ¿Qué le *dirías* a un amigo en un momento como este? Piénsalo.

Estás en un restaurante y ves allí a una pareja joven de la iglesia. En cierta época fuiste maestro de la Escuela Dominical de la joven.

Ella te presenta a su amigo John y dice: «¡Estamos tan entusiasmados! Acabamos de irnos a vivir juntos. Quizá nos casemos algún día, pero queremos asegurarnos de ser compatibles y de amarnos de verdad. El matrimonio es muy riesgoso y son muchos los que se divorcian. De esta manera podremos seguir estudiando sin las presiones y los problemas financieros del matrimonio. ¿Qué opinas?».

¿Qué podrías responder a esto? ¿Qué les *dirías*?

Ten la seguridad de que el matrimonio, tal y como lo conocemos, no ha llegado a su fin. Jamás lo hará. ¡Por supuesto, ha recibido algunos golpes! Lo han agredido en varios frentes con todas las ganas. A muchos les agradaría expandir su significado y definición en nuestra sociedad. Sin embargo, estos ataques han ocurrido por años, a veces con una sutileza que oculta la erosión producida.

David Gushee da una descripción vívida en su libro *Getting Marriage Right*. Él relaciona al matrimonio con una catedral a punto de derrumbarse. Sus cimientos y apoyos han padecido una erosión gradual durante generaciones y ahora tan solo experimentamos sus resultados[1].

Nuestra cultura no solo es indiferente al matrimonio, sino también un poquito hostil. Ya no se «acostumbra» decir que el matrimonio es el mejor camino; se considera que las alternativas son más atractivas.

Houston, tenemos un problema.

Solo que ahora no se trata de un problema técnico en el espacio, sino que es un ataque a los mismos cimientos de la familia tradicional. Tan solo algunas de las tendencias han estado arrojando resultados negativos: casados en primeras nupcias, niños nacidos de madres casadas, niños que viven con mamá y papá. Mientras tanto, los que no se casan, los que cohabitan y los niños nacidos de madres solteras van en aumento. Si observas con atención, verás que esto afecta tu propia comunidad y tu iglesia.

Entonces exclamamos: «Dios mío, ¡tenemos un problema!». Ya Él lo sabe. La cuestión es si nosotros sabemos cuán serio es el problema.

¿Y estamos dispuestos a enfrentar de forma directa a nuestra cultura amiga del divorcio?

No se trata tan solo de parejas que se divorcian, que se dan por vencidas y abandonan el plan de Dios para el matrimonio. Todos contribuimos con el problema al guardar silencio mientras se desintegran los matrimonios a nuestro alrededor. Cuando dos personas se presentan ante testigos y la iglesia para entregarse el uno al otro hasta que la muerte los separe, no existe una «cláusula de escapatoria» en el contrato. Esto a menudo se inserta con posterioridad.

El matrimonio es un ejemplo terrenal específico del pacto *eterno* de Dios con nosotros. Dios no renuncia. ¿Acaso se dio por vencido con los hijos de Israel mientras vagaban por el desierto? ¿Se dio por vencido con la iglesia? Dios no renuncia. Él no desea que renuncie un matrimonio imperfecto. Eso no figura en el libreto.

Todos hemos escuchado las quejas.

«Fue suficiente».

«Me doy por vencido».

«No tengo nada más que aportar a este matrimonio».

«Voy a arrojar la toalla».

Son las palabras de un cónyuge que ya no tiene esperanza ni energía ni deseo de seguir aportando ese a matrimonio. Están listos para rendirse, para sucumbir ante el divorcio. La frase «arrojar la toalla» es una expresión que proviene de las primeras épocas del boxeo. Cuando uno de los contrincantes estaba demasiado golpeado y exhausto, y ya no daba más, se arrojaba una toalla blanca al cuadrilátero. Esto significaba que se rendía y reconocía su derrota. Sin embargo, el boxeador nunca era el que arrojaba la toalla. Lo hacía su equipo técnico de la esquina, el mánager o entrenador. *Él* era el que tomaba la decisión y no el boxeador.

Cuando alguno de nosotros piensa en arrojar la toalla en nuestro matrimonio, no es una decisión que debamos tomar nosotros. Es más,

con demasiada frecuencia la tomamos sin consultar con el Mánager de nuestra vida. Quizá lo hagamos porque somos conscientes de lo que diría nuestro Mánager.

Necesitamos ver el matrimonio de la manera que lo hace el Dr. William Doherty:

> El matrimonio con una visión de largo alcance tiene la convicción de que nada podrá separarnos, que lucharemos juntos con cualquier obstáculo que se nos presente, que si el barco hace agua haremos el achique, que redefiniremos nuestras metas individuales si se salen de línea, que compartiremos el liderazgo en el mantenimiento y la renovación de nuestro matrimonio, que renovaremos nuestro matrimonio si observamos que se está anquilosando, que si peleamos mucho o poco aprenderemos a pelear mejor, que si las relaciones sexuales ya no son buenas hallaremos la manera de que lo vuelvan a ser, que aceptaremos las debilidades del otro que no puedan remediarse y que cuidaremos el uno del otro cuando seamos ancianos. Esta clase de compromiso no se hace una vez, sino una y otra vez a lo largo de la vida. Nos aferramos a ello durante las oscuras noches del alma que ocurren en casi todos las parejas, esos momentos cuando cuesta sentir amor, pero la promesa nos mantiene unidos[2].

Los votos matrimoniales son el prototipo de la promesa divina de nunca separarnos. Cuando Dios creó el universo, sus actos creativos estaban salpicados con la expresión: «Y Dios consideró que esto era bueno». Con una excepción. Él observó al primer hombre y dijo: «No es bueno que el hombre esté solo». Por eso los creó hombre y mujer a fin de que estuvieran juntos. Y esto *fue* bueno.

Sin embargo, en los últimos cuarenta y cincuenta años ha surgido otra expresión del matrimonio. Se le denominó el «*boom* del

divorcio» y muchos dijeron: «Esto es bueno». Se dijo que esta tendencia manifiesta que las parejas están poniendo una *mayor* importancia en el matrimonio y no menos, ya que no desean permanecer insatisfechos en un matrimonio, sino que esperan formar otro que los satisfaga. No obstante, esta creencia ha resultado ser falsa, ya que la mayoría de los nuevos matrimonios también han fracasado en obtener los resultados esperados.

Lo que ahora tenemos es «matrimonio en retirada» y no por culpa del divorcio. Muchos han probado la opción de no casarse. La convivencia, el gran experimento estadounidense, ha venido para quedarse por años. A pesar de eso, tampoco cumplió con lo prometido.

Abogados defensores del matrimonio

Las alternativas se han vuelto tan comunes que el periódico *The Wall Street Journal* informa que los matrimonios de muchos años se han convertido en el nuevo símbolo de estatus. Los estadounidenses siguen afirmando que un matrimonio feliz es la meta número uno. Es más, entre el ochenta y cinco y el noventa por ciento de los estadounidenses siguen optando por casarse[3].

Y con todo, en las iglesias dudamos si debemos o no hablar del estándar de «un matrimonio» según las leyes de Dios, incluso de una manera amorosa y positiva. ¿Será que tenemos miedo de ofender o incomodar a los divorciados o que ya van por su segundo o tercer matrimonio? Si la iglesia no se ajusta al estándar divino y no muestra al mismo tiempo cómo esto puede ser posible, ¿quién lo hará?

Por lo tanto, ¿cuál es nuestra reacción ante los que nos comentan que están terminando su relación matrimonial? ¿Decimos: «¿Sabes? Si yo estuviera en tu situación, tampoco lo toleraría» o «Te mereces algo mejor... Mereces ser feliz»?

¿Te agrada el rechazo? A mí no. Pocos son los que cultivan el rechazo. Deseamos agradar a los demás y que nos acepten. Aun así, para que eso suceda podemos ir demasiado lejos e incluso llegar a ofrecer un consejo que va contra lo que dicen las Escrituras. Sobre todas las cosas, tenemos el llamado a vivir contra nuestra cultura, pero la iglesia se ha desplazado en la dirección opuesta. Nos quedamos callados cuando deberíamos hablar. Estamos dispuestos a permanecer neutrales en vez de tomar partido por una postura impopular. Y, como personas, estamos ocupados en nuestro propio matrimonio a tal punto que estamos dispuestos a dejar que los otros se desintegren.

Cuando por casualidad nos enteramos que un amigo o un miembro de la iglesia se va a divorciar, con frecuencia mantenemos una postura de incómodo silencio. Ansiamos que no nos hablen de eso, porque se generaría una tensión. Por un lado, no deseamos que la pareja se separe y tenemos la sensación de que eso está mal, pero por el otro no queremos ofender a nadie. Por eso, con nuestro silencio contribuimos con nuestra cultura amiga del divorcio.

¿Qué ha sucedido con nuestro accionar de intervenir y *ayudarlos* a encontrar una salida?

¿Qué pasaría si le decimos a la pareja en problemas: «Comprendo su situación, ¿pero consideran que han puesto absolutamente todo de sí en su matrimonio? ¿Han eliminado todos los impedimentos y procurado consejería profesional?».

¿Qué pasaría si vamos a la Palabra de Dios y decimos: «Veamos lo que Dios dice acerca del divorcio»?

He observado que parejas con grandes problemas y sufrimiento pudieron experimentar restauración y sanidad. Es posible. Puede suceder y, por cierto, sucede.

Hace unos años, se publicaron dos libros (*Know What You Believe* y *Know Why You Believe*) que ayudaron a muchos cristianos a comprender las doctrinas y las creencias esenciales de la fe. Estos libros explicaban

las razones para creer lo que creemos. Estas obras son también relevantes para los que estamos casados. ¿Qué crees acerca del matrimonio? ¿Alguna vez te has detenido a considerar lo que crees acerca de él? La mayoría no. Tan solo están casados... ¿pero *por qué* están casados? ¿Por qué es tan importante?

Necesitamos más parejas que sepan por qué están casadas.

Necesitamos más parejas que sean *abogados defensores* del matrimonio.

Necesitamos parejas dispuestas a alegar a favor de esta institución dada por Dios.

Como sociedad y como iglesia, damos por sentado el matrimonio. Permitimos que los estados y el gobierno federal lo diluyan y les den a otros el reconocimiento y los beneficios que pertenecen en forma exclusiva a los casados.

Damos por sentado que nuestros hijos se casarán, ¿pero y si se decepcionan del matrimonio por lo que vieron en otras parejas y en nuestra nación? Quizá decidan convivir, quedarse solteros y tener hijos. Si tus hijos se plantaran ante ti y dijeran: «Muy bien, convénceme de que el matrimonio es el único camino», ¿qué les dirías? Cuando termines este libro, serás capaz de responder este interrogante de una forma nueva y llena de poder.

Guardianes del matrimonio

Cumplidores de Promesas, un llamado al compromiso espiritual para los hombres, es uno de los movimientos más positivos del país que se ha extendido en las últimas décadas. Además de este ministerio, surgió un movimiento más reducido llamado *Marriage Keepers*, diseñado de manera especial para proteger los matrimonios. Hace algunos años participé con este grupo en un seminario de enriquecimiento matrimonial

durante un crucero a Alaska. Me intrigaba esta idea de ser un guardián del matrimonio y las consecuencias que tendría en nuestra propia pareja y en las de los demás. (Otro escritor se refirió a este concepto enfocándolo más desde el aspecto de lo que la iglesia puede hacer y no tanto en los individuos. Véase el capítulo de *Getting Marriage Right* de David Gushee, Baker Books).

¿Qué significa ser guardián del matrimonio y cómo se traduce en la práctica? En primer lugar, necesitamos analizar la palabra «guardián». El sentido de guardar o cuidar lo hallamos en los primeros capítulos de Génesis, donde Abel *pastoreaba* ovejas. En el sentido amplio, significa cuidar de algo o de alguien con atención y preocupación. Continuando con esa misma idea, en Génesis 6 está el relato de cómo Noé preservó a los animales en el arca y *cuidó* de ellos. Aquí se refiere a «preservar la vida». Otro uso se relaciona con respetar las obligaciones del pacto ante Dios (véanse Éxodo 20:6 y Deuteronomio 8:2); es decir: obedecer, cumplir y poner en práctica con fidelidad las obligaciones de nuestro pacto. Varios pasajes del Nuevo Testamento contemplan la misma idea de obedecer la ley y sus obligaciones (véanse, por ejemplo, Juan 8:51; Efesios 4:3; Santiago 1:26 y 1 Pedro 3:16). El significado en estos casos incluye la preservación, el cuidado, la obediencia, la dependencia y el cumplimiento.

Guardar el matrimonio incluye preservar, cuidar y honrar el matrimonio[4]. Es un compromiso a cumplir donde sea y no solo en nuestro matrimonio, sino también en el de los demás. Se refiere a estar dispuestos a ayudar cuando otras parejas te necesitan o a ser francos e intervenir en una relación con problemas *aun cuando no nos den permiso para entremeternos.* Significa que seamos sinceros respecto al ejemplo que damos como matrimonio para que otras parejas sientan la libertad de decirnos: «Necesitamos ayuda». En una serie que dimos en nuestra iglesia sobre temas matrimoniales, nuestro pastor comentó con sinceridad lo siguiente: «Como muchos saben, mi esposa y yo hemos pasado por

dificultades matrimoniales, sobre todo porque ambos somos bastante conflictivos». Y continuó con la descripción de algunos de los cambios y ajustes que hicieron para poder llegar a la situación actual.

Ser guardián del matrimonio significa estar en misión y demostrar que el plan de Dios para el matrimonio da resultados, convocar a que otros lo experimenten según el plan divino y rescatar a los que están a punto de separarse. Pocos son los que consideran que el matrimonio es un campo misionero de la iglesia. He escuchado afirmar: «Que cada uno se las arregle en su matrimonio. Yo tengo bastante con el mío. No me voy a inmiscuir».

Sin embargo, no hay opción. Tenemos el mandato de ser ejemplo como matrimonio, imperfecto, sí, pero creciendo y avanzando porque Cristo está en medio de nuestra relación. Y si decimos que Jesucristo produce una diferencia en nuestro matrimonio, la gente nos observará, así como lo haría con cualquiera que elija vivir según un estilo de vida contrario a nuestra cultura. Como lo expresara G.K. Chesterton: «[El matrimonio] es el teatro del drama espiritual»[5].

Esto es así. Espera que así sea. Jesús dijo: «Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo» (Mateo 5:16). Los autores de *Marriage Made in Heaven* escribieron lo siguiente:

> Tenemos el llamado a ser hijos de Dios *en* el mundo, una alternativa ineludible, una presencia visible, una voz persuasiva. Nos han mandado a hacer buenas obras con el objetivo de que la gente pueda verlas y dar gloria a Dios que está en los cielos. Dos mujeres que habían salido de compras se detuvieron a contemplar un elegante par de zapatos expuesto en la vidriera. Una le comentó a la otra: «¡Mira esos zapatos! Solo un italiano es capaz de hacer un par así!». Como hijos de Dios, tenemos el llamado a vivir dentro de nuestra cultura de manera tal que el

mundo que nos observa pueda ver nuestra vida y decir: «Solo un cristiano puede tener un matrimonio así»[6].

No solo tenemos que acercarnos a los demás, sino que debemos permitir que otros se nos acerquen cuando estamos en problemas. Algunas parejas son fabulosas para dar, pero se resisten a recibir. Puede ser que el orgullo o el temor nos pongan trabas, pero cuando tu matrimonio está en necesidad, debes ser receptivo.

Como consejero, participo en equipos que intervienen en momentos de crisis. En cuestiones trágicas o dolorosas asistimos a las víctimas y ofrecemos ayuda para recuperarse. Actuamos luego de producidos los hechos. Sin embargo, en las cuestiones matrimoniales, la iglesia necesita contar con equipos que intervengan en las crisis para actuar de alguna manera *antes* de que se separe el matrimonio.

Conozco algunas parejas que estaban a punto de divorciarse, pero que se reconciliaron, incluso algunas desgarradas por el adulterio, pero que experimentaron el perdón de Dios y entre ellos. Estas parejas restauradas han desarrollado antenas intuitivas de alta definición para detectar posibles problemas en otras parejas. Se acercan al matrimonio que está en conflicto, desarrollan una relación y están listos para intervenir antes de que se desencadene el desastre. Estas valientes parejas transmiten con franqueza en iglesias, conferencias y clases su camino recorrido y los pasos que los llevaron al borde de la desintegración de su matrimonio. Están dispuestas a decir a los demás: «Algunos de ustedes están recorriendo ese mismo camino y otros ya llegaron al límite. Quisiéramos conversar con ustedes porque si nosotros fuimos capaces de salir de esa situación, ustedes también podrán hacerlo. Nunca es tarde». Y las parejas acuden a ellos. ¿Por qué? Porque ellos los comprenden, pasaron por lo mismo y ofrecen esperanza porque son guardianes del matrimonio.

Es mi anhelo que este libro te lleve a convertirte en un guardián del matrimonio por el bien de tu propia pareja y de los demás. Espero transmitirte un mayor entendimiento y apreciación del plan de Dios para el matrimonio y que tú puedas expresar a otros los escollos de las alternativas de la sociedad.

¿Te parece abrumador? Quizá.

¿Pero alcanzable? ¡Por supuesto!

Capítulo dos

EL GUIÓN

EN LA INDUSTRIA CINEMATOGRÁFICA, cada estudio espera que todas las películas que produzcan se conviertan en un éxito de taquilla. Cuando una película la ven millones, el estudio gana millones. Se habla de una película taquillera que batió todos los récords. El término «taquillero» en inglés es *blockbuster*, que nos remite, por cierto, a la mayor cadena de alquiler de películas que exhibe los éxitos del momento en materia fílmica.

Una película toca nuestras emociones, influye en nosotros, afecta nuestros sentimientos y creencias y, con frecuencia, nos produce un alivio en la monotonía de la vida cotidiana. Las películas marcan tendencia en los estilos de vestimenta, en las actividades recreativas, en la música e incluso en los vehículos que conducimos. Nos muestran cómo es vivir con esperanza y sin ella. En ocasiones, las realidades de

la vida se exponen de forma superrealista, mientras que otras veces las películas sirven como escapismo. Lo sé por experiencia.

Para mi familia y para mí, que crecí en Hollywood en los años de 1940 y 1950, ir al cine era algo que hacíamos una o dos veces a la semana. Como la mayoría de los estadounidenses, íbamos al cine como entretenimiento. Y, como todo el mundo, teníamos nuestros actores y actrices de preferencia. Rara vez prestábamos atención a los demás nombres del reparto, y no recuerdo haber escogido un film basándome en el director, el productor o el guionista. Sin embargo, nos gustaban las grandes películas de los grandes estudios (MGM, RKO, Paramount) que contaban historias formidables y prometían ofrecernos un excelente entretenimiento. Queríamos ver las películas más taquilleras.

Hace poco, nuestro pastor comenzó una serie sobre el matrimonio titulada: *Matrimonios taquilleros: Escrita, dirigida y producida por Dios.* Esto es lo que todos deseamos: un matrimonio taquillero, un matrimonio excepcional. Y es posible tenerlo porque, como reparto, se nos ha dado el ingrediente más importante: Tenemos el guión del escritor, director y productor. Sin embargo, como a veces hacen los actores y actrices altaneros e indisciplinados del plató de filmación, a veces cambiamos las escenas y los diálogos sin informárselo a nadie. Esta clase de conducta desequilibra a todos, retrasa la producción, eleva el costo de la película y genera tensiones con los otros participantes.

El motivo por el que la mayoría de las parejas luchan en su matrimonio es porque en algún lugar y de alguna manera han cambiado el guión y echaron al director o no lo tuvieron en cuenta. Tienen su propia idea sobre lo que debería hacer un matrimonio o cómo debería funcionar, de manera que felizmente siguen sus ideas de aficionados y desechan una trama que da resultado. Dios tiene un plan para cada matrimonio, un plan que cumple un gran propósito, y el matrimonio funciona mejor cuando uno se compromete a seguir el guión del director. Eso es lo que consideraremos juntos: el guión.

Escenas de un matrimonio

Un problema muy común es que a muchos de nosotros nos preocupa en primer lugar nuestra felicidad personal y autosatisfacción en el matrimonio y *luego* la felicidad de nuestro cónyuge. Queremos que nuestra pareja nos complazca. He escuchado a algunos que afirman: «No... eso no da resultado. Es al revés. Tu primera prioridad es la felicidad de tu compañero. Tienes que *agradarlo*».

Ambos están equivocados. El apóstol Pablo dijo que nuestro objetivo debe ser agradar a Dios (véase 2 Corintios 5:9). Sé que es una manera diferente de ver nuestro matrimonio, pero todos los días necesitamos tener en cuenta lo que hacemos y decimos, y preguntarnos: *¿Es esto algo agradable para Jesucristo?* Brinda un enfoque diferente acerca de la relación, ¿no lo crees?

En cambio, la mayoría nos andamos preguntando: *¿Esto me producirá satisfacción? ¿Cómo puedo sentirme satisfecho? ¿Qué me agrada y me hace feliz? Y, ¡ah!, por cierto... ¿qué hará feliz a mi cónyuge?*

Me pregunto cuál sería el estado de nuestra unión si comenzáramos cada día preguntándonos: *¿Qué agradaría a Dios hoy en mi matrimonio? ¿Qué palabras y qué pensamientos lo complacerían?* ¿Y si nos las hiciéramos de nuevo antes de ver a nuestro cónyuge al final del día? Esta clase de interrogantes cambia el enfoque, lo sacan de nosotros mismos para ponerlo en Jesús. Si vamos a vivir el Nuevo Testamento, necesitamos seguir las palabras de Pablo: «Y él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado» (2 Corintios 5:15). Te sugiero que escribas estas preguntas en una tarjeta y la coloques en tu mesita de noche. Memoriza este pasaje. Ora para que Dios te dé lo necesario a fin de llevar a la práctica este pasaje de la Escritura[1].

Cuando nos casamos buscando la felicidad y satisfacción personal y luego, por cualquier motivo, estas comienzan a disminuir o jamás

alcanzan el nivel esperado, tenemos la tendencia de comenzar a abrigar toda clase de pensamientos para nada constructivos. He escuchado a algunas personas quejarse: «¿Por qué Él no creó a los hombres y a las mujeres de otra manera? El matrimonio habría sido más sencillo». ¿Por qué habría Dios de hacer que el matrimonio fuera más sencillo? ¿Acaso creó Él el matrimonio para que fuéramos felices o para que fuéramos santos?[2]

Conversaba con una pareja de veintitantos años y que llevaban cinco años de casados. En su tercer aniversario, consideraron el divorcio. Esto es lo que me contaron:

> Entramos al matrimonio con altas esperanzas y grandes expectativas. Por fin habíamos hallado alguien que nos haría feliz. Yo tenía este sueño, pero terminó siendo como un vapor. Ella no lo logró ni yo tampoco. Siempre queríamos más. Deseábamos que el otro fuera mejor. Comenzamos a criticarnos y a exigir: «No cubres mis necesidades. No eres la persona con la que creí casarme». Y luego, uno de los dos mencionó la palabra que comienza con D. Nos miramos y dijimos: «No, nunca. Tiene que haber un camino mejor».
>
> De manera que comenzamos a preguntarnos: *¿Qué desea Dios de nuestro matrimonio?* Luego de dos años difíciles, descubrimos una nueva forma de vida. Cada mañana, nos preguntamos: «¿Qué agradará hoy a Dios de nuestro matrimonio?». Cuanto más lo hacemos, más satisfacción hallamos el uno en el otro. De la otra forma no resulta. Esta sí. Lamento que no hayamos comenzado de esta manera.

El propósito del matrimonio es agradar a Dios. Todos los días necesitamos recordarnos esto, luego debemos tomar nota de nuestras palabras y nuestras acciones y preguntar: *¿Esto le agradará a Él?* Esto es

una garantía y una excelente medida preventiva. Provee de una valla de protección que rodea al matrimonio.

> A los matrimonios cristianos sólidos los seguirán atacando los rayos de la tentación sexual, los problemas de comunicación, las frustraciones y las expectativas no cumplidas, pero si estos están bien empapados en el compromiso de agradar a Dios por encima de todo, las condiciones no se verán agravadas por un fuego devastador como consecuencia del rayo que cayó.
>
> Si estoy casado solo para ser feliz y mi felicidad decae por cualquier razón, una chispita hará que se incendie por completo el bosque de mi relación. No obstante, si mi motivación es la de proclamar y ser modelo del ministerio de reconciliación de Dios, mi fortaleza será a prueba de incendios[3].

A tu cónyuge lo crearon a la imagen de Dios

Observemos el guión con detenimiento. En el principio no había nada: ni luna, ni sol, ni tierra, ni hombre, ni mujer. Luego, Dios comenzó a crear.

> Entonces dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra *imagen*, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra». Y creó Dios al hombre a su *imagen*, a *imagen* de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Génesis 1:26-27, RV-60, énfasis añadido).

Dios ordenó y nos crearon. No somos tan solo el resultado de su creación, sino el *deleite* de su gloria. Dios «consideró que era muy

bueno». Él se deleitó en su creación y nosotros debemos deleitarnos en nuestro cónyuge. La creación es un reflejo del carácter de Dios y la creación refleja la gloria de Dios. Génesis 1 enseña que tú y tu cónyuge son el punto más alto de gloria de la creación. Recuérdalo la próxima vez que hables con tu pareja.

Tanto los hombres como las mujeres están hechos a la imagen de Dios, ¿pero qué significa eso? En los tiempos bíblicos, los reyes orientales gobernaban sobre vastos territorios, pero los traslados eran limitados. Sabían que no podían estar en todas partes, así que en vez de su presencia física, erigían estatuas de su persona en las principales ciudades. Cuando los habitantes veían las estatuas, recordaban quién los gobernaba. La estatua no era lo mismo que el rey, pero se le debía el mismo honor y respeto. Si alguien deshonraba o afeaba la estatua, era lo mismo que si se lo hiciera al rey. Se consideraba una traición.

Tú y yo debemos tratarnos con este mismo respeto. Tú y tu cónyuge son un vago reflejo de Dios. Reflejan la gloria de Dios.

> Cuando contemplo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que allí fijaste, me pregunto: «¿Qué es el hombre, para que en él pienses? ¿Qué es el ser humano, para que lo tomes en cuenta?» Pues lo hiciste poco menos que un dios, y lo coronaste de gloria y de honra: lo entronizaste sobre la obra de tus manos, todo lo sometiste a su dominio; todas las ovejas, todos los bueyes, todos los animales del campo, las aves del cielo, los peces del mar, y todo lo que surca los senderos del mar. Oh Señor, soberano nuestro, ¡qué imponente es tu nombre en toda la tierra! (Salmo 8:3-9)

El Dr. Martin Luther King, hijo, dijo: «Yo tuve un sueño». Lo mismo Dios, para tu matrimonio. Y necesitas descubrirlo y experimentarlo. Todos necesitamos descubrir el diseño de Dios para el matrimonio en

vez del nuestro. A Dios le importa el matrimonio. Él tenía un propósito en mente al crear el matrimonio. Dios tenía dos metas relacionales en mente. Él creó a una persona a su imagen con la cual tener comunión. Luego, al ver la soledad de esta primera persona a su imagen, Dios creó otra como la primera *y* como Él mismo para que *ambos* pudieran tener comunión entre ellos *y* con Él.

Dios tiene un plan, y esto sucede en el matrimonio, para transformarnos a cada uno en *portadores de su imagen.* Tenemos el llamado a reflejar la gloria de Dios en la relación matrimonial. Es lamentable que esto no sea lo que la mayoría de las parejas tenga en mente como propósito al contraer matrimonio.

Recuerda, el propósito principal de Dios no es nuestra felicidad. La felicidad es un beneficio colateral que aparece cuando uno cumple con la cuestión principal. Tenemos que ajustarnos al guión. Mi pastor, Dave Champness, lo expresa de este modo: «Dios tiene un plan para tu matrimonio que producirá un profundo amor, felicidad e intimidad; pero si tú haces que la prioridad sea tu felicidad, lo perderás todo. Su plan es usar tu matrimonio para reflejar su gloria y hacerte alguien completo, y *luego viene la felicidad.* Si buscamos que el matrimonio cubra nuestras propias ideas y expectativas, con frecuencia nos encontramos con decepciones y desilusión».

Nuestra tarea es comprometernos a seguir el guión.

Tu matrimonio no solo va a cambiarte, sino que va a transformarte. Piensa en el término: «informante». Dependiendo de quién lo use, puede pronunciarlo con aprecio o con desdén. Se emplea para referirse a alguien que revela o expone la verdad acerca de una persona o una situación. El informante saca a la luz lo que antes estaba oculto. Eso hace el matrimonio: es como un informante. El matrimonio revela y expone quién eres en realidad cuando ingresas en esa relación de pacto. Todos los lugares ocultos (y también los defectos) quedarán en evidencia. Quedarás al descubierto. Sin embargo, eso está bien.

¡Qué sitio tan maravilloso para que se produzca el proceso de transformación!

Transformación... es una palabra interesante. La transformación es el centro vital del matrimonio. Sin embargo, muchas parejas cristianas jamás han incorporado un modelo de crecimiento cristiano en su matrimonio. Es lamentable que esto sucede desde que ambos están tan entrelazados. En realidad, no pueden correr uno junto al otro por carriles paralelos.

La Escritura dice que debemos ser conforme a la imagen de Cristo (véase Romanos 8:29) y ese Cristo debe formarse en nosotros (véase Gálatas 4:19). El resultado de este proceso debiera ser evidente en la relación matrimonial. Son parte del guión.

Ambos, tú y tu cónyuge, son distintos pero iguales a los ojos de Dios. En el Nuevo Testamento, Pablo lo reitera cuando afirma que en Cristo no hay varón ni mujer (véase Gálatas 3:28). Esto produce un impacto en la manera de tratar a los demás. Tenemos el llamado a glorificar al otro y no a degradarlo.

> Nuestra única opción en cualquier encuentro es glorificar o degradar. Degradamos cuando violamos la gloria de la otra persona o cuando usamos la gloria del otro para nuestros propósitos. La violación de la gloria involucra cualquier forma de daño emocional, físico o sexual. Cuando un esposo degrada a su esposa, o cuando la esposa evita involucrarse con el esposo, ambos se violan o degradan.
>
> Los hombres y las mujeres deben confiar los unos en los otros por lo que son: representantes de Dios en la tierra. Si nos degradamos, nos negamos o nos maltratamos el uno al otro, insultaremos la mismísima gloria de Dios. Como el salmista, deberíamos estar a punto de sentirnos maravillados al considerar a los demás[4].

Si vemos a nuestro cónyuge como alguien al que usamos o del que abusamos, no actuaremos ante él conforme a la gloria de Dios. Podemos llegar a insultar la imagen de Dios de otras maneras más sencillas. Uno de mis amigos lo describe con términos prácticos: «Cuando no valoras a alguien, lo degradas. Envías el siguiente mensaje no hablado: *No me importas demasiado.* Incluso le quitas a esa persona el don del aprecio humano. Ser amado y apreciado nos da a todos una razón para vivir cada día».

Cuando se nos quita o se nos niega ese don por años, el espíritu de una persona comienza a marchitarse y muere. Una pareja podrá soportar esta privación y permanecer casados por décadas, pero solo estarán cumpliendo una condena. En los matrimonios de largo plazo donde no se valora a uno o a ambos, se levanta una barrera de indiferencia entre esposo y esposa. Cuanto más dura la pareja, más alta es la muralla y mayor la soledad de la persona. La salida es sencilla, pero crucial:

- Comenzar a dar las gracias y a manifestar aprecio por todo.
- Ser más consciente con lo que sucede a tu alrededor.
- Dar más y reconocer más a tu cónyuge.
- Especializarse en muchas cosas con significado: Cómprense flores. Hagan largas caminatas por el campo. Acuéstense en el piso frente a la chimenea. Sírvanse el desayuno en la cama. Tómense de la mano en público y caminen bajo la lluvia. Envíense tarjetas virtuales de afecto y de humor por el correo electrónico. Regálense pequeñeces sin motivo específico.

Recuerda, un matrimonio de treinta y cinco años de casados no garantiza que cumplirán treinta y seis. No des nada por sentado solo porque ahora lo tengas[5].

Revela la gloria de Dios en tu cónyuge

Muchos llegan al final de su recorrido conyugal con más lamentos que recuerdos positivos. Todo el tiempo edificamos unos u otros. A veces solo lleva un poco de tiempo armar un encuentro que durará para siempre.

Durante varios años dirigimos un seminario de enriquecimiento matrimonial de otoño en el parque nacional Grand Teton en Wyoming. Uno no podría pedir que el lugar fuera más bello ni pacífico de lo que era. Había muy pocos turistas en esa época del año y los tonos otoñales estallaban en una explosión de coloridos árboles. Una tarde, luego del encuentro en el pabellón, mi esposa y yo nos subimos al automóvil para el corto recorrido hasta nuestra cabaña. En la radio, un cantante popular entonaba una melódica canción de amor. Justo en ese momento comenzó a nevar y uno podía alzar la vista y ver cada copo. Al llegar a la cabaña, apagué el motor y permanecimos sentados allí en silencio, escuchando los últimos acordes de la melodía mientras admirábamos la nieve que caía. Luego de unos instantes, descendimos del automóvil y entramos a la cabaña. Más tarde ambos comentábamos: «¿No fue un momento muy especial el que disfrutamos allí en el automóvil?». Hasta el día de hoy seguimos recordando esos minutos en los que nos conectamos de una manera tan especial, cuando no pronunciamos ni una palabra, porque no era necesaria.

Uno de los momentos culminantes de esplendor para la mayoría de las parejas es la ceremonia matrimonial. Sin embargo, mano a mano con este día de gozo viene la imagen estereotipada del matrimonio que tiene la sociedad como que es una trampa, algo aburrido, doloroso y, en ciertos casos, una pesadilla. Sin embargo, la sociedad no considera el casamiento como el inicio del matrimonio como debe ser: la unión de dos portadores de imagen.

El matrimonio es la más poderosa de todas las relaciones. Tú y tu cónyuge pueden exaltar y darle la gloria al otro o degradarse y robarle la gloria al otro. ¿Estás exaltando la gloria en tu cónyuge?[6] ¿Se te ocurren maneras de hacerlo? La mayoría jamás pensamos en ello. Fíjate en tu esposo o en tu esposa. ¿Qué ves? ¿Ves la gloria de Dios? ¿Ves un reflejo único de Dios? Disfruta del reflejo de la gloria de Dios en tu cónyuge. Hónralo. Exáltalo. Cuando estás casado, puedes tanto disfrutar como darle forma a la gloria de Dios en el otro de una manera que nadie más puede hacerlo[7].

¿Qué significa? Tu relación matrimonial viene acompañada de un desafío: eliminar todo lo salvaje, lo natural, la inexperiencia, a fin de revelar más de la gloria de Dios. Esto suele estar muy alejado de aquello en lo que por lo general nos concentramos.

Tienes el llamado a crear, así que crea. ¿Cómo? Sirviendo, amando y viviendo la Escritura de manera tal que edifiques a tu cónyuge. Glorificas a Dios cuando sacas lo mejor de tu cónyuge y no lo peor, lo más rico, el tesoro. Existe un potencial sin explotar, sin revelar en tu cónyuge que, con tu ayuda, puede surgir y crecer.

Jean le dijo a su esposo John: «Tienes una profunda comprensión y empatía en tu interior. Lo noto en tus ojos y en tus gestos. Eso es un don de Dios. Quizá no sepas cómo expresarlos. Si tuvieras las palabras o pudieras usar imágenes verbales, podrías hacer maravillas por los que te rodean. Si me lo permites, me gustaría ayudarte, a tu ritmo y según tus tiempos». John no pudo negarse a semejante ofrecimiento. Jean estaba sacando a relucir la gloria de Dios en su esposo.

Como cada esposo y cada esposa tienen una naturaleza pecadora, tendrán la tendencia a luchar contra sí mismos y uno contra el otro. Dan Allender dice: «Los matrimonios sufren debido a la caída del hombre en el Edén». Existen numerosos desafíos como el trabajo, el tiempo y los parientes que pueden socavar una relación y hacer que cada uno se olvide que le crearon a la imagen de Dios y que su llamado es para ayudar a que el otro manifieste la gloria de Dios. Allender sigue diciendo: «Luchamos contra el pecado en cada dimensión de toda relación,

pero en el matrimonio luchamos con él con mayor intensidad y mayor potencialidad de daño»[8].

Es cierto que hubo un profundo problema en el huerto del Edén. La primera relación fue una relación rota.

> Cuando el día comenzó a refrescar, oyeron el hombre y la mujer que Dios andaba recorriendo el jardín; entonces corrieron a esconderse entre los árboles, para que Dios no los viera. Pero Dios el SEÑOR llamó al hombre y le dijo:
>
> —¿Dónde estás?
>
> El hombre contestó:
>
> —Escuché que andabas por el jardín, y tuve miedo porque estoy desnudo. Por eso me escondí.
>
> —¿Y quién te ha dicho que estás desnudo? —le preguntó Dios—. ¿Acaso has comido del fruto del árbol que yo te prohibí comer?
>
> Él respondió:
>
> —La mujer que me diste por compañera me dio de ese fruto, y yo lo comí.
>
> Entonces Dios el SEÑOR le preguntó a la mujer:
>
> —¿Qué es lo que has hecho?
>
> —La serpiente me engañó, y comí —contestó ella. (Génesis 3:8-13)

Tú y yo seguimos sufriendo debido a esta crisis inicial de la humanidad. Sin embargo, a pesar de la lucha, hoy podemos seguir reflejando la imagen de Dios.

Un día, mi amigo Tim me hizo la siguiente pregunta: «Comprendo toda esta cuestión de ser portador de la imagen y de ser santo y todo eso, ¿pero cómo puedo saber si lo estoy haciendo bien o si estoy cerca de lograrlo? ¿Hay algún termómetro que lo mida?».

Buena pregunta.

No sé cuánto valor tienes, pero la sugerencia que te daré de seguro te servirá para medirlo. No hace falta demasiado valor para responder la primera pregunta, pero espera a que veas la segunda. La tomé prestada de un orador que dijo que si las parejas analizaban y respondían ese interrogante con sinceridad a lo largo de su vida de casados, sería muy raro que fueran a visitar a un consejero matrimonial, si es que lo hacían alguna vez.

Así que la primera pregunta que debes formularte es: *¿Cómo es estar casado conmigo?* Dedica unos momentos a reflexionar en este interrogante. Espera un día, o mejor aun, una semana, y lleva contigo una ficha de bolsillo. Cada vez que te venga a la mente una idea, anótala. Formularte una pregunta como esa es como mirarte al espejo. Verás esferas en las que dirás: «Esto lo estoy haciendo bien»; pero verás otras en las que reflexionarás: «Tengo que hacer algunos cambios»[9].

Ahora viene la pregunta difícil.

Pídele a tu cónyuge que la responda por ti: «¿Cómo es estar casado conmigo?». Permite que tu pareja lo piense unos días antes de responder. Y si en verdad deseas ayuda, puedes preguntar: «¿En qué esferas quisieras ver alguna mejora?». Si se lo preguntas, asegúrale que, diga lo que diga, lo único que vas a responder es: «Gracias por decírmelo».

Repetiré esta pregunta una y otra vez a lo largo del libro. Es más, sentirás que te persigue. Querrás contratar a un cazador de fantasmas para deshacerte de ella. Permite que te acose día y noche. La respuesta a esa pregunta te permitirá saber cuán eficiente eres como portador de imagen y te ayudará a fortalecerte en tu papel como guardián del matrimonio.

Visualiza esta imagen

Si tuviéramos que visualizar una imagen de un matrimonio que marcha bien, donde ambos se sienten satisfechos, ¿qué estarían haciendo o

diciendo los cónyuges? Creo que veríamos una imagen de dos personas que permiten que el otro desarrolle todo su potencial para convertirse en lo que Dios quiere que sea.

Ambos procurarán reflejar lo que creen a partir de las Escrituras. Aun así, ¿eres consciente de lo que esto implica en realidad? ¿Te has preguntado: *¿Qué necesito hacer para reflejar mejor la gloria de la imagen de Dios en mí, para convertirme en todo lo que Dios desea que me convierta y para reflejar el efecto de la Escritura en mi vida dentro de mi matrimonio?*

De eso se trata el matrimonio. No es para que a uno lo estén esperando ni para que le sirvan. Ni tampoco tu matrimonio es algo que solo «sucede». No, cada uno necesita asumir una actitud de permitirse que le pongan a prueba. Dios te ha llamado a crecer de formas en que jamás soñaste hacerlo. Significa que tomaste la decisión de desarrollar competencia en esferas en las que antes no manifestabas interés ni para las que no tenías talento. Significa correr el riesgo de aprender algo nuevo y quizá a fracasar en el intento.

Pocos deseamos meternos en una esfera de incomodidad, pero necesitamos comenzar a buscar formas de servir mejor a nuestro cónyuge, de hacer su vida más llevadera y de cubrir mejor sus necesidades. Nuestro llamado en el matrimonio no es a descargar nuestras responsabilidades sobre nuestro cónyuge y aumentar su carga, sino a compartir la vida y aligerar su carga. Esto significa que un esposo ya no espera a que la esposa le pida que ayude en la casa o con los hijos, sino que aprende a fijarse y a prestar atención en lo que podría hacer y lo hace. Una esposa puede comenzar a considerar aprender a hacer las cosas y tareas que espera que haga su esposo y así desarrollar sus habilidades en esa esfera[10].

Recuerda que la felicidad y la plenitud son solo efectos colaterales.

Hay otra forma en que podemos hacer esto. Podemos poner en práctica de manera consciente el colocar al «matrimonio en primer lugar». Para muchos, este concepto les resulta extraño, ya que

su matrimonio está allí, es tan solo una parte de la vida que permanece sin atención, como un jardín que poco a poco lo invaden las malas hierbas.

A los pocos años, algunos matrimonios comienzan a andar a la deriva. Y cuando eso ocurre, uno está en problemas. En uno de nuestros primeros viajes al parque nacional Grand Teton, ocho personas del grupo decidimos practicar *rafting* [descenso de aguas bravas] por nuestra cuenta en el río Snake. Lo habíamos hecho varias veces con guía y creímos poder hacerlo ya que no había en realidad rápidos de importancia. Condujimos hasta la zona de partida, inflamos los botes con lo que supusimos que sería aire suficiente y, para probarlo, pedimos a una de las parejas que se metieran en él. Bueno, el hombre pesaba ciento treinta y seis kilos y cuando él y la esposa se subieron al bote, este se cerró sobre ellos como si fuera un par de mandíbulas. Tendríamos que haber considerado esto como un mal augurio para el resto del recorrido.

Inflamos un poco más y partimos con dos parejas por bote. Luego de varios kilómetros de lento descenso, decidimos amarrar ambos botes con sogas para así poder conversar con mayor facilidad. Esta clase de bote no tiene timón y los remos es la única manera de gobernarlo; resulta sencillo ir a la deriva cuando te lleva la corriente. No parecía haber problemas con esto. Es decir, no hasta que nos encontramos con otro río que desembocaba en el nuestro y aumentaba así el caudal.

Para entonces había comenzado a llover y estábamos agotados. Cuando nuestros botes unidos dieron contra la convergencia de estos dos ríos, salimos disparados. Estábamos a merced de la corriente y no podíamos gobernar los botes. Lo crean o no, más adelante había unos troncos atascados en medio del río. Uno de los botes quería sortearlo por la derecha y el otro por la izquierda; de modo que llegamos a un acuerdo y dimos de lleno contra los troncos. Quedamos atascados allí, así que saqué mi navaja y corté las sogas para liberar al otro bote. Este

siguió un poco más hasta que encalló en una playa. Nosotros quedamos atascados allí hasta que vinieron a rescatarnos.

Jamás olvidaremos ese viaje... y no es para menos. Luego, todos nos fuimos a cenar al pabellón y durante dos horas recordamos nuestras peripecias mientras observábamos los relámpagos por encima de las montañas. Todos llegamos a la misma conclusión: Nos metimos en problemas porque navegábamos sin timones que nos guiaran y porque no prestamos atención a los obstáculos, ni a los problemas que podrían producirse más adelante.

Descubrí que es lo mismo que hacen muchos matrimonios que navegan sin rumbo, sin un plan, ni un propósito.

Un matrimonio que perdure exige un esfuerzo consciente y continuo. Quizá necesites memorizar esto o escribirlo en una tarjeta y releerlo durante el devocional diario. Cada día repitan lo siguiente (conozco parejas que se lo dicen el uno al otro): «Hoy voy a decir de nuevo: "Sí, quiero" al tener en cuenta a nuestro matrimonio en cada elección que haga».

¿Puedes hacerlo? ¿Lo harás?

Esto es un recordatorio de tu compromiso matrimonial. Necesitas recordar que cumplir con el llamado de Dios de servirlo y de reflejar su imagen depende de si cumples tu compromiso y proteges la privacidad de tu matrimonio. Estarás ayudando a tu cónyuge y él te ayudará a ti a fin de que ambos logren convertirse en la clase de persona que Dios desea que sean. Cada día tienes una nueva oportunidad de decirle a tu cónyuge cuán importante es su presencia en tu vida[11].

Vive según el guión y recuerda quién es el Autor, el Productor y el Director.

Para tu consideración

1. Pregúntate cada mañana: *¿Cómo es estar casado conmigo?*
2. Vuelve a preguntártelo al final de cada día.

Capítulo tres

¿«YO» O «NOSOTROS»?

Ambos se sentaron en mi oficina con caras largas.

—Creo que debemos estar estableciendo alguna especie de récord —dijo Kurt—. Hace solo cuatro meses que nos casamos y aquí estamos, frente a un consejero matrimonial. No puedo creerlo. Solo cuatro meses y se acabó la luna de miel.

—¿De manera que por eso están aquí? ¿La luna de miel que imaginaron que duraría más ha finalizado en forma abrupta?

Ambos asintieron y yo continué diciendo:

—Si ustedes son como la mayoría de las parejas, se han enfrentado a varias desilusiones. Algunas de sus expectativas, sus sueños, sus esperanzas y sus fantasías han chocado de golpe contra un muro de realidad. ¿Es así?.

Sus expresiones manifestaban que era justo lo que les había sucedido. (Es lamentable que se casaran sin tomar el curso de consejería prematrimonial extensivo que necesitan las parejas, lo que podría haberles ayudado a evitar muchas de estas dificultades).

—De modo que ahora podrían estar al borde de una nueva etapa denominada *devaluación del otro* —les dije—. Una de las razones por las que sucede es que, cuanto más hayan exagerado las cualidades y los atributos positivos del otro, cuando los defectos y las desilusiones inevitables aparezcan, mayores serán a la luz de lo que han esperado. ¿Eso es lo que les sucede?

Ambos asienten.

—En cuanto a la luna de miel, es bueno que haya terminado.

Silencio.

—Sí, es bueno —proseguí—, porque ya no la necesitan. El idealismo estuvo allí por un tiempo para que comenzaran. La luna de miel es un tiempo de transición. Es como una bicicleta con rueditas de aprendizaje. Te da un sustento mayor para que arranques, pero con el tiempo adquieres habilidades y confianza, por lo que estás listo para un cambio. La transición podrá ser un poco agitada, pero pronto descubres que puedes hacerlo. El amor de la luna de miel crecerá hasta transformarse en un amor maduro y más profundo. Y con el paso de los años, experimentarán otras lunas de miel mucho más emocionantes que la que experimentaron. Ya no son dos seres tan desconocidos[1].

Existe una transición cuando te casas. Una vez que la pareja dice: «Sí, quiero», se instala la previsión y se detiene la aventura del descubrimiento mutuo. Ya no hay misterio, se terminó la novela. La conversación que en cierta época calaba profundo, hasta el corazón, ahora parece convertirse en algo más práctico, orientado hacia las tareas y, a veces, se vuelve algo automático.

Hay un momento emocional durante el cortejo. Esto es necesario, pero no quiere decir que sea permanente. Cuanto más alto sea el nivel de expectativa, menos se conocerá una pareja. Mientras mayor sea la idealización de uno de los cónyuges, mayor será la desilusión durante el primer año de matrimonio. A esto le llamamos la *etapa del desencanto*. Y es algo normal.

> El desencanto es saludable, pues el cortejo es la condición de perfección simulada, un juego muy bien desarrollado por los participantes que todavía pueden elegir los momentos y las condiciones favorables para tener éxito[2].

Ahora comienza la vida real.

A los primeros años del matrimonio se les han dado diversas denominaciones. Tienen muchos nombres, incluyendo «la era del descubrimiento». Cuando nos referimos a alguien que experimenta una crisis, se le denomina «la etapa del impacto». Se refiere a un momento en que estamos agobiados o desequilibrados o que nos vemos sumidos en un estado de confusión. Algunos se refieren a ello como una etapa de desilusión. Cualquiera que sea el nombre que le demos, es hora de que abramos nuestros ojos a la realidad en vez de a la fantasía. ¡Es el primer año de matrimonio!

¿Cómo ha sido en tu caso? Ese primer año fue el que dispuso el escenario. Los modelos y las interacciones que establecieron en este período de descubrimiento son los que marcaron la tónica de su relación en los años siguientes. ¿Qué descubrimientos recuerdas de ese primer año?

Fíjate en lo que cuenta una pareja llamada Adelle y Tim:

> Conversamos sobre nuestro primer año antes de casarnos y nos pusimos de acuerdo en varias cosas. Acordamos que no solo no nos conocíamos el uno al otro tan bien como creíamos, sino que tampoco nos conocíamos a nosotros mismos tan bien como creíamos. De manera que nos dijimos: «Me vas a ayudar a que yo pueda conocerme mejor y yo haré lo mismo por ti». También nos dijimos: «Menciona diez pequeños hábitos que tienes y que podrían sorprenderme o asombrarme». La mayoría de esas cosas fueron ciertas, pero no fue una gran complicación.

Se eliminó el elemento sorpresa y a menudo nuestra reacción fue: «Así que esto era lo que decías... No me molesta».

También aprendimos a formularnos la siguiente pregunta: *¿Qué tan importante es esto en realidad?* A la luz de lo que importa, en especial lo espiritual, esto pone las cosas en perspectiva. Deseaba que nos aceptáramos como éramos: imperfectos y con errores. Dios nos considera valiosos en este estado, ¿entonces por qué deberíamos tratar de mejorar su perspectiva?

Todas las parejas descubren algunas cosas que los sorprenden durante el primer año; pero al escucharlos hablar del asunto o al leer libros sobre esto, el enfoque pareciera ser siempre negativo. Sin vivir en una negación, es hora de ponerle una mordaza a lo negativo y, en cambio, hablar acerca de los descubrimientos agradables. ¿Por qué no repasar ese primer año? ¿Cuáles fueron algunos de los buenos descubrimientos que hicieron? ¿Cuáles fueron las sorpresas agradables? ¿Y en los últimos cinco años? Los aspectos positivos son con demasiada frecuencia pasados por alto, olvidados o negados, lo que con el tiempo amortigua e insensibiliza tus pensamientos y sentimientos por tu cónyuge.

Celebren las diferencias

Si no nos concentramos en lo que resulta en nuestra relación, en lo que marcha bien, en lo que es bueno, pronto llegaremos a una forma de pensamiento que termina en el interrogante: *¿Me habré casado con la persona adecuada?* ¿Alguna vez pasó por tu mente este pensamiento? Es posible.

Sin embargo, piensa en esto.

Te casaste con la persona adecuada.

Es cierto. Si estás casado, te casaste con la persona adecuada. Ninguna otra persona será «la» adecuada. Aunque estén enojados, enfadados,

desilusionados o con las necesidades no cubiertas, sepan que se casaron con la persona adecuada. Una nueva relación no es la respuesta, más allá de cuánto te digas que será así. ¿Por qué? Porque dudo mucho de que alguien logre satisfacer tus necesidades de la manera que lo deseas. Solo hay UNO que puede hacerlo y que te satisfará. Y ese es el Señor.

Alguien dijo en cierta oportunidad que si te casaste con la persona adecuada o con la persona equivocada depende de ti. Quizá te casaras con la persona adecuada, pero si la tratas como si fuera la inadecuada, se convertirá en eso. No obstante, si te casas con la persona inadecuada y la tratas como si fuera «adecuada», lo que obtendrás es eso. De manera que es tu decisión si te casas con la persona adecuada o inadecuada.

Cuando la «persona inadecuada» obtiene un punto de apoyo mental, comienzas a pensar: *Tenemos diferencias irreconciliables, así que será mejor que nos separemos.* Esta es una excusa que se da una y otra vez en los divorcios. Las diferencias irreconciliables *no* son una razón para esta acción antibíblica. Todos vivimos con algunas «diferencias irreconciliables», ya que no existe un hombre y una mujer que sean iguales con exactitud. No somos clones. El problema no está en las diferencias. El problema es cómo las interpretas, cómo las denominas, si las ves como amigas o enemigas, si las consideras algo que te consumirá o te reabastecerá.

El Dr. Phil, el conocido presentador del programa de entrevistas, luchaba con estas diferencias:

> Me da vergüenza confesarles cuántos años pasé sintiéndome frustrado por mi esposa, juzgándola y oponiéndome porque hacía lo que respondía al diseño de Dios para ella. Dios no nos creó para que seamos idénticos; nos diseñó para que seamos diferentes. Él nos hizo diferentes porque cada uno tiene una función distinta en el mundo, y con todo, nos criticamos por ser los que somos[3].

Tu tarea es la de identificar estas diferencias y aprender a celebrarlas. Las diferencias pueden ser un intercambio de fortalezas. Cada uno necesita las diferencias del otro. Debes verlas como una oportunidad de que te pongan a prueba en vez de sentirte confinado. Es cierto que algunas de estas diferencias pueden ser irritantes y, a veces, inconvenientes; pero eso es solo si miramos un lado de la cuestión.

Ningún matrimonio es lo que una persona espera que sea. La vida real jamás puede competir con los sueños y las fantasías de la mente. En el matrimonio se gana y se pierde, pero ambas experiencias pueden ser positivas. En una cultura amante del divorcio, es demasiado fácil cambiar lo antiguo por algo nuevo. Sin embargo, la nueva relación vendrá con su propio conjunto de ganancias y pérdidas, y casi siempre son más las pérdidas. El matrimonio son dos personas no terminadas que se juntan y se ayudan a completarse y a refinarse. De esto se trata el ser guardianes del matrimonio.

Nuestra cultura del «yo» conduce a muchas parejas a enfrentar el desafío del matrimonio desde una posición narcisista. Muchas parejas jamás hacen la conexión a «nosotros» que es central en el matrimonio, y siguen en su danza solitaria con su «yo», contraria al plan de Dios para nosotros. El matrimonio es sencillamente un llamado al servicio, no a la realización, ni a la felicidad personal. Todos los días necesitamos que nos recuerden el mandato de las Escrituras: «Que nadie busque sus propios intereses sino los del prójimo» (1 Corintios 10:24).

La Palabra de Dios, su guión, es la base para los primeros años de matrimonio, así como de todos los años sucesivos.

> No imiten la conducta ni las costumbres de este mundo; sean personas nuevas, diferentes, de novedosa frescura en cuanto a conducta y pensamiento. Así aprenderán por experiencia la satisfacción que se disfruta al seguir al Señor. (Romanos 12:2, LBD)

Una de las maneras en que, como pareja, deben actuar y que es contraria a la tendencia de nuestra cultura, es la de desarrollar una mentalidad de «nosotros» en vez de una de «yo». El plan de Dios es unirlos y que permanezcan como una unidad. Aun así, no es lo que dice nuestra cultura. La publicidad y los medios recalcan el mensaje: «Fíjate en ti mismo. Asegúrate de satisfacer tus propias necesidades». ¿Cómo puedes tener esa actitud en el matrimonio y sobrevivir? Imposible. Esta actitud debe cambiar, pero por poco que hayas vivido en esta línea, será un ajuste importante.

Sin embargo, Dios dice que es posible. Él no habría creado el matrimonio si no lo fuera. (¿Puedes identificar cuándo el «yo» todavía pugna por surgir en tu matrimonio?) En el matrimonio, sus vidas están mezcladas. No pierdes tu identidad; pero la soledad centrada en uno mismo jamás da resultados.

¿Recuerdas una de las primeras palabras que aprendiste en la niñez? (Aparte de *no*). *Mío.* Esto es *mío*. No es nuestro, es *mío*. Un preescolar lo expresa varias veces al día. Como adultos, ya no es tan ostensible, pero el sentimiento es el mismo. Y si nos casamos a los veinte o a los treinta, después de vivir siempre para nosotros mismos, es muy sencillo iniciar el matrimonio con una mentalidad de «mío». Se evidencia en la elección del automóvil, de la casa, de la iglesia, de la carrera, del uso del tiempo libre, de los muebles, de las vacaciones, etc. Y con frecuencia surge una lucha de poderes: «mío contra nuestro» o «yo contra nosotros». Y eso no resulta. No tiene manera de dar resultados.

El matrimonio es más que compartir una vida juntos; es construir una vida juntos. Lo que hagas ahora es para ambos, y lo que se diga es también para ambos. Tu propósito ahora es para el reino y para darle gloria a la imagen de Dios.

La Palabra de Dios dice:

> Más valen dos que uno, porque obtienen más fruto de su esfuerzo. Si caen, el uno levanta al otro [...] Si dos se acuestan juntos, entrarán en calor; uno solo ¿cómo va a calentarse? Uno solo puede ser vencido, pero dos pueden resistir. ¡La cuerda de tres hilos no se rompe fácilmente! (Eclesiastés 4:9-12)

He observado esta mentalidad de «yo» en matrimonios de veinte, de treinta e incluso de cuarenta años de casados. Uno de los miembros que piensa en «yo» no estará actuando según el guión que Dios tiene para el matrimonio. Cuando te casas, tu perspectiva y tu actitud tienen mucho que ver con lo que ocurre en tu matrimonio. A veces escucho a parejas que se lamentan de todo lo que deben dejar cuando se casan, como si miraran más hacia atrás que hacia delante. Con los años, he transmitido a las parejas en consejería prematrimonial que no pueden traer intacto al matrimonio su estilo de vida como solteros. Y les pregunto: «¿Qué piensan abandonar?». Hago esta pregunta para llevar a las parejas a que sean conscientes de que el matrimonio no es algo que uno agrega a todas sus actividades como soltero. Al contrario, el matrimonio debe pasar a ser algo central y las demás actividades ocuparán un lugar secundario.

He aquí una actitud más saludable en las propias palabras de una esposa de poco más de treinta años: «En mi caso, lo que dejé atrás era necesario hacerlo para mi crecimiento. Estaba lista para los cambios que produjo el matrimonio. Fueron muchas más las ganancias que enriquecieron nuestra vida. Y al estar casados, somos capaces de experimentar y hacer mucho más que si hubiéramos permanecido solteros. Fue una excelente decisión».

La historia de Dale

Me gustaría contarte la historia de mi amigo Dale. Somos amigos desde hace más de treinta años. Cuando tenía poco más de cuarenta y cinco años, Dale comenzó a buscar la compañera ideal para casarse. Era muy reflexivo, selectivo y tenía una lista definida de criterios que incluían una vida madura en el Señor. Pasados unos años, algunos comenzamos a preguntarnos si esta mujer que buscaba *existiría* en realidad.

Sin embargo, sucedió. A los cincuenta y dos años, Dale conoció a Sherry de treinta y nueve. Dale había dicho que no quería casarse con alguien que tuviera hijos, pero Dios tenía otros planes. Sherry tenía tres (en las edades de veintiuno, dieciocho y nueve). Años más tarde, Dale comentó que jamás se habría imaginado la gran experiencia que fue ser padrastro. Dejemos que Dale te cuente su historia:

> Mi esposa y yo nos conocimos por Internet, pero en realidad fue a través de mucha oración. Dios usó ese medio para que pudiéramos encontrarnos. Ambos habíamos estado buscando a la persona «adecuada» durante años, pero sin éxito. Así fue hasta que recibí un correo electrónico de una enfermera de San Diego pidiéndome que le escribiera porque pensó que podríamos tener varias cosas en común. Lo hice y, mediante la correspondencia, descubrí una dama con un corazón sincero que resultó ser muy especial.
>
> Luego de escribirnos y de hablar por teléfono por lo que parecieron semanas, nos encontramos en Julian, donde ella disfrutaba de un retiro de fin de semana de la iglesia. Mientras caminábamos y conversábamos, me dijo que durante el retiro, mientras oraba, Jesús le había dicho que yo me casaría con ella. La miré un tanto sorprendido y le respondí que a mí no me había dicho nada. Y ella añadió: «¿Se lo preguntaste?».

Tan buena fue nuestra primera cita que decidimos volver a vernos al día siguiente y dar una caminata por la playa. Me llevó a su playa preferida: Del Mar. Después de caminar un rato, quiso mostrarme otras zonas de Del Mar, así que seguimos caminando. Recorrimos bellos parques, galerías de arte, sitios de comida. Luego llegamos a una hermosa iglesia y paseamos por el lugar, admirando los vitrales. Allí me dijo: «Me encantaría casarme algún día en esta iglesia». Sin saber que esta era la iglesia a la que asistía y donde tenía muchos amigos, le dije: «¡Qué lindo!». Pues bien, seis meses después nos casamos en esa iglesia y, por supuesto, Jesús me confirmó que ella era la elegida.

Así que, luego de permanecer solo durante varios años, después de un matrimonio que no duró debido al engaño de su primera esposa, Dale volvió a casarse y regresó al ruedo del «nosotros» en vez del «yo». Nos relata una de sus experiencias de ajuste:

> Estaba tan acostumbrado a ser soltero, e incluso a ser un «soltero casado» en mi primer matrimonio, que no le prestaba demasiada atención al otro cuando tomaba decisiones. Estaba centrado en mi persona. Poco después de casarme con Sherry, invité a mis padres y a mi hermano y su esposa a cenar. Le informé a Sherry que ellos vendrían el viernes por la noche y enseguida me replicó: «Dale, aprecio mucho a tu familia y me encanta que vengan; pero tenemos que hablar antes de tomar una decisión. No me voy a negar, solo quiero que me incluyas». Yo necesitaba darme cuenta de que ahora éramos «nosotros» y no «yo». Mis viejos hábitos debían cambiar. Y estoy feliz de tener una esposa que me ayudará a hacerlo. ¡«Nosotros» es mucho mejor que «yo»!

Esta fue una de muchas experiencias que Dale y Sherry supieron sacar adelante. Al observarlos y hablar con ellos daba la impresión de que estuvieran en una luna de miel perpetua. Crecían juntos, estudiaban juntos, trabajaban juntos e incluso salían de pesca o de caza juntos. Esta luna de miel duró tres años y medio.

Sin embargo, Sherry enfermó de cáncer pulmonar y comenzó a venirse abajo durante varios meses. Justo cuando aconteció la tragedia del 11 de septiembre de 2001, se me pidió que viajara a Nueva York a prestar asistencia a los sobrevivientes. Sin embargo, por dirección de Dios permanecí en California a fin de ministrar a Dale en los últimos días de vida de Sherry. (Más tarde ministré en Nueva York en cinco ocasiones distintas).

Poco antes de morir, Sherry quiso ver una vez más a su perra labrador negro, Molly. De manera que la llevamos por el pasillo hasta la sala de terapia intensiva y la subimos a la cama. Fue toda una proeza porque el animal estaba a punto de parir ocho cachorritos. El día antes de partir, Sherry llamó a todas sus amigas para decirles: «Lo mejor que pueden hacer por mí es aceptar a Jesús en su vida para que podamos reunirnos en el cielo». Al día siguiente, partió para estar con el Señor. Dale me solicitó que leyera su panegírico en el funeral de Sherry. Este es un fragmento de lo que escribió:

> Desde que Sherry y yo nos enteramos de su cáncer, ella supo que entraba a pelear por su vida, pero también sintió que tenía todas las de ganar. Si vivía, podría continuar una maravillosa vida en este mundo; si no, estaría en el cielo con el Señor. No obstante, ella deseaba permanecer con su familia. Le encantaba estar casada, me amaba profundamente y deseaba vencer esta terrible enfermedad con tanta intensidad que soportó la quimioterapia, tomó toda clase de medicinas holísticas, se sometió a la acupuntura e incluso usó una máquina especial durante una

hora todas las noches que producía buenos resultados en otros tipos de cáncer. Pasó largos ratos cada día con Dios pidiéndole que la sanara si era su voluntad. Sin embargo, Dios tenía otros planes para ella.

Lo que Sherry y yo disfrutamos juntos en tres años y medio está plagado de recuerdos. Pensamos que hacíamos cosas por lo que habíamos dejado atrás, pero no nos dimos cuenta de que estábamos haciendo cosas por el futuro que no disfrutaríamos juntos. Fue un tiempo hermoso en la vida que compartimos. No lo hubiéramos cambiado por nada en el mundo y lo volvería a hacer sin dudarlo, si Dios me lo permitiera. Si hubiera algo para transmitirle a cualquier pareja, es que disfruten de cada minuto juntos... ya que podría ser el último.

El salmista expresó: «Enséñanos a contar bien nuestros días, para que nuestro corazón adquiera sabiduría» (Salmo 90:12). Sus días juntos como pareja no son ilimitados. Si pueden contar sus días y aceptar que son limitados, quizá aprendan a proteger su tiempo juntos como pareja. Un día, faltará uno de ustedes. Y ansiarán poder tener más tiempo, pero se habrá ido.

Por favor, no olvides el mensaje de Dale. Yo no lo haré. Es mi ruego que esta experiencia produzca un impacto en tu vida, al igual que lo hizo en la mía (como comentaré más adelante). Dale y Sherry hicieron que su matrimonio tuviera vida.

¿Cómo puedes mantener vivo tu matrimonio?

Primero, ora. Ora por tu relación y por tu cónyuge. Y dediquen tiempo a orar juntos.

Prioricen su relación matrimonial y manténganla en el primer lugar de la lista. La cultura no lo hará. Sus amigos no lo harán. Tienen que hacerlo ustedes. Si quieren disfrutar juntos de un tiempo de calidad,

deben procurárselo. Si su matrimonio tiene valor, es porque ustedes lo valoran y lo protegen. Es su decisión. Un amigo dijo esto sobre un matrimonio pleno:

> Los matrimonios felices y plenos son producto de un esfuerzo extremo. Se desean, se buscan, se lucha a su favor y se planean. No suceden *porque sí*. Las parejas a veces se me quejan de que su matrimonio se disolvió *porque sí*. De repente, dejaron de amarse. Si la experiencia me ha enseñado algo, es esto: Nada sucede *porque sí*, ni lo bueno ni lo malo.
>
> Los matrimonios saludables siguen un camino. Es un camino ya planeado. No necesitas planear para el fracaso. Eso se consigue sin planificación... casi siempre es así. Sin embargo, SÍ tienes que planear para tener éxito[4].

La mayoría de las parejas tienen sueños para su matrimonio. Eso es bueno. Los sueños nos arrastran, nos impulsan, nos conducen y nos dan esperanza.

June me contó el sueño que tenía para su matrimonio. La boda se celebró en el año 2001. A los dos años, estaba lista para dejarlo. «No dio resultado», fue su excusa. Y no es que su sueño se convirtiera en una pesadilla, como sucede con muchos, sino que se esfumó. Conversamos.

—Los sueños son buenos —le dije—. Tenemos que soñar y hacerlo en grande si se puede. Aun así, ¿esperabas que tu sueño se cumpliera al instante? ¿Y ¿dependía de lo que Jim hiciera o dejara de hacer?

June guardó silencio. Dudó un poco y al fin respondió:

—Bueno, sí a las dos preguntas.

—Entonces, ¿cuál era tu parte en el cumplimiento de este sueño, June? ¿Qué hiciste para que tu sueño se hiciera realidad?

Silencio. Se marchó.

La volví a ver a las pocas semanas. Me dijo: «Me gusta mi sueño. Es realista y está comenzando a cumplirse. Se lo entregué a Dios y estoy aprendiendo lo que necesito hacer. Estoy confiando en Jim, en cómo es ahora y en su potencial. Me he convertido en su aliada y está dando resultados».

Con el correr de los años escuché a muchos decir: «Deja de lado tus sueños respecto del matrimonio; si no lo haces, solo te desalentarás. Acepta lo que sucede y lo que obtienes». ¡Qué postura tan pesimista! ¡Qué fatalista!

¿Sabías que existe un tipo de personalidad llamada «soñador»? Son personas con una enorme imaginación. De niños, suelen frustrar a sus padres porque colorean por fuera de las líneas y piensan por fuera de lo convencional. Sin embargo, son los que crean lo que no existe. Jamás debes decirle a un niño soñador algo como: «No se puede hacer», porque ellos parecen hallar una manera de hacer *cualquier cosa* si lo intentan lo suficiente o lo piensan mucho. Desearía que hubiera algo de soñador en cada matrimonio, a fin de que pudieran ver su matrimonio como *podría* ser. Ver solo lo que *es* y prepararse para la mediocridad conyugal o darse por vencido de entrada, es contrario por completo a lo que desea Dios para el matrimonio. Su llamado no es a que las parejas permanezcan casadas, sino a que desarrollen una relación que refleje su presencia continua y que sea satisfactoria para ambos.

Así que sueña. ¡Sigue soñando! Sueña de manera realista y sueña grandes sueños para tu matrimonio. Edgar Allan Poe escribió en «Eleonora»: «Los que sueñan de día, conocen muchas cosas que escapan a los que solo sueñan de noche».

Hay una historia de un hombre cuya vida cambió de manera drástica cuando invitó a Jesús a su vida. En su desesperación por dar a conocer su recién hallada fe, se convirtió en un evangelista en las calles y se paró en una esquina a proclamar la verdad de Cristo. Otro hombre, irritado por lo que escuchaba, se le acercó y le dijo a voz en grito: «¡Oye! ¿Por qué no te callas? ¡No eres más que un soñador!».

Con tan solo doce años, la hija del predicador callejero se paró frente a este hombre que estaba tan irritado y le dijo: «Señor, no lo conozco ni sé cuál es su problema, pero el que predica es mi padre. Él era alcohólico. Llegaba a casa y tomaba mi ropa y mis cosas para venderlas, con tal de obtener dinero para comprar alcohol. Cuando Dios lo salvó, obtuvo un empleo, comenzó a trabajar y me compró ropa, zapatos y útiles escolares. Jamás volvió a tomar una sola gota de alcohol. En sus tiempos libres, les cuenta a los demás lo que Dios hizo en su vida. Así que, señor, si mi padre está soñando, le ruego que no lo despierte. Por favor, por favor, ¡no lo despierte!»[5].

Para tu consideración

1. ¿En qué aspectos no estabas completo cuando te casaste? ¿En qué sentidos tu cónyuge fue tu complemento? ¿En qué esferas te está refinando?

2. ¿Qué conducta manifestaba tu cónyuge durante el noviazgo que te gustaría que se repitiera ahora?

3. Pregúntate: *¿Cómo es estar casado conmigo?*

Capítulo cuatro

LA HISTORIA SE DESPLIEGA

VEAMOS EL GUIÓN: «Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella» (Efesios 5:25). Este mensaje ha estado vigente por años, de manera que no es nada nuevo. Sin embargo, este pasaje recitado en la mayoría de las bodas tradicionales, apenas si lo tienen en cuenta los participantes que poco comprenden su significado o la aplicación a su propio matrimonio.

El mismo pasaje de la Escritura expresa un par de versículos antes: «Porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la iglesia, la cual es su cuerpo» (v. 23). Es triste, sin embargo, que muchos de nosotros nos apartemos del guión del Autor, permitiendo en cambio que nuestras ideas culturales de lo que deben ser los esposos y las esposas impregnen nuestro entendimiento de lo que es el matrimonio. ¿El resultado? Muchos son los matrimonios que se apartan de la senda.

Para comprender y seguir el guión, debemos cerrar nuestros oídos, nuestros ojos y nuestra mente a nuestra cultura y enfocarnos en la Palabra de Dios, algo que muy pocas personas están dispuestas a hacer en estos días.

Debemos ser realistas: Si sigues las Escrituras, vas en dirección opuesta en una calle de una sola vía con todos los demás tocándote el claxon y poniendo en duda tu cordura. Sin embargo, la Palabra de Dios nos dice: «Y no vivan ya como vive todo el mundo. Al contrario, cambien de manera de ser y de pensar. Así podrán saber qué es lo que Dios quiere, es decir, todo lo que es bueno, agradable y perfecto» (Romanos 12:2, TLA).

Ahora, demos un vistazo a lo que dice el guión acerca del llamado de Dios a lo que los cónyuges deben hacer y ser.

Llamado para liderar

Según el guión, el esposo tiene tres llamados: el primero es a ser un líder, o «cabeza de su esposa». ¿Y eso qué significa? No habla de control, ni de una falta de participación pasiva, ni de autoridad impuesta, ni de sacar ventaja. Al contrario, un esposo jamás debe usar su papel de líder para beneficio propio. Hacerlo, lo desviaría del guión del Autor y Director.

Un esposo jamás debe poner a su esposa en una camisa de fuerza de conformidad, si no ella va a marchitarse y se debilitará su amor. Incluso las investigaciones seculares recientes han demostrado que lo que mata el amor entre cónyuges viola en forma directa lo que expresa la Escritura (es decir, intentar controlar a tu cónyuge en vez de servirlo).

El asunto del liderazgo masculino en el hogar ha sido una preocupación por años. Se escribieron varios libros sobre este tema, como *Passive Men, Wild Women* y *Husbands Who Won't Lead and Wives Who Won't*

Follow. Nos referimos a la dirección bíblica; de manera específica a la autoridad del hombre para liderar.

Sin embargo, hay condiciones especiales.

Efesios 5:22-23 establece: «Esposas, sométanse a sus propios esposos como al Señor. Porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y salvador de la iglesia, la cual es su cuerpo». Este pasaje hace referencia a la autoridad de la dirección del esposo, pero también la define y la limita. La analogía de la relación de Cristo con la iglesia como base de la dirección del esposo significa que la única oportunidad que tiene el derecho de ejercer la autoridad familiar es cuando lo hace de manera coherente con la naturaleza y el propósito de Cristo. Bryan Chapell lo expresa muy bien cuando dice: «La dirección que transgrede los propósitos de Dios pierde la aprobación divina»[1].

Los motivos de un hombre para liderar espiritualmente un matrimonio a veces pueden confundirse, pero cuando él permite que Dios lo guíe y cuando su corazón está abierto a Dios y a sus propósitos, su dirección recibe el apoyo divino.

¿Cómo se ve esa clase de liderazgo en términos prácticos?

La autoridad que Dios les da a los hombres para guiar se edifica en el servicio. Para muchos, este es un acto de equilibrio y malabarismo bastante difícil. El problema no radica en la enseñanza, sino en el hombre que hace un mal uso de la enseñanza, creyendo que está para servir a sus propias necesidades y deseos. Algunos hombres actúan como sargentos de infantería que lanzan órdenes a su esposa e hijos, que no reflejan las Escrituras sino su propio egoísmo e inseguridad.

Lo cierto es que un esposo tiene el llamado a pensar en los demás (sobre todo en su esposa) en primer lugar, antes que en sí mismo. Para muchos hombres, esto no es sencillo. Por un lado, la idea de ser un líder siervo va en contra del pensamiento de la cultura actual centrada en el «yo». Sin embargo, con un poco de trabajo y sacrificio, se puede lograr.

He visto las dos clases de liderazgo. He conocido a los dictadores centrados en sí mismos que distorsionan la enseñanza de las Escrituras en su propio beneficio. El resultado de esta clase de liderazgo es que los matrimonios y las familias sufren y se fragmentan. Con todo, también he visto hombres que son líderes siervos y sus familias crecen fuertes y saludables.

Llamado al amor sacrificial

El guión de Dios también llama al esposo a que no solo sea un líder siervo, sino también un amante. Esto significa que su dirección de la familia no es para exhibir su control dominante, sino el amor sacrificial de Jesús.

¿Y cómo amó Cristo cuando estaba en este mundo? Estaba concentrado en su misión de amor mientras pasaba tiempo con los discípulos y se comunicaba con ellos, enseñándoles acerca del perdón. También guiaba con su ejemplo y ayudaba a fortalecer a los discípulos cuando eran débiles. Defendía a los discípulos, los alababa frente a los demás y se revelaba ante ellos. ¿Y por qué hacía Jesús estas cosas? Porque le preocupaba el bienestar y la gloria futura de la iglesia.

Así debe amar un esposo a su esposa. Un esposo representa a Jesús en el hogar, y su papel es el de manifestar la gloria de Dios en su esposa y levantarla para el bien de ella. Este es un liderazgo que hace que la esposa se sienta especial, valorada y amada.

¿De qué manera específica puede un esposo hacer esto? Hay muchas maneras, y una de las más importantes es cuando el esposo pone a su esposa en primer lugar, antes que los hijos, los padres, los hermanos, el trabajo, la TV y los pasatiempos. Hacer esto fortalece el matrimonio. Y, a la inversa, no hacerlo debilitará el matrimonio.

Otra cosa que puede hacer un esposo amoroso es aprender el «lenguaje del amor» de su esposa. En otras palabras, tiene que aprender las

formas en que ella mejor expresa y recibe el amor de los demás y debe manifestar su amor de una manera que llegue a ella y satisfaga sus necesidades.

Un esposo debe también amar a su esposa de manera incondicional, del mismo modo que Dios nos ama a nosotros. No debe amarla «porque ella...», sino «a pesar de...». Cuando un esposo ama a su esposa de manera sacrificial e incondicional, ella captará mejor el amor y el cuidado de Dios para con ella, y esto, por consiguiente, trae gloria a Dios[2].

Dios espera que nos cuidemos los unos a los otros. Un esposo que degrada o rechaza a su esposa le quita lo que Dios desea para ella y, además, se roba a sí mismo el crecimiento y el desarrollo.

Con relación a las parejas que se cuidan el uno al otro, Bryan Chapell escribió:

> Debido a que dos personas que se casan deben ser uno, si una de las partes desmoraliza o degrada a la otra, ninguno será pleno por completo. Así como una pelota de baloncesto desinflada no sirve para su propósito, un matrimonio con uno de sus integrantes menguado privará a ambos de ser y hacer a plenitud lo que Dios desea. Dios diseñó las similitudes y las diferencias de un hombre y una mujer en el matrimonio para complementar y apoyar el crecimiento espiritual de ambos. Ninguna de las partes se podrá desarrollar a plenitud si a uno de los dos se le niega su potencial personal[3].

¡Qué oportunidad tiene un esposo! Se parece mucho a la obra redentora de Jesús a favor de la iglesia en que el esposo no debe vivir para sí, sino para que le usen como un canal de la bondad de Dios en la vida de su esposa. Debe responder, reaccionar, hablar y pensar hacia ella de maneras que le permitan desarrollar su persona y sus dones con el fin de dar la gloria a Dios[4].

Un hombre alentador lo hace. Es un hombre que le dice a la esposa con sinceridad: «Confío en ti», «Ve tras ello» y «¿En qué puedo ayudarte?».

Llamado a la plenitud de Cristo

Debemos hacer todo lo que la Biblia llama «la plenitud de Cristo», y eso incluye ser casado. Colosenses 3:15-17 nos dice cómo podemos equiparnos con esa plenitud:

> Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo, a la cual fueron llamados en un solo cuerpo. Y sean agradecidos. Que habite en ustedes la palabra de Cristo con toda su riqueza: instrúyanse y aconséjense unos a otros con toda sabiduría; canten salmos, himnos y canciones espirituales a Dios, con gratitud de corazón. Y todo lo que hagan, de palabra o de obra, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios el Padre por medio de él.

Ahora bien, demos una mirada más detallada a lo que significa vivir en la plenitud de Cristo.

Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo. Esto podría parafrasearse así: «Permitan que la paz de Cristo sea el árbitro en medio de los conflictos de la vida. Dejen que esa paz sea su consolador y que decida en tu lugar lo que es bueno». La paz que se describe aquí no es la paz que sientes cuando no tienes conflicto. Es una sensación de plenitud y de bienestar, es una sensación de que Dios tiene el control y te está guiando.

¿Quién o qué gobierna tu vida? La paz de Cristo es indispensable cuando se trata de bendecir a tu esposa y de manifestar la gloria de Dios.

Que habite en ustedes la palabra de Cristo. ¿Cómo permitimos que la Palabra de Dios habite en nosotros? Leyéndola, estudiándola y memorizándola.

He visto personas enojadas, frustradas, ansiosas y repugnantes que cambiaron por el poder de la Palabra de Dios que habitaba en ellos. La Palabra de Dios tiene poder para transformarnos y también para sacar a la luz lo mejor en cualquier matrimonio.

Cuando leas la Biblia, pídele al Espíritu Santo que la haga parte de tu vida. Cierto orador que escuché una vez en el Westmont College, dijo lo siguiente: «Si toman un capítulo de la Palabra de Dios y lo leen en voz alta todos los días durante un mes, quedará incorporado por el resto de su vida». Tenía razón. Da resultados.

Todo lo que hagan [...] háganlo en el nombre del Señor Jesús. Todo lo que hacemos como cristianos, lo bueno y lo malo, es un reflejo de Jesucristo. Nuestra conducta obediente y amorosa, incluso en nuestro matrimonio, refleja su divina presencia para que todo el mundo la vea. Sin embargo, cuando reaccionamos y respondemos de una manera opuesta a lo que está en las Escrituras y contraria a nuestra relación con Jesús, esto refleja que Él no habita a plenitud en nuestra vida.

El mandato de Pablo de hacerlo todo en el nombre del Señor Jesús sigue a una serie de mandamientos en Colosenses 3:5-14. Él nos advierte acerca de las conductas que debemos dejar de lado porque no son reflejo de una persona que conoce a Jesucristo. Él nos dice que hagamos morir la inmoralidad sexual, la impureza, las bajas pasiones, los malos deseos, la avaricia, el enojo, la ira, la malicia, la calumnia, el lenguaje obsceno y la mentira (vv. 5-9) debido a que ninguna de estas conductas refleja la presencia de Cristo en nuestra vida. Cuando nos involucramos en cualquiera de estas cosas, reescribimos el guión. Si nos quitamos de encima todo eso, nos preparará para hacer todo en el nombre de Cristo.

Tenemos el llamado a sustituir estas conductas negativas por palabras y obras que ejemplifiquen con claridad que conocemos a Cristo: misericordia, bondad, humildad mansedumbre, paciencia, perdón (vv. 10-14).

¿Cómo ves reflejadas estas cualidades positivas en tu relación matrimonial?

Llamado a liderar y a amar de forma sacrificial

Un esposo debe liderar en su matrimonio con su ejemplo y de manera sacrificial, no dando órdenes ni instrucciones de forma constante a su esposa. Nunca, *nunca*, debe decirle a la esposa lo que la Escritura dice que *ella* debe hacer. En cambio, debe concentrarse en amar a su esposa como Cristo amó a la iglesia; es decir, de manera sacrificial.

En términos prácticos, esto puede significar, entre otras cosas, bañar a los niños de manera voluntaria o masajearle los pies a su esposa, dejar de mirar el partido en la televisión para conversar con ella o salir de compras con ella (aunque sea después de una larga jornada de trabajo).

El amor sacrificial incluye participar de algo que es importante para ella aunque para ti no lo sea. Significa hacer algo de lo siguiente (aunque no se limita a esto):

- Orar con ella sin preocuparte de que tus oraciones sean más breves y directo al punto que las suyas.
- Aprender a pronunciar tres frases: «Tienes razón», «Yo estaba equivocado» y «Lo siento».
- Llamarla cuando estás retrasado.
- Poner en práctica Proverbios 31:28-29 (alabarla) de manera sistemática.

- Aceptar su estilo de comunicación y sus opiniones como distintas a las tuyas y no necesariamente equivocadas.
- Aceptar su femineidad y celebrar las diferencias propias de ello (véanse lecturas recomendadas).
- Solicitarle su opinión.
- Descubrir su personalidad única para comprenderla y mejorar la comunicación con ella (véanse lecturas recomendadas).
- Preguntarle qué programa de TV o película quisiera ver.

Antes de continuar: Si eres esposo, pregúntate cuáles de estas cosas hiciste durante el mes pasado. Luego, decide cuáles harás en el mes que tienes por delante.

Llamado a liderar mediante el aprendizaje

Hace unos años leí un artículo titulado «Consejo a los esposos resultado de una investigación: Acepten la influencia de su esposa». Este estudio demostraba que los hombres que disfrutaban de un matrimonio más feliz y estable eran también los que escuchaban las sugerencias y preocupaciones de su esposa y las ponían en práctica. Estos eran hombres dispuestos a aprender, cambiar y crecer[5].

Lo he comprobado por experiencia propia. Con los años, aprendí que mi esposa tiene dones innatos de conocimiento, percepción y capacidades que no tengo yo. Quizá por eso el apóstol Pedro escribiera: «Esposos, sean comprensivos en su vida conyugal, tratando cada uno a su esposa con respeto» (1 Pedro 3:7), lo que sencillamente significa que los esposos tienen el llamado a comprender a su esposa (su manera de pensar, su respuesta emocional y lo que necesitan para sentirse amadas y plenas en el matrimonio).

No sé por qué muchas veces escucho decir a los hombres: «No entiendo a mi esposa». Mi respuesta es rotunda: *¡Puedes aprender!*

Como hombres podemos ser mucho peor que simples desconocedores del sexo opuesto, ¡quizá no tengamos idea! Hay mucho para aprender en cuanto a amar a la esposa. Aun así, podemos aprender y, lo que es más, *necesitamos* aprenderlo. Tampoco eso es difícil. Es una cuestión de tomarse el tiempo para aprender.

Entonces, ¿cómo puedes aprender? En primer lugar, cuando tu esposa te hable, escúchala en vez de salir corriendo a solucionar algo. Los hombres solemos ocuparnos de reparar las cosas cuanto antes cuando nuestra esposa lo que desea es que escuchemos cómo ella se siente en esa situación. Por esa razón, deberíamos tomarnos el tiempo para preguntarle: «¿Es un momento para reparar algo o es un momento de aprendizaje?».

Esto va en contra de la mayoría de los hombres; pero he aprendido que escuchar es con frecuencia una de las mejores maneras de reparar las cosas.

Segundo, sé sincero con tu esposa. No te ocultes. Háblale de tus heridas, tus temores, tus preocupaciones, tus desalientos, tu vida. Créeme, esto los atraerá el uno al otro mucho más de lo que se puedan imaginar. Y cuando te conviertes en vulnerable, estarás liderando en amor y ella deseará seguirte.

Hay muchas cosas prácticas que podemos hacer mientras procuramos aprender de nuestra esposa. He aquí algunas de ellas:

- Invítala a tu vida y cuéntale las cosas que no consideras importantes.
- Pregúntale lo que piensa, lo que siente y lo que opina.
- Al menos una vez al mes, dedica un momento a recordar con ella la época de su noviazgo.
- Llámala de camino a casa para preguntarle si necesita algo, como buscar a tus hijos del colegio o comprar algo en el supermercado.

- En vez de responder «Bien» cuando tu esposa te pregunte cómo estás o cómo te fue, dedica un tiempo a conversar con ella con detenimiento y con detalles.

La respuesta de la esposa

Hoy en día existe superabundancia de libros e ideas que inundan nuestra cultura acerca del papel adecuado de la mujer y su respuesta al liderazgo o la dirección de su esposo. Algunos, debido a sus propias creencias o cuestiones acerca del liderazgo, parecen tratar de reescribir, reinterpretar o eliminar lo que afirma la Escritura sobre el tema. No obstante, esto es tan erróneo como el hombre que toma lo que dice la Biblia sobre la sumisión y lo usa como excusa para actuar como un sargento de infantería.

De manera que, para ustedes, ¿qué significa «Sométanse a sus propios esposos como al Señor»? Cuando lees eso, ¿en qué palabras te enfocas? Hoy en día, en muchos círculos no resulta popular la palabra *sometimiento*. Va en contra de la independencia que nuestra cultura parece valorar tanto.

Sin embargo, la expresión clave en este versículo no es *sométanse*, sino que es *como al Señor*. Esto significa que la motivación de una mujer de seguir al esposo es porque de esta manera trae gloria a Dios y no a su marido.

Hay muchas personas, cristianas y no cristianas por igual, que no pueden comprender esto ni tampoco piensan cumplirlo. Con todo, el Autor aclara esta enseñanza en el versículo siguiente: «Así como la iglesia se somete a Cristo, también las esposas deben someterse a sus esposos en todo» (Efesios 5:24).

¿De qué manera la iglesia cumple sus propósitos? Sometiéndose a la voluntad de Dios. ¿De qué manera una esposa cumple el propósito

de Dios para su vida? Sometiéndose a su esposo. Esto significa que la sumisión es un acto de adoración a Dios, un acto que lo honra. De modo que una esposa necesita ejercitar discreción espiritual y nunca hacer algo contrario a la Escritura[6].

Esta enseñanza se encuentra en todas partes; por ejemplo, en 1 Pedro 3 y en 2 Corintios 11:7-10. ¿Pero qué significa con exactitud la palabra *sumisión*? La palabra original significa literalmente «disponer debajo». Los comentaristas también la han interpretado dentro de este contexto con el significado de «disposición para ceder» o «ceder de forma voluntaria por amor» o «no ejercer autoridad sobre».

Ahora bien, ¿qué hace la sumisión? La Biblia nos dice: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y los dos llegarán a ser un solo cuerpo. Esto es un misterio profundo; yo me refiero a Cristo y a la iglesia» (Efesios 5:31-32). La sumisión es parte de la «identidad» de este versículo. Significa que en el matrimonio piadoso y bíblico, cada cónyuge se entrega a sí mismo por el bien del otro.

Dios tiene un propósito para tu matrimonio y para ti como persona, pero nada sucederá si no te ocupas de la satisfacción del otro. Así como el esposo ayuda a que su esposa sea un ser completo, la esposa colabora en que su esposo también lo sea. Algunos hombres afirman: «No necesito que mi esposa me complemente». Sin embargo, Dios dice lo contrario. Él dice que tú como esposo necesitas que tu esposa te ayude y que Él le pide a ella que te dé el apoyo y el cuidado necesario para que tú puedas hacer aquello para lo cual te llamaron. Ella tiene dones que te complementan y esto te hace crecer como un hombre piadoso.

La sumisión ayuda a que el esposo sea completo. ¿Pero cómo? Las cualidades de una esposa, sus dones y talentos que son exclusivos, se suman a la vida de su esposo. Cuando una esposa usa sus dones, edifica a su esposo y le da gloria porque trae sobre él la imagen de la gloria de Dios.

En un matrimonio cristiano, ninguno de los cónyuges vive o actúa para su propio beneficio, sino que siempre es por el beneficio de ambos. Da trabajo, pero vale la pena, porque la sumisión es una manera en que podemos honrarnos el uno al otro. Con todo, al hacerlo debemos recordar dos cosas: Primero, todos necesitamos someternos por el bien de los que Dios ha puesto en nuestra vida. Segundo, esta aparente contracultural respuesta de sumisión a los demás no daña nuestro valor o valía.

Respeto: Lo que necesita todo hombre

Hace unos años había un anuncio en televisión de cierta cera para automóviles. Una mujer estaba dispuesta a vender su automóvil que se veía viejo, gastado y sin brillo, de manera que nadie lo miraría dos veces. La mujer, dándose cuenta de la situación, decide usar esa cera para automóviles y... ¡oh, sorpresa! El auto luce como nuevo. Tan bien se ve que el aprecio de la mujer por su auto se reaviva y decide conservarlo.

Nosotros y nuestras relaciones se asemejan bastante a esto. Cuando tratamos a alguien como un regalo valioso y ponemos de nosotros en su cuidado, edificamos los sentimientos de autoestima de la persona *y* también nos acercamos a ella[7].

Cuando una esposa respeta, nutre y afirma a su esposo, profundiza su amor por él. Por otro lado, cuando no consideramos que algo sea valioso y lo negamos, nuestros sentimientos comienzan a menguar. Lo principal en la lista de necesidades de todo hombre figura el respeto de parte de su cónyuge; Dios creó a los hombres así. Necesitan del respeto tanto como del aire para respirar. Un hombre que no recibe respeto de su esposa es un hombre que comienza a debilitarse en su interior. Él estará bien siempre y cuando alguien no se pare sobre la manguera por la que fluye aire desde el tanque llamado *respeto*[8].

Por esta precisa razón es que Dios llama a las esposas a que respeten a sus esposos (Efesios 5:33).

Algunos creen que el respeto es algo que debemos ganarnos. Sin embargo, al igual que el amor, el respeto entre cónyuges debe ser incondicional. Por eso la Escritura enseña: «Den a todos el debido respeto [...] no solo a los buenos y comprensivos sino también a los insoportables» (1 Pedro 2:17-18).

He visto innumerables ejemplos en los que la esposa comenzó a confiar en su esposo y a mostrarle respeto. El esposo, en respuesta, comenzó a cambiar tanto en su manera de pensar y creer como en su manera de tratar y actuar con su esposa.

¿Cómo puede una esposa mostrar respeto por su esposo? Algunos ejemplos:

- Manifestar confianza en su decisión y capacidad.
- Escribirle notas (los hombres responden mejor a la palabra escrita) que digan cuánto lo valoras como persona (y a veces por su trabajo).
- Si estropea una tarea del hogar, no suspires, ni pongas los ojos en blanco, ni rezongues. Agradécele por intentarlo.
- Haz sugerencias positivas sin exigir una respuesta inmediata. Pídele que reflexione en ello.
- Presta atención a sus ofensas y no tomes su enojo como algo personal.
- Permítele desahogarse cuando lo necesite.
- Anímalo en las esferas que se siente inseguro y dile que lo apoyarás.
- Cuando toma una decisión con la que no estás de acuerdo, escúchalo.
- Menciona sus puntos fuertes delante de tus hijos.
- Alábalo al menos una vez al día.

- Descubre la característica única de su personalidad y aprende a comprenderlo y a comunicarte mejor con él.
- Acepta su masculinidad y celebra las diferencias lógicas de ello (véanse lecturas recomendadas).

Si eres esposa, pregúntate cuáles de estas cosas hiciste durante el pasado mes en un esfuerzo por manifestarle respeto a tu esposo. Luego, proponte hallar la manera de hacer estas cosas durante el mes siguiente.

He aquí un excelente ejemplo de una esposa que muestra a su esposo el respeto, la admiración y el amor que necesitaba de su parte:

Uno de los pastores que respeté muchísimo fue E.V. Hill, quien fuera durante muchos años pastor de la iglesia bautista misionera Monte Zion en Los Ángeles. Cuando E.V. inició su ministerio, era un trabajador incansable que deseaba proveer para su esposa, pero también era un joven predicador que luchaba por hacer dinero para pagar las cuentas.

La esposa del pastor Hill apreciaba sus esfuerzos por protegerla y proveer para ella, aunque hubo meses en los que no hubo dinero suficiente para pagar todas las cuentas. Una noche, al regresar a su casa, notó de inmediato que estaba a oscuras. Al abrir la puerta, vio que su esposa, Jane, había preparado una cena a la luz de las velas. Le encantó la idea, pero al entrar al baño para asearse, oprimió el botón que enciende la luz y nada sucedió. Al dirigirse al dormitorio y tratar de encender la luz tampoco funcionaba. Toda la casa estaba a oscuras.

Regresó y le preguntó a su esposa por qué no funcionaban las luces. Jane comenzó a llorar y dijo: «Trabajas mucho, pero es muy difícil. No tenía dinero suficiente para pagar la cuenta de la luz. No quería que lo supieras, por eso pensé que podríamos comer a la luz de las velas».

El Dr. Hill describía esta experiencia con profunda emoción: «Mi esposa pudo haber dicho: "Esto jamás sucedió en mi hogar"». Sin

embargo, no lo culpó ni le reprochó nada. En su lugar, solo dijo: «De alguna manera volveremos a encender las luces, pero esta noche comamos con velas»[9].

Nuestro llamado al amor y al respeto es un llamado, sin importar lo que haga el otro.

Es sacrificial. Así es el guión. Y da resultados.

A continuación, un relato de un divorcio que no prosperó porque una pareja aprendió a amarse el uno al otro como Dios quiere que lo hagamos.

Un ejemplo sobre cómo vivir según el guión

Este testimonio se presentó ante nuestra congregación de dos mil personas una mañana:

> *Jim*: Me preguntaba por qué me habían pedido que diera mi testimonio y luego me di cuenta de que el pastor sabía que Marie y yo nos habíamos divorciado y vuelto a casar. Primero pensé que el motivo de que me pidieran que contara mi testimonio era porque dentro de la congregación yo había sido el peor ejemplo como esposo durante mi primer matrimonio. Sin embargo, cuando hicimos la campaña de los cuarenta días con propósito, una de las cosas que recordaba de ese libro era de cuando se refería a la vida como que era una metáfora. Lo que vino de inmediato a mi mente es que la vida es una batalla y una lucha. Y eso ha sido para mí.
>
> Marie y yo vivíamos en Los Ángeles en lo que la mayoría denominaría un gueto. Nos conocimos cuando mi madre trabajaba con la tía de Marie. Querían que yo la acompañara en su fiesta de graduación y respondí que no porque la mía no fue divertida. Luego vi su foto y accedí. Al final, nos casamos en 1966.

> Siempre había creído en Dios, pero nunca lo había invitado a ser parte de mi vida, y siempre enfrenté todas las batallas y las luchas solo. Era entrenador de baloncesto y estaba concentrado en ganar, ganar y ganar. Pensaba solo en eso. Venía con esa carga a mi casa y la arrojaba sobre mi esposa. Aunque era un líder en mi trabajo, no lo era en mi hogar. No sabía cómo liderar a mi familia.
>
> Estuvimos casados por veintitrés años hasta que nos divorciamos en 1989, en esencia, porque yo era un pésimo líder. No le di a mi esposa lo que necesitaba. Tampoco tenía idea de qué cosas eran. Nos divorciamos y Marie se fue a estudiar a la ciudad de México. Era cristiano entonces, pero no caminaba con el Señor. Sin embargo, oraba y le pedía a Dios que actuara porque amaba a mi esposa y a mi familia, y no quería seguir en esa situación. Dios fue fiel conmigo y restauró mi matrimonio un año después. Estuvimos divorciados un año.
>
> Creo que lo más importante que aprendí es que puedo confiar en el Señor, que Él peleará mis batallas y que me guiará si le doy la oportunidad de hacerlo. Creo que el mayor cambio que se produjo es que pasé a ser más el líder espiritual de mi hogar. Creo que soy un mayor apoyo para mi esposa ahora.
>
> Sé que las mujeres necesitan que las amen, las apoyen y las valoren. Como hombres, este es el papel que nos ha dado Dios y Él establece un ejemplo cuando ama, apoya y valora a su iglesia. Intento mejorar en esto. No siempre lo consigo, pero cuanto más estudio la Biblia y más escucho a Dios que me habla a través de su Palabra, más me puedo concentrar en los dones positivos de mi esposa en lugar de hacerlo en sus rasgos negativos y en intentar cambiarlos.
>
> Esto es lo que hacemos los entrenadores: trabajamos para transformar la conducta negativa a fin de que los jugadores

hagan cosas positivas y así podamos tener éxito. Sin embargo, sé que no puedo trasladar esto a mi hogar y eso es lo que hice por años.

Marie es una mujer muy inteligente, compasiva, amorosa y bella. Somos muy distintos. Anoche, por ejemplo, ella estaba leyendo su libro de soldaduras, mientras yo veía boxear a De la Hoya. No obstante, disfrutamos de estar juntos. El pasaje en el que me baso es 1 Pedro 3:7, que dice: «Sean comprensivos en su vida conyugal, tratando cada uno a su esposa con respeto».

Marie: A decir verdad, me encanta la parte del respeto. Jim siempre ha sido un hombre trabajador y responsable. Jamás tuve que preocuparme por nuestro sustento ni por las necesidades materiales, pero me sentía muy abajo en su lista de prioridades. Parecía ser que el baloncesto ocupaba el lugar número uno, dos y tres. Era muy crítico de mi persona, ya fuera por mi manera de vestir, mi cabello o una mancha en la mesa. Parecía ser que nada de lo que yo hacía estaba bien y la ironía era que otras personas pensaban que yo hacía muchas cosas bien. Sin embargo, nada de lo que decían llenaba mi corazón porque yo intentaba agradar a Jim. Mi autoestima dependía muchísimo de lo que él pensaba de mí.

Mi familia había fallecido. Y yo era una joven mujer tratando de llevar adelante una familia y sin tener como fundamento al Señor. Me sentía atea por muchas cosas que me habían sucedido. Tenía una enorme necesidad y Jim no era capaz de mostrarme el amor que sentía por mí.

Con el paso de los años comencé a sentirme triste y muy deprimida. Cuando iban ya veintitrés años pensé: *No puedo seguir más así.* Sin embargo, clamar al Señor es algo asombroso. No fue un cambio de la noche a la mañana, pero resultó ser que una iglesia a la que asistía necesitaba un cantante y guitarrista, y me

alentaron a hacerlo. Allí fue donde encontré que Dios era real, que Jesucristo había muerto por mis pecados y que Él estaba esperándome.

Que Jim y yo acudiéramos al Señor produjo una diferencia increíble en nuestra vida. Ahora Jim lee la Palabra con fidelidad y puedo ver que ha dedicado su vida al plan de Dios. Esto ha redundado en beneficio para mí y para nuestra familia porque el plan de Dios es que estemos unidos. Esto ha enriquecido nuestra relación.

Jim es ahora mi mayor apoyo. Me ayudó a vencer el miedo de volver a estudiar. Así que a los cuarenta y cuatro años de edad fui a la universidad y obtuve una licenciatura, una maestría, dos credenciales de enseñanza y dos administrativas cuando creía que jamás podría asistir a la universidad.

En mayo de este año, Jim me animó a que tocara en un concierto, lo que resultó ser una experiencia mágica. Era un auditorio con más de seiscientas personas. Descubrí que podía apoyarme en mi esposo no solo en el aspecto material y económico, sino también cuando necesitara fortaleza espiritual y apoyo emocional. Ahora me dice cuáles son mis puntos fuertes y los menciona ante otras personas. También me ayuda en mis debilidades, como debe hacerlo un cónyuge y sin criticarme.

Es algo asombroso. En pocas palabras: Siempre hay esperanza en el Señor.

Para tu consideración

1. ¿De qué manera esta enseñanza es parte de tu matrimonio en esta época? Descríbelo.
2 ¿Qué podrías hacer para implementar esta enseñanza a fin de fortalecer tu matrimonio? Enumera pasos específicos.

Recursos recomendados

Each for the Other, Bryan Chapell (Baker Books, 1998)
Amor y Respeto, Dr. Emerson Eggerichs (Casa Creación, 2005)
Comunicación: La clave para su matrimonio, H. Norman Wright (Unilit, 2000)

Capítulo cinco

COMPROMISO: EL SÚPER PEGAMENTO DEL MATRIMONIO

En los últimos cien años, nuestra cultura ha reescrito el guión del matrimonio página a página. Cuando se trata del matrimonio, la mentalidad de permanencia se ha sustituido por una de cambio, de un matrimonio para toda la vida se pasó a un matrimonio por un tiempo.

En nuestra cultura existe una dualidad de pensamiento acerca del matrimonio. Por un lado, las revistas de novias, la moda, los planificadores de bodas y los lugares para ir de luna de miel constituyen un gran negocio. Mientras tanto, una actitud hacia el matrimonio de «Si no resulta, nos separamos» socava el compromiso, la misma base de la institución.

No son, por cierto, actitudes de un guardián del matrimonio.

La palabra que refleja el guión de Dios para el matrimonio es *permanencia*, que significa «que dura para siempre». Esto es lo que queda implícito con total claridad en la primera referencia al matrimonio que

hace la Biblia: «Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Génesis 2:24, LBLA).

En este contexto, la palabra *unirá* no se refiere a algo que pueda separarse, como dos vagones de ferrocarril que pueden unirse y luego separarse con facilidad. Al contrario, el término hebreo para *unirá* significa: adherir, pegar, ser fiel, clavar. Implica un lazo duradero y un matrimonio para toda la vida. Jesús citó este mismo pasaje en el Evangelio de Mateo, y el término griego empleado significa: «adherir dos piezas». En este contexto, la palabra no se refiere a confinamiento, sino a un lazo permanente y a dar rienda suelta a todo el potencial.

El divorcio no es una opción

Es probable que hayas escuchado la expresión militar: «Rendirse no es una opción». Cuando el capitán de un barco se dirigía a la batalla, donde rendirse no era una opción, daba la orden de izar en el mástil la bandera con los colores de su país. Una vez que se enarbolaba la bandera, durante la batalla ya no había posibilidades de bajarla e izar la bandera de rendición. Cuando la tripulación se daba cuenta de que no había más opción que pelear, se mostraban más decididos a ganar la batalla.

Esta es la misma mentalidad que debemos tener en el matrimonio. Nuestra única opción en el matrimonio es la de permanecer en el territorio, pelear contra las cosas que podrían separarnos y hallar la manera de que resulte.

¿Te imaginas lo que pasaría si los abogados, los jueces, los pastores y los amigos de las parejas que desean separarse les dijeran: «No hay manera de salir de esto. No hay divorcio. Regresa y trata de solucionar las cosas. Cambien ustedes y reaviven el amor. Esa es la única opción que tienen»?

Creo que si comprendiéramos el nivel de compromiso que Dios exige de nosotros en el matrimonio, haríamos todo lo posible no solo

para hacer que sobreviva nuestro matrimonio, sino para hacer que tenga éxito. Un matrimonio cristiano va más allá del compañerismo terrenal. Es un compromiso que involucra a tres personas: el esposo, la esposa y Jesucristo.

El rey Salomón escribió: «Uno solo puede ser vencido, pero dos pueden resistir. ¡La cuerda de tres hilos no se rompe fácilmente!» (Eclesiastés 4:12). Dentro del contexto matrimonial, eso significa que cuando el esposo y la esposa están comprometidos entre sí y con Jesús, tienen a su disposición los recursos para hacer que su matrimonio tenga éxito.

El compromiso significa muchas cosas para las distintas personas. Para algunos, la fortaleza de su compromiso es según la manera en que se sientan en el aspecto emocional o físico. Esa es una base endeble.

El compromiso real no se basa en sentimientos, sino en los votos que hacemos ante Dios y ante los demás cuando nos casamos. Es una promesa y una prenda que llevamos a su cumplimiento atravesando cualquier obstáculo que se cruce en nuestro camino. El matrimonio es la entrega total de uno mismo a la otra persona. Por supuesto, esa clase de compromiso es riesgosa, pero hace que la vida sea más plena.

Suelo establecer una comparación entre la idea de compromiso en el matrimonio con el *bungee jumping* [salto sujeto a una cuerda elástica que se realiza desde plataformas o puentes]. En esa actividad en particular, una vez que abandonaste la plataforma, no hay vuelta atrás ni se puede cambiar de opinión; estás comprometido a continuar con el salto.

Así es un compromiso y es lo que mantiene al matrimonio unido, aun en las épocas difíciles.

La fuerza de una promesa

En «The Skin of Our Teeth», de Thornton Wilder, el personaje llamado Sra. Antobus dice: «Me casé contigo porque me prometiste algo.

Esa promesa compensó tus faltas. Y mi promesa compensó las mías. Dos seres imperfectos que nos casamos y fue la promesa la que constituyó el matrimonio [...] Y cuando nuestros hijos fueron creciendo, no fue una casa la que los protegió ni tampoco lo fue nuestro amor, sino esa promesa»[1].

Es un excelente ejemplo de cómo se ve un compromiso con el matrimonio. Es una promesa hecha y cumplida por dos seres imperfectos: dos personas con defectos, errores y debilidades de carácter.

El compromiso implica renunciar al sueño infantil de tener un cónyuge que gratifique todas tus necesidades y deseos, y que compensará todas las decepciones de la infancia. Implica esperar y aceptar el hecho de que tu cónyuge en ocasiones te decepcionará o no estará a la altura de tus expectativas. E implica también apegarte a tu cónyuge cuando aparezcan las dificultades matrimoniales, como es probable que lo hagan.

Un amigo me contó en cierta oportunidad cuál fue el compromiso de su matrimonio que lo hizo durar: «Norm, ambos teníamos un compromiso entre nosotros y con el matrimonio. Cuando nuestro compromiso entre nosotros era débil, el compromiso con el matrimonio era lo que nos mantenía juntos».

El compromiso conyugal implica que, cuando aparezcan las dificultades, nos miremos a nosotros mismos en primer lugar. La naturaleza humana nos lleva a mirar a nuestro alrededor, a todo y a todos, menos a nosotros cuando pasamos por tiempos duros. Miramos a nuestro cónyuge, a otras personas, al matrimonio en sí. En definitiva, no queremos apuntar el dedo acusador hacia nosotros mismos.

Una persona comprometida hace lo contrario porque sabe que el matrimonio no es una prisión, sino una fuente de libertad y seguridad. Por esa razón, la persona comprometida se mira a sí misma en primer lugar y pregunta: «¿Cuál es mi aporte al problema?». Las personas comprometidas saben que pueden controlar solo su conducta y sus pensamientos y no los de su cónyuge[2].

Comprometido a amar bien

La mayoría de las personas recién casadas no tienen idea de la clase de dolor que puede acompañar el compromiso de vivir juntos para toda la vida. No comprenden que se están atando con otro ser humano (en el aspecto legal, económico, físico, emocional y espiritual).

Cada uno de nosotros sufrirá en diferentes momentos de la vida, y cuando estamos casados, tenemos el compromiso de compartir el dolor de otra persona. Por ese motivo, necesitamos recurrir a nuestro compromiso y a los votos matrimoniales en busca de fortaleza, estabilidad y resistencia, en especial cuando los sentimientos de amor no son tan fuertes como lo fueron en alguna oportunidad.

Esto significa que cada tanto hay que recordar que debemos dedicar un tiempo a expresar nuestro amor y nuestro compromiso el uno hacia el otro y decir las cosas que se necesitan expresar y escuchar en un matrimonio amoroso y comprometido.

En síntesis: es un compromiso para amar bien.

Lee las palabras de una esposa:

> Las escenas de muerte en la vida real no son como las de las películas. Mi esposo, demasiado alto para una cama regular, yacía con los pies fuera del cobertor. Yo permanecía aferrada a los dedos de los pies como si eso fuera a salvarle la vida. Me aferraba a él por si no podía salvarlo de caer por el precipicio del presente, del aquí y ahora, para que al menos nos fuéramos juntos. Eso es estar en el infierno de la unidad de terapia intensiva [...]
>
> Parecía que de pronto la noche había caído sobre el mundo. Todo era frío y oscuro. Un sitio al que nadie querría entrar de manera voluntaria. Los médicos trataban de ser amables. Con los ojos decían: *Está fuera de nuestro alcance. Hicimos todo lo posible.*

Una enfermera con acento jamaiquino me colocó una frazada rosa sobre los hombros. Alguien susurró: «Es solo cuestión de minutos».

Solo cuestión de minutos poder decirnos cualquier cosa que hubiéramos olvidado decir. Tan solo unos minutos para recordar nuestros días juntos. ¿Nos habíamos amado lo suficiente?[3]

El interrogante de esa esposa nos hace reflexionar sobre nuestro compromiso matrimonial. No importa si hemos estado casados unos meses, algunos años o varias décadas, hace que observemos a nuestro cónyuge y nuestro matrimonio y nos preguntemos: «¿He amado lo suficiente?».

¿Y en cuanto a ti? ¿Estás «al día» en estas cuestiones? ¿Has tomado el tiempo para poner en palabras las cosas que necesitas y deseas expresar y las cosas que tu cónyuge necesita y desea escuchar? Si no lo has hecho, no es tarde para que te pongas al día.

En mi caso, hay veces que reflexiono en pensamientos y sentimientos del pasado que hubiera deseado verbalizar. Y me di cuenta que no está mal hablar con mi esposa, recordarle la situación o la conversación que tuvimos y expresarle lo que hubiera querido decirle en esa oportunidad.

Trato de mantenerme alerta a fin de poder estar al día, captar esos instantes y dedicar el tiempo para expresar esas cosas de las que más tarde me puedo llegar a arrepentir por no haberlas dicho.

Por ejemplo, nuestro pastor y su esposa hace poco pasaron por nuestra casa con una planta y se ofrecieron a orar por Joyce, que tenía una cita con el médico. Cuando el pastor comenzó a orar por Joyce, en su rostro comencé a ver una increíble expresión de dulzura, inocencia y paz. En ese momento, deseé tener una cámara para poder captar esa expresión en otro lugar aparte de hacerlo en mi mente. No

obstante, más tarde lo comenté con Joyce. Le dije lo que estaba sintiendo y pensando cuando vi la expresión de su rostro mientras oraba el pastor. Conversar con Joyce acerca de ese momento fue una expresión de mi amor y compromiso con ella, una expresión que profundizó aun más mi amor y compromiso.

El compromiso de amar bien no se condiciona a los momentos en que todas las piezas de la vida o del matrimonio encajan en su justo lugar. No está supeditado a nuestras circunstancias, sino que es un compromiso a soportar todo lo que nos presenta la vida.

En el matrimonio, quizá tengas un día en el que todo va bien, pero habrá muchos días en los que no sea así. Sin embargo, todos los días, más allá de cómo nos haya ido, necesitamos dedicar el tiempo de preguntarnos si hemos amado lo suficiente.

Si fue así, podremos regocijarnos y recordar esos días por el resto de nuestro matrimonio. De lo contrario, podemos comenzar ya mismo. Nunca es tarde para comenzar a amar bien.

Un compromiso a estar en guardia

De principios a mediados de los años de 1980, el programa televisivo *Hill Street Blues* cautivó a la audiencia. Parte del éxito de este programa era el grupo heterogéneo de personajes que ocupaban las oficinas del precinto. ¡Algunos no eran para nada el tipo de oficiales con los que uno querría encontrarse si llegara a necesitar ayuda!

Cada episodio de *Hill Street Blues* comenzaba con un informe (casi siempre caótico) matinal de todos los oficiales. Antes de que el sargento despidiera al bullicioso grupo, hacía una pausa y decía: «¡Tengan cuidado allá afuera!». Esta era su advertencia para que estuvieran alertas, que estuvieran en guardia y que nunca decayeran porque algo imprevisible podía suceder y, con frecuencia, sucedía.

La Escritura nos advierte una y otra vez que «estemos en guardia». Debemos estar en guardia, dice Jesús, contra la hipocresía (véase Mateo 16:6-12); contra la avaricia (véase Lucas 12:15); contra la persecución por parte de los demás (véase Mateo 10:17); contra las falsas enseñanzas (véase Marcos 13:22-23) y, sobre todo, contra la negligencia espiritual y el no estar preparados para el regreso del Señor (véase Marcos 13:32-37). «Tengan cuidado», dijo Jesús en Lucas 21:34, «no sea que se les endurezca el corazón por el vicio, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida».

Tener cuidado en este contexto significa ser cauteloso, mantener los ojos abiertos, estar alerta, porque si uno baja la guardia, puede hacer algo dañino para uno o para los demás. Por eso esta misma advertencia se repite a lo largo de las Escrituras. Escucha estas advertencias: «¡Pero tengan cuidado! Presten atención» (Deuteronomio 4:9); «Tengan, pues, cuidado de hacer lo que el Señor su Dios les ha mandado» (Deuteronomio 5:32); «Esfuércense por cumplir todo lo que está escrito en el libro» (Josué 23:6); «¡Reflexionen sobre su proceder!» (Hageo 1:5-7); «No paguen a nadie mal por mal. Procuren hacer lo bueno delante de todos» (Romanos 12:17); «Si alguien piensa que está firme, tenga cuidado de no caer» (1 Corintios 10:12); «Tengan cuidado de su manera de vivir» (Efesios 5:15); y «Cuidémonos, por tanto, no sea que, aunque la promesa de entrar en su reposo sigue vigente, alguno de ustedes parezca quedarse atrás» (Hebreos 4:1).

Dios nos da estas advertencias de que seamos cuidadosos porque Él sabe que para soportar todo lo que nos arroja el mundo, necesitamos ser precavidos y cautelosos. Esto se aplica a nuestro compromiso conyugal.

Muchas personas no ven la palabra *soportar* de manera positiva, sobre todo porque tienden a asociarla con el arduo trabajo que exige atravesar los momentos difíciles. Mientras la idea de un compromiso para soportar puede parecer poco romántica e inspiradora, tiene en

realidad un efecto liberador y fortalecedor en el matrimonio. Dentro del matrimonio, esta clase de compromiso ayuda a que se desarrolle y crezca la intimidad genuina. Por eso un compromiso a soportar aun en la más difícil de las circunstancias puede convertir al matrimonio en un lugar de refugio y de aliento.

Como cristianos, este compromiso a permanecer hasta el fin se origina en nuestra confianza en el carácter de Dios. Incluye el reconocimiento de que Dios no permitirá que el peso de las circunstancias de la vida agobien o superen el aliento que nos da Él. Se construye en la seguridad de que Él puede guiar a las parejas y lo hará aun en medio de los mayores apuros que enfrenten.

Una esposa expresa sus pensamientos:

> Hemos estado casados durante cincuenta años, así que podrán imaginarse cuántos cambios hemos vivido: tres guerras, once presidentes, cinco recesiones, fuimos del modelo inicial para ir a la luna y de los caminos rurales a las autopistas de información. Si bien los cambios a nuestro alrededor han sido grandes, los cambios personales que Dios ha producido en nosotros han sido aun mayores. Aunque con frecuencia no podamos ver la manera en que Dios obra en nuestra vida en el momento presente, podemos mirar atrás y darnos cuenta de que nuestro matrimonio ha sido una escuela para el desarrollo del carácter. Dios usó a mi esposo en mi vida y a mí en la suya para hacernos más semejantes a Cristo. Entonces, ¿cuáles son las enseñanzas que aprendimos acerca de cómo Dios usa el matrimonio para cambiarnos? Muchas. A lo largo de cincuenta años de matrimonio hemos aprendido que las diferencias nos han desarrollado, que las crisis nos han cultivado y que el ministerio nos ha unido.

Esta es una pareja que no solo soportó, sino que también creció, sencillamente porque tuvieron el compromiso de amarse el uno al otro

y de estar en guardia contra las cosas que el diablo podría haber usado para dañar su matrimonio.

Un compromiso dual

Para que un matrimonio cristiano pueda ser estable y crecer, la pareja debe tener un compromiso tanto con el matrimonio como *institución* como con el matrimonio a manera de *relación*. El compromiso con la institución matrimonial crea un contexto en el que el crecimiento tiene su lugar, mientras que el compromiso con la relación garantiza que esas cosas que deben constituir un matrimonio individual tendrán su lugar. Estos dos compromisos juntos crean un matrimonio[4].

Creo que es importante revisar este compromiso dual y «recrear» el compromiso matrimonial todos los días. Es más que celebrar un aniversario cada año o una vez al mes. Es más que hacer una cita especial una vez a la semana. Es importante recrear tu compromiso cada día de casado.

Cuando digo que debemos «recrear» nuestro compromiso, me refiero a que hagamos las cosas que nos recuerden nuestro compromiso. ¿Y cómo logramos esto? Aquí va un ejemplo que tomé de mi propio tiempo devocional.

Cada mañana, durante mi tiempo devocional, tomo varias fichas en las que tengo escritos pasajes de las Escrituras que estoy memorizando y los repaso. También, cuando me despierto por la noche, repaso mentalmente algunos de estos pasajes y reflexiono en ellos como ayuda para memorizarlos.

Se me ocurrió que lo mismo podría resultar en cuanto a «recrear» mi compromiso matrimonial cada día. Me refiero a tomar algunas fichas cada mañana y escribir en ellas un recordatorio de mi compromiso hacia el matrimonio como institución, así como con mi relación matrimonial con mi esposa.

Estos recordatorios de tu compromiso con el matrimonio en sí y con *tu* matrimonio en particular pueden ser de mucha ayuda en cuanto a «recrear» cada día tu matrimonio. Y es algo que animo a hacer a otros en mis clases de consejería prematrimonial.

Cuando trabajo con parejas que planean casarse, les pido que escriban doce razones específicas por las que desean casarse con el otro. Luego, en uno de los encuentros, les pido que se sienten frente a frente y lean lo que escribieron. Algunas de estas experiencias han sido muy conmovedoras, hasta el punto de que terminamos llorando los tres.

Una vez que ambos leen su lista, les sugiero dos cosas: Primero, que coloquen esa lista en su hogar donde les sirva de recordatorio de por qué están haciendo ese compromiso entre sí; y segundo, que la lectura en voz alta de estas listas sea una tradición a realizar en cada aniversario y que luego agreguen razones por las que están felices de haberse casado y que descubrieron durante el año que pasó.

¿Puedes recordar las razones por las que te casaste con tu cónyuge? ¿Puedes pensar en cosas que hayas aprendido acerca de tu cónyuge en este último año, o en los últimos cinco o diez años en que has estado casado y que hacen que te alegres de haber hecho este compromiso?

Si no has reflexionado en estas preguntas o si nunca escribiste las razones por las que estás feliz de estar casado con tu cónyuge, dedica unos minutos a hacerlo ahora. Será determinante en tu manera de ver el compromiso con el matrimonio como institución y con *tu* matrimonio como relación.

Cómo mantienes fuerte el compromiso: Una cuestión de enfoque

¿Qué es lo que sirve para mantener fuerte el compromiso? ¿Qué puedes hacer para proteger tu promesa? Piensa en lo siguiente.

Dos problemas que pueden llevarte a la erosión del compromiso son la sobreestimación y la subestimación. Ahora bien, la sobreestimación en ocasiones puede ser una gran cosa. Por ejemplo, a la mayoría de nosotros nos agradaría que un constructor nos pase un presupuesto para ciertos arreglos del hogar y luego, una vez realizado, nos dice que costó menos de lo pensado. Por otro lado, la subestimación puede ser algo malo si ese mismo constructor cotiza por debajo el trabajo y, al terminar, nos informa que costó más de lo esperado.

En mis años como consejero, he descubierto que tanto la sobreestimación como la subestimación pueden causar dificultades en un matrimonio. ¿Cómo? Aquí van algunos ejemplos.

Es muy sencillo subestimar el nivel de satisfacción en un matrimonio y al mismo tiempo sobrestimar la cantidad de problemas en la relación. Cuando esto sucede, la causa frecuente es una distorsión de lo que sucede de verdad en la relación. Los resultados, tal y como podrías esperarlo, pueden ser muy dolorosos.

Por lo general, la visión distorsionada de la relación de una pareja, por parte de uno o de ambos cónyuges, sucede porque se comportan como mulas con anteojeras. Si nunca has visto anteojeras en una mula o un caballo, te explicaré de qué se trata. Las anteojeras impiden que el animal vea lo que sucede a su alrededor. Pueden ver directo hacia el frente, pero no tienen visión periférica.

Podemos ser como estos animales con anteojeras cuando nos concentramos en lo que creemos que nos falta y no vemos todas las cosas buenas que nos rodean. Con todo, es una situación que podemos corregir.

Obtenemos una adecuada visión de nuestro matrimonio cuando quitamos las anteojeras para así poder cambiar la dirección en la que vamos. Una vez que eliminamos esas anteojeras, solo necesitamos revertir lo que habíamos estado haciendo. Debes concentrarte en los aspectos positivos de tu matrimonio (lo que resulta) y no en los aspectos negativos.

«Darle soga»

Como cristianos tenemos el llamado a otorgarle a nuestro cónyuge el beneficio de la duda o, como dice la frase: «Darle soga».

Puedes comenzar a hacer esto si te niegas a asumir lo peor cuando tu cónyuge hace algo fuera de lo común. Cuando sucede esto, no debes pensar que tu cónyuge tiene motivos ulteriores o que está enojado o contrariado contigo. En cambio, comienza con la suposición de que tiene buenas intenciones. Al hacerlo, tu cónyuge estará más dispuesto a actuar según lo que suponías.

La expresión «darle soga» viene de la pesca. Fui testigo de un ejemplo de ello un día en que pescaba róbalos en unos troncos hundidos. Estaba recogiendo la línea luego de un lanzamiento cuando un gran róbalo atrapó el anzuelo y comenzó a llevarse la tanza de mi carrete. Hice mi mayor esfuerzo antes de que el pez fuera más profundo por debajo de los troncos hundidos, pero se las ingenió para escabullirse junto con la línea debajo de uno de los árboles.

Alcancé a verlo apenas unos segundos antes de que se sumergiera y comprobé que era una pieza de buen tamaño. Quería pescar este pez y tenía dos opciones. Podía entrar en el juego de tira y afloja con el pez, tirar con fuerza de la línea e intentar arrastrarlo sacándolo de debajo del tocón. Esta parecía ser la opción obvia; sencillamente involucrarse en una lucha de poderes con el pez y demostrarle quién tenía el control. Sin embargo, sabía por experiencia que esto me saldría al revés: lo único que lograría sería perder la línea debajo del tronco ya que se cortaría. De esa manera no solo perdería el pez, sino también el anzuelo que tenía en la boca.

La otra opción, que no me gustaba mucho, era dejar de luchar con el pez y darle un poco de línea para que nadara con libertad a su gusto. Después quizá saldría de donde estaba. Esto significaba que le cedería el control y le dejaría hacer lo que quisiera por un tiempo. Debería

tener paciencia. Para que esto resultara, debía ser según sus términos y a su tiempo.

De manera que le di un poco de línea y esperé. Poco a poco la línea comenzó a moverse, y cuando el pez salió de debajo del tronco, yo estaba listo. Luego de unos minutos de lucha, lo pesqué al fin, le tomé una fotografía y lo lancé al agua para que siguiera creciendo.

Más tarde, me di cuenta de que la manera en que traté al pez se parece mucho a la forma en que necesitamos aprender a manejar a nuestro cónyuge. Así como le di a ese gran róbalo un poco de soga y al final vino hacia mí, cuando hacemos lo mismo con nuestra pareja, termina por volverse hacia nosotros. Las parejas que siguen este principio en vez de tratar de confinarse y controlarse el uno al otro descubren un mayor nivel de satisfacción en su matrimonio.

Un compromiso con la prioridad adecuada

En su libro, *Lo primero, primero*, Stephen Covey ilustra la importancia de comprometernos con las prioridades adecuadas a través del siguiente relato:

> En un seminario de administración del tiempo, el disertante colocó un gran frasco sobre una mesa frente a los asistentes y luego lo rodeó de piedras del tamaño de una pelota de sóftbol. Luego preguntó a la audiencia: «¿Cuántas de estas piedras creen que puedo introducir en el frasco?». Comenzaron los cálculos. ¡Trece! ¡Nueve! ¡Doce! Una vez sugeridas varias opciones, comenzó a introducir una a una las piedras en el frasco. A medida que lo hacía, contaba en voz alta: Una, dos, tres... Luego de poner cada piedra, preguntaba a los participantes si el frasco estaba lleno y estos respondían que no, hasta que introdujo la número doce y parecía estar lleno por fin.
>
> Con el frasco al parecer lleno, el orador extrajo un balde lleno de piedritas que comenzó a introducir en el frasco. Estas piedritas comenzaron a deslizarse entre las grandes e iban ocupando todos los resquicios hasta que el frasco quedó, en apariencia, lleno. Llegado ese punto, el disertante preguntó a la multitud si el frasco estaba lleno, a lo que todos respondieron: «No».
>
> A estas alturas, todos sabían lo que vendría: arena y luego agua. Solo entonces el frasco estuvo lleno.
>
> Terminado el experimento, el líder del seminario preguntó: «¿Qué queremos demostrar con esto?»; a lo que alguien respondió: «El punto es que hay muchos recovecos y resquicios de tiempo en la vida que estamos desperdiciando en vez de usarlos a plenitud».
>
> «No», respondió el orador, «ese no es el punto». Y luego explicó que si no hubiera colocado primero las piedras grandes dentro del frasco, después no podría haberlo hecho.
>
> «Estamos hablando de separar tiempo», dijo él. «Ustedes tienen un frasco al igual que yo. La mayoría de nuestros frascos están llenos. Es imposible crear más tiempo porque es un recurso limitado. Entonces, ¿cuáles son las piedras grandes? Son las cosas que consideras más importantes en tu vida. Me pregunto con cuánta frecuencia vamos por la vida con algunas de estas grandes piedras apoyadas en la mesa, en vez de tenerlas dentro del frasco. Una piedra grande es una prioridad deseada, pero si no está dentro del frasco, no es una prioridad real»[5].

El compromiso significa que estás seguro de que colocaste a tu cónyuge primero en el frasco. La mayoría diríamos que nuestra pareja es una de las grandes piedras, ¿pero lo es en realidad? Cuando hacemos que nuestro cónyuge sea una de las «piedras grandes» en el frasco de nuestra vida, nos disponemos para la felicidad y la plenitud marital.

El compromiso significa decirle «sí» a pasar tiempo con tu cónyuge y decir que «no» a muchas otras cosas. El Dr. Scott Stanley escribió: «El compromiso incluye que tomemos la decisión de dejar de lado algunas opciones. Es más, perseverar en el compromiso exigirá que una persona proteja la opción hecha dentro del contexto de las exigencias de la vida. Mantener el compromiso exige que todos reconozcamos que algunos caminos ya no están disponibles para nosotros. Debemos abandonarlos»[6].

Por último, cada uno de nosotros necesita hacer un compromiso con el compromiso mismo. Al principio esto parece ser un desafío extraño, pero es sencillamente la creencia y la convicción de que terminaremos lo que hemos comenzado, en especial cuando se trata de nuestro matrimonio.

Para tu consideración

1. ¿Cuáles son las opciones que abandonaste?
2. ¿Cuáles son los caminos que abandonaste?
3. ¿De qué manera proteges tu opción de compromiso?
4. Vuelve a preguntarte: *¿Cómo es estar casado conmigo?*

Capítulo seis

NOS ENGAÑARON

HACE ALGUNOS AÑOS, en un antiguo anuncio de la televisión para una marca en particular de margarina figuraba: «No está bien engañar a la madre naturaleza». La broma que encerraba el anuncio era que la margarina sabía tan parecida a la mantequilla que incluso la madre naturaleza no podía decir la diferencia.

Era un anuncio bastante divertido, pero en verdad sabemos que no es bueno engañar a nadie, en especial cuando descubren mucho tiempo después que los han engañado.

En nuestra cultura actual, todos los esfuerzos apuntan a engañar al consumidor. Los anuncios nos prometen «increíbles ahorros» en tarjetas de crédito, en automóviles, en muebles y en cualquier cosa en la que se puede llegar a gastar dinero, pero siempre hay un «¡ah!, por cierto» adjunto. Siempre resulta ser que no nos han dado toda la

información de entrada y que lo que nos prometía el anuncio en un inicio no era del todo cierto.

Si alguna vez has caído en un anuncio de radio o televisión poco menos que cierto, es probable que no solo te sintieras decepcionado, sino también engañado.

Es malo cuando una persona o un grupo recibe y cree información falsa, y es peor cuando a una comunidad la llevan a conclusiones erróneas. Sin embargo, resulta trágico cuando toda una cultura la llevan a creer algo que no es cierto. Cuando sucede eso, se produce una erosión de valores, de creencias y de confianza.

Eso es justo lo que sucedió en nuestra cultura en cuanto a la institución del matrimonio. Hemos alimentado la idea de que la cohabitación o «vivir juntos» sin casarse era lo mismo que el matrimonio y que era una respuesta al problema del divorcio o del matrimonio infeliz.

Es triste que a nuestra cultura, incluso a muchos cristianos que creen en la Biblia, los hayan engañado con esta mentira. Si no lo has experimentado de primera mano, quizá lo experimentaran amigos o familiares. Si esta es tu situación, es probable que creas que es hora de pronunciarse contra el mito de que vivir juntos tiene ventajas sobre el matrimonio y que ya es hora de que la gente sepa que esto no es más que reescribir el guión de Dios para el matrimonio.

Al matrimonio lo ataca la tendencia de la cohabitación y esto se ajusta también a la comunidad cristiana. Creo que el problema no es que la iglesia no haya tocado este problema. Es más, muchas congregaciones animan a las parejas de novios a que se mantengan separados y se abstengan de tener relaciones sexuales hasta que se casen.

Creo que el problema se debe más a que las parejas cristianas no hablan del matrimonio, ni lo presentan como un estilo de vida positivo para la gente de hoy. Volveremos sobre el tema más adelante, pero por ahora daremos un vistazo al estado de cohabitación en nuestra cultura actual.

Los números y las razones para la cohabitación

La cohabitación es una práctica que ha crecido en gran medida en nuestra cultura en los últimos treinta años. Estamos pasando, y con cierto ritmo, de tener una «cultura del matrimonio» a una «cultura de la cohabitación». Los números no mienten. En 1970, alrededor de medio millón de parejas vivían juntos en los Estados Unidos, pero en el año 2000 ese número ya se había elevado a cinco millones y medio[1].

Esta tendencia de la cohabitación sin casarse va en aumento y atraviesa todas las líneas culturales y religiosas. Personas de distintas confesiones religiosas, incluso de las que prohíben de manera explícita la cohabitación, viven juntas. Algunos pastores informan que entre un treinta y un cincuenta por ciento de las parejas que les piden que los case ya viven juntas.

Las parejas que conviven ofrecen innumerables razones para hacerlo. Para algunos, es una cuestión de finanzas y economía. Argumentan que si viven juntos, pueden tener un fondo en común de los ingresos, compartir los gastos y ahorrar dinero. En esencia, afirman que pueden alcanzar un mayor nivel de vida que si vivieran separados. Otros conviven por motivos relacionados con impuestos o herencias. Por ejemplo, algunos ciudadanos mayores que no están casados cohabitan en vez de casarse porque perderían algo de su ingreso si lo hacen.

Muchas personas viven juntas sin casarse sencillamente porque están solas y necesitan compañerismo. No quieren tener los compromisos legales por estar casados (o creen que el matrimonio como lo conocíamos ha pasado de moda y hoy en día es irrelevante), pero tampoco les agrada vivir solos. De manera que para cubrir sus necesidades emocionales y sexuales, se van a vivir juntos. Es más, el temor a perder la compañía ha producido en algunos una presión a cohabitar[2].

Mientras que los que viven juntos sin casarse pueden o no planear casarse o tener hijos, para muchos, esta situación es su manera

de probar si son «compatibles» como para casarse. Para ellos, es una cuestión de «correr el riesgo fuera del matrimonio». (Más tarde ampliaremos sobre este mito).

Un joven, al que llamaré Jim, me dijo lo siguiente: «Mis padres se divorciaron, igual que los de Jill. No queremos que nos pase eso. Así que, vivir juntos será como una prueba. Queremos resolver todos los problemas antes de adentrarnos más en el compromiso».

Muchas personas que optaron por convivir ya han decidido que van a casarse y creen que no es necesario que las cosas sean «legales» antes de mudarse. «Nos amamos muchísimo, nos casaremos algún día de todos modos, ¿entonces para qué esperar?», comentaba una joven. A decir verdad, la mayoría de las parejas que conviven planean casarse en algún momento[3].

Por lo tanto, ¿qué le dirías a alguien (un amigo, compañero de trabajo, vecino, pariente o tu propio hijo) que anuncia que planea mudarse a vivir con alguien sin casarse? Si todavía no te ha sucedido, es muy probable que te suceda en el futuro.

Cuando esto sucede, puede que sientas que te metieron en un aprieto y te cueste dar una respuesta. No obstante, si comienzas exponiendo algunas razones prácticas y no condenatorias contra la cohabitación, puede que obtengas la atención de esa persona.

Algunas buenas razones *contra* la cohabitación.

Cohabitación: Un experimento fallido

La cohabitación sin estar casados es un gran experimento social que las investigaciones demuestran que fracasó de mala manera. Si bien se promocionó como una alternativa saludable al matrimonio, en ese aspecto no ha conseguido nada.

La idea de que vivir juntos puede ser un proceso de selección, como cambiarse de ropa o de calzado, para el matrimonio es muy traicionera.

Eso se debe a que las relaciones humanas no son como la ropa que te la pruebas y te fijas si los puños son muy largos o el bajo está muy corto.

El anzuelo de la cohabitación es que se trata de una relación sin ataduras, de la que las personas pueden entrar y salir con facilidad. Con todo, los lazos no reconocidos pueden atarnos muy fuerte.

Parte de la dificultad de vivir juntos es que no se exige igualdad de responsabilidades de ambos. Puede llevar a una fantasía de rescate y a una dependencia por parte de uno o de los dos que pudieran estar tratando de escapar de un pasado doloroso. Es bastante sencillo comenzar a vivir juntos (sin un compromiso real, sin tener que agradar a los familiares), pero eso no garantiza que el final será sencillo[4].

Sin embargo, esto solo araña la superficie de los problemas que enfrentan los que eligen la convivencia.

Primero, las investigaciones difundidas durante las últimas décadas demuestran que la cohabitación ni siquiera produce los resultados deseados en cuanto a disminuir las probabilidades de divorcio de la pareja. Varios estudios mostraron con claridad que vivir juntos no disminuye el riesgo de divorcio, sino que lo *incrementa*. Las estadísticas nos revelan que tres de cada cuatro parejas (el setenta y cinco por ciento) que viven juntos antes de casarse, terminan divorciándose[5].

Segundo, se ha demostrado que existe un mayor riesgo de abuso emocional y físico entre las parejas que viven juntas sin casarse. Es más, esta clase de agresión se duplica entre los que cohabitan en comparación con los casados. Según el Departamento de Justicia de los Estados Unidos una mujer tiene mayores posibilidades de que la asalten si convive con un hombre que si está casada[6].

El tercer gran problema con los que cohabitan es que tienen niveles medibles notablemente inferiores de felicidad que las parejas casadas. Esto incluye mayores niveles de depresión y ansiedad. La falta de compromiso (esa clase que solo se encuentra en el matrimonio) ayuda a crear esta situación. Sumado a esto, está el mayor nivel de infidelidad registrado entre los que viven juntos sin casarse[7].

No debe sorprendernos que a menudo esta infelicidad e infidelidad acompañe a la pareja aun dentro del matrimonio, si es que llegan tan lejos. Ambos integrantes de la pareja son menos felices y satisfechos en lo sexual que una pareja casada. Es más, las mujeres que viven con un hombre antes de casarse son más proclives a ser infieles una vez casadas que las mujeres que no.

Luego está el asunto de vivir juntos como «entrenamiento» para el matrimonio. La verdad es que solo alrededor del sesenta por ciento de los que conviven terminan casándose entre sí[8].

Puedes comprobar que el «experimento de cohabitar» que ha puesto en práctica nuestra cultura ha sido un rotundo fracaso en muchos aspectos. Aun así, no hemos acabado todavía.

Como señalamos antes, una de las razones por las que muchas parejas viven juntas es para dividir los gastos y vivir con menos dinero. Sin embargo, los estudios han demostrado que, al contrario de lo que sucede en el matrimonio en que suelen tener cuentas bancarias conjuntas, la mayoría de las parejas que viven juntas mantienen cuentas bancarias separadas e incluso tratan de mantener su tiempo y su dinero bien dividido. Es más, puede que traten de dividir todo a la mitad, pero las mujeres suelen contribuir con la mayor parte del acuerdo, a veces hasta el setenta por ciento[9].

Uno de los últimos argumentos en contra de la cohabitación es que en muchas esferas de la vida, a la pareja y su arreglo no los aceptarán de la misma manera que a los casados. En síntesis, los tratarán y se dirigirán a ellos de manera diferente a la que tratan a los casados.

Las secuelas del 11 de septiembre ofrecieron varios ejemplos trágicos de la realidad de lo que puede mencionarse como una relación de convivencia. Muchas personas casadas perdieron a su cónyuge en la tragedia de las torres y les reconocieron. Se honró a estas personas y se les entregó un subsidio. No sucedió lo mismo con muchos que convivían. En cierto sentido, estaban solos con su pérdida, con su dolor y con sus responsabilidades económicas.

Vivir juntos fuera del matrimonio puede parecer que provee beneficios a corto plazo, pero a la larga es más costoso. Las parejas que deciden cohabitar se pierden muchos de los beneficios del matrimonio mientras debilitan la posibilidad de éxito si se casan[10].

Cuando una pareja da ese paso de compromiso llamado matrimonio, abren una puerta para sí mismos que de otra forma permanecería cerrada para los solteros o los que viven juntos. Una de las razones es que cuando te casas, lo haces creyendo que tu relación perdurará hasta que muera uno de los dos.

Esto te ayuda a sentirte más libre para invertir tu vida con otra persona que si solo estuvieran juntos. Tienes mayor libertad para desarrollar una relación compatible que resulte. Debido a la creencia de la «permanencia» de que cada uno está comprometido con el otro, cada persona puede desarrollar su potencial y sus habilidades para complementarse y trabajar en equipo.

Animarse a hablar

Esta creciente tendencia a cohabitar en vez de casarse es más que una alternativa para el compromiso matrimonial; es un ataque total a la institución matrimonial tal y como la conocemos y a la que nosotros como cristianos y guardianes del matrimonio necesitamos responder.

Los interrogantes que necesitas hacerte son: ¿Con quién compartirás esta información? ¿Quién en tu círculo de amigos o parientes necesita conocer los riesgos y los peligros de vivir juntos sin casarse? ¿Puedes transmitir esta información a los jóvenes de la iglesia, al grupo juvenil o a la comunidad en general? Si no lo puedes hacer, ¿a qué se debe?

Ten en cuenta que la información que acabo de darte la recibe mejor alguien que conoce en persona al que la transmite. Nuestras iglesias pueden transmitir esta información con todo detalle desde el púlpito (y muchos lo hacen) o distribuir la información entre cada uno de

los asistentes. Sin embargo, el equipo pastoral de tu iglesia local no puede hacerlo todo. Esto significa que tú quizá sientas el llamado a enfrentar a alguien con esta información.

Cuando te encuentras ante la situación de tener que responder al anuncio de una persona que, sin dar el paso de casarse, está a punto de irse a vivir con alguien del sexo opuesto, debes tener preparada una respuesta. Primero escucha, porque eso hará que el otro esté más dispuesto a escuchar lo que tú tienes que decir. Y trata de estar listo para hablar cuando se presente el momento.

Tal vez estés pensando que no sabes qué decir en tal situación, que no es tu responsabilidad y que no deseas ofender a alguien al enfrentarlo. Aun así, como cristianos (y como guardianes del matrimonio) nuestra responsabilidad es ayudar y guiar a otros, aunque eso signifique que debamos enfrentarlos con la realidad de que están cometiendo un error. Esto es en particular cierto cuando las personas en cuestión son creyentes. Como lo expuso el apóstol Pablo: «Hermanos, si alguien es sorprendido en pecado, ustedes que son espirituales deben restaurarlo con una actitud humilde. Pero cuídese cada uno, porque también puede ser tentado» (Gálatas 6:1).

Cuando necesitas enfrentar a alguien acerca de algo, la manera en que lo haces es de suma importancia. Si tu actitud es de juicio o condena, tus palabras encontrarán resistencia o algo peor. Esto es sobre todo cierto en situaciones como la que estamos mencionando.

Si te enfrentaras con una circunstancia como esta justo ahora, pregúntate qué tienes que perder si enfrentas a estas personas que piensan cometer el error de irse a vivir juntos sin casarse, luego pregúntate qué tienes tú o qué tienen ellos para ganar. Podría apostar que hay mucho más para ganar que perder en esta situación.

¿Qué podrías decirle a una pareja que convive o que lo va a hacer?

«Me agrada que me comentaras tu situación. Parece ser que si se casaran, tienen la intención de que esto resulte. Todos lo deseamos.

¿Han escuchado hablar del libro *Great Expectations* [Grandes expectativas]? Pues bien, si se escribiera un libro sobre parejas que cohabitan, podría titularse *Grandes Expectativas: Resultados Sorprendentes*. ¿Te interesaría escuchar cuáles son estos resultados sorprendentes? Me impactó mucho la primera vez que lo leí. La versión resumida de *Selecciones del Reader's Digest* es la siguiente: Todas las investigaciones sobre parejas que cohabitan muestran que en vez de reducir el riesgo de divorcio lo aumentan en un cincuenta por ciento; en vez de reducirse los conflictos y las agresiones, estos aumentan en un cincuenta por ciento; en vez de apuntar a casarse, las posibilidades de no casarse son de un cuarenta a cincuenta por ciento mayores. En todos los casos, aumenta el porcentaje de riesgo. Como dijo alguien: ¿Quisieras tirarte con un paracaídas desde un avión si sabes que uno de cada dos paracaídas fallará? Si escuchara esto por primera vez, pensaría: *Bueno, nosotros somos la excepción...* Tal vez. Aun así, insisto: Si estás interesado en saber más de esto, te sugiero que leas el libro *Antes de vivir juntos* de David Gudgel. Te agradecería que lo pensaras».

¿Tienes algo que perder si dices algo como esto? No, no lo creo. ¿Tienes algo que ganar? No lo sé, pero podrías haber ayudado a que una pareja cambie la dirección de su vida. Y habrás respondido como un guardián del matrimonio.

Para tu consideración

1. Describe lo que harás con la información de este capítulo.
2. Piensa en alguien que conozcas que esté cohabitando y por quien podrías comenzar a orar.

Capítulo siete

EL DIVORCIO NO ES UNA BUENA ALTERNATIVA

¿RECUERDAS LAS ANGUSTIOSAS y desesperadas palabras de tu amiga en el capítulo 1? Si no, esto es lo que dijo: «Se terminó. Hace años que no soy feliz en mi matrimonio. ¿Para qué conservarlo y ser infelices? ¡Nada parece producir un cambio! Somos muy desdichados, así que al menos el divorcio nos dará un nuevo comienzo y la posibilidad de encontrar un alma gemela. Y los niños se recuperan con facilidad. Se pueden adaptar. Tan solo necesito crear un grupo de personas que me apoye en este momento».

Como consejero matrimonial, he escuchado una y otra vez lamentos desesperados y sin esperanzas como estos. Quizá tú también hayas escuchado palabras similares o tal vez hayas tenido tú mismo pensamientos o sentimientos parecidos.

Cuando llegas al límite de tus fuerzas, es cada vez más sencillo decir: «Ya fue suficiente» o «Se terminó».

Analicemos en detalle lo que la mujer desesperada dijo a principios del capítulo 1:

«No soy feliz en mi matrimonio...».

«Soy desdichada...».

«Nada parece producir un cambio...».

«Siempre será igual...».

«El divorcio nos dará un nuevo comienzo...».

«Los niños estarán bien...».

¿Observas la progresión del pensamiento? A la infelicidad le sigue la desdicha, luego la sensación de que nada cambiará y al final la solución. Tal parece que el divorcio es la respuesta para alguien en esa situación. Después de todo, ambos se sienten mal y estarán mejor separados. Además, eso no afectará a los niños.

Cuando alguien entra en este esquema de pensamiento, a menudo busca un amigo o conocido que lo apoye en su decisión de separarse. Sabiendo esto, si llegaras a recibir una llamada telefónica como esta, ¿cuál sería tu respuesta?

Tienes varias opciones, a saber:

- Silencio.
- «No sé qué decirte, ¿hablaste con un consejero?»
- «Bueno, si lo han intentado y no hay cambio, ¿por qué ser desdichados?»
- «No hay opción en la Biblia para que te divorcies, así que no puedes hacerlo».
- «Es una pena que el matrimonio no resulte, pero tal vez haya alguien que pueda hacerte feliz».
- «Bueno, no eres el único. Fíjate en cuántos divorciados hay en la iglesia».

¿Qué dirías si un amigo te cuenta que va a divorciarse? A la mayoría nos resulta difícil esa clase de situaciones. Deseamos ayudar a nuestros

amigos, pero deseamos hacerlo sin aprobar su conducta. Nos agradaría ofrecer alternativas al divorcio, pero tememos ofender o distanciarnos de alguien. O quizá no queramos involucrarnos o que parezca que tomamos partido en el divorcio.

La persona que llamó antes, como muchísimas otras, archivó el plan de Dios para la perseverancia matrimonial en la búsqueda de alguien que lo haga feliz. No obstante, lo que no ve es que el divorcio no la afecta solo a ella y a su esposo, sino que tiene un efecto de onda expansiva que se manifiesta en el barrio, en la escuela, en la iglesia y, sí, también en la sociedad.

Al igual que la cohabitación, el divorcio ha fracasado en su promesa de felicidad.

El divorcio siempre genera muchas dificultades al esposo y la esposa, pero también a los hijos y demás familiares. Es como rasgar una tela de la que quedan jirones e hilachas.

La mayoría de los divorciados no toman en cuenta los aspectos que ocasiona el divorcio como el dolor, que casi siempre dura dos o tres años. Por consiguiente, a menudo los divorciados cometen uno o dos errores adicionales. O se casan con una persona parecida a su primer cónyuge, y de esa manera recrean los mismos problemas de su anterior matrimonio, o se apartan del todo del esquema y se casan con alguien distinto por completo sin ocuparse demasiado de ellos.

Es lamentable, pero ninguno de estos intentos tiene un alto porcentaje de éxito y la tasa de divorcio en el caso de segundo y tercer matrimonios es estadísticamente más alta que para los primeros matrimonios.

Cómo prevenir el divorcio

La pregunta que tenemos que hacernos (como personas, como pareja y como cuerpo de la iglesia) es: *¿Qué estamos haciendo para prevenir el divorcio o para intervenir en la vida de quienes piensan divorciarse?*

Es sencillo fijarse en el problema del divorcio, en sus causas y sus efectos, y luego decir de quienes están a punto de divorciarse: «Oremos por ellos». Sin embargo, esta es una cuestión que necesita algo más que oración; hace falta la intervención de personas piadosas.

Para llevar de nuevo al matrimonio al sitio prominente que le tiene Dios en nuestro mundo, necesitamos parejas que sean lo que llamo «sanadores intervencionistas». Esto es parte de ser un guardián del matrimonio. También necesitamos que nuestro país comience a propender hacia el matrimonio (al matrimonio entre un hombre y una mujer) como *la* opción, y no la cohabitación, ni el divorcio. Una de las maneras en que, como parejas, podemos comenzar a lograr esto es asegurándonos que nuestro matrimonio sea un modelo a imitar para nuestra cultura y para la siguiente generación.

Pregúntate: *¿Mi matrimonio puede considerarse un modelo a imitar?* ¿Qué puedes comenzar a hacer para modificarlo de manera tal que quienes te rodean vean tu matrimonio y deseen emularlo? ¿Estás orando y pensando en formas en las que puedes hacer estas cosas?

Cuanto antes nos demos cuenta de que tenemos el llamado a ser ejemplo en nuestro matrimonio, mucho antes comenzaremos a trabajar con más ahínco en seguir el guión de Dios y en ver crecer nuestro matrimonio de nuevas maneras.

Cuando un esposo y una esposa se divorcian, siempre habrá secuelas y daños en la vida de quienes los rodean y los que más sufren son, como se sabe, los hijos.

Los efectos del divorcio en los hijos

Vivimos en una época en la que alrededor del cuarenta y cinco por ciento de los niños estadounidenses vivirán con un solo padre antes de que lleguen a los dieciocho años. Doce millones de niños de esa edad tienen ahora padres divorciados. A este ritmo, llegará el tiempo en que

la *mayoría* de nuestros niños provendrán de familias con padres divorciados. Se estima que para el año 2008 la idea tradicional de familia (una mamá y un papá con hijos) se sustituirá por la de padrastros y hermanastros.

Los efectos del divorcio en los niños pueden ser devastadores, según lo señalan los autores del libro *The Unexpected Legacy of Divorce*:

> El divorcio es una experiencia que transforma la vida. Luego del divorcio, la infancia es diferente. La adolescencia es diferente. La adultez junto con la decisión de casarse o no, de tener hijos o no, es también diferente [...]
>
> Desde el punto de vista de los hijos, y contrario a lo que sucede con los padres, el divorcio es una experiencia acumulativa. El impacto aumenta con el tiempo y alcanza el clímax en la adultez. Es allí donde afecta la personalidad, la capacidad para confiar, las expectativas acerca de las relaciones y la capacidad de adaptarse al cambio.
>
> La primera perturbación se produce con la ruptura. Los niños tienen miedo y están enojados, aterrorizados por la idea de que ambos padres los abandonen y se sienten responsables del divorcio. A la mayoría los toma por sorpresa; pocos hallan alivio [...]
>
> A medida que la familia posdivorcio va tomando forma, su mundo se asemeja cada vez más a lo que más los atemoriza. El hogar es un lugar solitario. La casa se desorganiza por años. A muchos niños los obligan a mudarse, a cambiar de escuela, a dejar amigos queridos y otros apoyos [...]
>
> Según lo expresan los mismos hijos, la adolescencia comienza antes en los hogares con padres divorciados y, en comparación con los que se criaron en familias intactas, es más probable que las niñas se involucren en experiencias sexuales tempranas

y se dé el abuso de alcohol y drogas tanto en hombres como en mujeres. La adolescencia es más prolongada en las familias con divorcio y se extiende hasta bien entrada la adultez [...]

Sin embargo, durante la adultez es que los hijos de los divorciados sufren más. El impacto del divorcio los golpea con mayor crueldad cuando marchan en busca del amor, de la intimidad sexual y del compromiso[1].

Resulta asombroso que muchos padres no crean que el divorcio dañe a los hijos. Llegan a esa conclusión porque conocen a padres divorciados cuyos hijos son equilibrados y de éxito. Es cierto que a muchos hijos de padres divorciados les va bien en la escuela, en la vida, en el matrimonio y como padres. Son vencedores, como se nos llama a ser los creyentes. La presencia de Jesucristo en su vida y su compromiso con Él como Señor los ayudó a recobrarse de la pérdida que padecieron cuando se separaron sus padres. Sin embargo, la verdad del asunto (y esto lo he visto en muchísimas oportunidades) es que los hijos del divorcio que tienen éxito en la vida comenzaron en desventaja y tuvieron que esforzarse más que los demás para compensarla.

¿Te parece imposible? ¡Sigue leyendo!

La amplia mayoría de los hijos no desea que sus padres se divorcien. La mayoría de los niños que padecen el divorcio de sus padres son como espectadores desprevenidos atrapados por la inundación, arrastrados por la corriente, que pierden mucho de su vida. Un niño atrapado por un divorcio padece múltiples pérdidas. Esto no solo incluye la pérdida de uno de los padres, sino también la pérdida de su hogar, su vecindario, sus amigos de colegio y su nivel de vida, además de las salidas en familia, las fiestas que se pasan juntos y otras actividades.

Otras pérdidas son:

- La pérdida de la expectativa de que la familia del niño estará junta para siempre.
- La pérdida de la confianza: «Si no puedo confiar en mis padres, ¿en quién puedo confiar?».
- La pérdida de lo que le es conocido, de la rutina y de lo seguro.
- La posible pérdida del acceso frecuente a un par de abuelos, así como la adición de un nuevo par (si se vuelve a casar uno de los padres).

Hay una pérdida incluso más devastadora para los hijos de divorciados y es la pérdida de *ambos* padres, al menos en el sentido emocional. Los estudios demuestran que el estrés producido por el divorcio, sumado a las exigencias cotidianas que sobrevienen a un padre solo, puede hacer que ese padre o madre estén menos disponibles para el hijo, tanto de manera física como emocional. En esa situación, ambos padres tienden a ser menos receptivos en lo emocional para con sus hijos[2].

Cuando los padres de un niño se divorcian, este de seguro comienza a experimentar continuas y repetidas pérdidas así como sentimientos de rechazo. Incluso el proceso del divorcio en sí es dañino para el pequeño, que con frecuencia sufre debido a «la puerta giratoria» de las repetidas separaciones cuando uno de los padres se va y luego regresa. Y cuando el niño comprende que los padres decidieron divorciarse al fin, se encienden los sentimientos de rechazo. Más tarde, al niño puede costarle desarrollar relaciones con un padrastro y con hermanastros[3].

Cuando un niño pierde la estabilidad de un hogar con un papá y una mamá, también puede perder la esperanza en el futuro. La inseguridad se abre paso en la mente del niño y el pequeño puede descontrolarse mucho más que antes. La estabilidad de un hogar con ambos padres, del cual el niño dependía, ya no existe.

Como puedes ver, es tonto creer que los niños son fuertes y con gran capacidad de recuperación y que el divorcio no los afectará. Los que se divorcian, es probable que busquen la felicidad (un nuevo comienzo y una nueva vida), pero al buscarla de esa manera, están causando un daño a sus hijos y condicionándolos al fracaso en la vida. Por supuesto, vivir en un hogar con dos padres casados (según el plan de Dios para la familia), es con mucho la mejor opción para cualquier niño que está creciendo.

Un niño criado en un hogar con un solo padre es más probable que disponga de menos dinero. Lo que hace que el promedio del estilo de vida del niño disminuya en alrededor de un tercio. Esto es cierto en particular cuando el padre, quien se comprometió a ocuparse de su familia a través de aportes mensuales, no efectúa esos pagos a tiempo o no los hace.

Sin embargo, un niño pierde más que el sostén económico cuando ocurre un divorcio. El divorcio reduce la cantidad de tiempo que el niño pasa con cada padre. En contraste, en un hogar intacto con dos padres, existe el doble de horas disponibles para darle al niño[4].

En promedio, los hijos de los divorciados padecen más enfermedades, tanto físicas como psicológicas. Parte de esto es como resultado de las luchas emocionales entre los padres, muchos de los cuales sufren de ansiedad y depresión durante el divorcio. Esta adversidad afecta su capacidad para ser padres, y dado que los niños tienden a tomar la estabilidad de parte de los padres, si no está disponible, el niño sufre[5].

Otro factor relacionado con la salud del niño es que los padres divorciados suelen tener menos dinero y más dificultades para pagar un seguro de salud, lo que puede afectar la salud de sus hijos. Un estudio demostró que el divorcio hace que sea un cincuenta por ciento más probable que el niño tenga problemas de salud[6].

Los efectos del divorcio en la salud del niño no son solo inmediatos, sino también a largo plazo. Ha quedado demostrado que las personas

provenientes de hogares destruidos tienen una expectativa de vida cuatro años menos que la de aquellos hogares con padres que permanecen casados. Las personas de cuarenta años de hogares de divorciados son tres veces más probable que mueran por diversos motivos de salud que los de la misma edad cuyos padres permanecieron casados[7].

Los hijos también sufren en el sentido relacional debido a la ruptura de los padres, casi siempre debido a los conflictos, las peleas y otros ejemplos negativos relacionados con el divorcio. La falta de habilidades para la resolución eficaz de conflictos, que con frecuencia es la regla general en los matrimonios rumbo al divorcio, afecta la propia capacidad del niño para manejar el conflicto personal[8].

Creo que el divorcio debería denominarse «Peligroso para la salud infantil». Cuando el plan de Dios para el matrimonio y la crianza de los hijos se trastorna, las consecuencias para el niño pueden resultar devastadoras.

La familia con padrastros no es la alternativa perfecta

Se ha dicho que en pocos años más la familia con padrastros será la típica estructura familiar de nuestra cultura. Mientras muchas personas, a través de la paciencia, el trabajo arduo y la devoción, tuvieron éxito al realizar los ajustes necesarios para vivir bien en una familia con estas características, las «familias compuestas» con frecuencia enfrentan serios problemas.

En primer lugar, el papel del padrastro no siempre resulta agradable. La familia promedio con padrastros necesita al menos seis años para amalgamarse. Este ajuste puede ser muy difícil para los niños que sienten como si vivieran en dos «países» distintos con sus propias reglas y costumbres. Son ciudadanos de ambos lugares y, por tanto, los invisten de la calidad de vida de los dos. Algunos padres empeoran la

situación al avasallar la lealtad del niño en un esfuerzo por hacer que les permanezcan fieles. Muchos niños se sienten como prisioneros de guerra en fines de semana alternos[9].

¿Nos parece extraño, entonces, que los nuevos casamientos y las familias con padrastros produzcan mayor cantidad de problemas solo porque, como dije antes, casi siempre producen divorcios adicionales? Un artículo de *Psychology Today* subraya este punto: «Las familias con padrastros son un campo minado de lealtades divididas, trampas emocionales y conflictos de dirección, tanto que conforman el tipo de familia más frágil de los Estados Unidos, disueltos en un grado incluso mayor que los primeros matrimonios»[10].

Lo que empeora las cosas es que el nuevo casamiento no contrarresta los efectos negativos del divorcio en los niños. Al contrario, hay indicadores de que algunos niños podrían sentirse mejor en una familia con un solo padre que en una familia con padrastros. He observado esto tanto en la consejería prematrimonial como matrimonial de las familias con padrastros.

Ahora que hemos abordado el problema del divorcio, nos referiremos a algunas de las soluciones. Es aquí donde entra en juego nuestro papel como guardianes del matrimonio.

Seamos parte de la solución

Cuando alguien comienza a pensar en el divorcio, la primera cosa que hace es buscar a otros que estén de acuerdo con él y lo apoyen en su decisión. Lo hacen porque procuran reforzar lo que piensan y sienten.

Necesitamos parejas que crean en el matrimonio y que tengan matrimonios saludables para que se acerquen a los que piensan divorciarse y *no estén* de acuerdo con ellos en cuanto a la dirección que están tomando, sino que les provean de una alternativa positiva, llena de esperanza: trabajar en su matrimonio.

Volvamos al caso de tu amiga al principio de este capítulo. Esta es una manera de responder cuando te comenta que va a divorciarse. «Es cierto que el divorcio es una opción, y ya que estás considerándolo, vayamos a un reconocimiento del terreno y asistamos a un taller de recuperación del divorcio para que podamos escuchar los relatos de algunas personas que están pasando por ese proceso ahora».

La mayoría de las personas que no tuvieron que padecer un divorcio, no tienen idea del dolor que este produce, ni de la cantidad de ajustes que es necesario hacer. Muchas veces, escuchar las historias de las personas que están pasando por ello resulta un buen paso para que se enfrenten con la realidad. Incluso puede motivarlos a permanecer casados y tratar de salvar su matrimonio.

El sufrimiento relacionado con el divorcio puede llegar a ser tan intenso (e incluso peor) que el dolor que se experimenta cuando fallece un ser querido. La diferencia es que en un divorcio en el que hay hijos de por medio, esto no tiene fin porque se mantiene la conexión entre los divorciados. Un esposo lo manifestó de esta manera: «Norm, yo tengo a mis hijos en fines de semana alternos. Esos domingos por la tarde, cuando los llevo a su casa, vuelvo a experimentar dolor. Ya han pasado diez años. ¿Se irá alguna vez ese dolor y sentido de pérdida?».

La mayoría de las personas no tienen preparación para aconsejar a los que están al borde del divorcio. Sin embargo, eso no significa que no puedan ayudar cuando vean una posible ruptura matrimonial en el horizonte. Al contrario, cualquiera puede sugerir alternativas al divorcio, muchas de las cuales están en uso.

Cómo se sugieren alternativas al divorcio

El primer lugar al que habría que enviar a una pareja al borde del divorcio es a una iglesia local. La iglesia local con frecuencia puede ayudar de

manera directa brindando consejería y algunas están dispuestas a pagar por diez sesiones con un consejero matrimonial profesional.

No obstante, hay muchas otras fuentes para obtener servicios de consejería matrimonial basados en la fe, en todo el país. Algunos ejemplos:

- *The Smalley Marriage Institute* en Branson, Missouri, brinda consejería matrimonial intensiva. Al momento de escribir este libro, alrededor de doscientas cincuenta parejas han participado en este programa de consejería intensiva. El setenta por ciento de los participantes estaban a punto de divorciarse, pero las investigaciones preliminares indican que el noventa y tres por ciento de las parejas permanecieron unidas e indicaron que su satisfacción marital había aumentado.
- *The Association of Marriage and Family Ministries* (AMFM), una organización reciente que capacita a ministros, laicos y educadores de matrimonio y familia para que trabajen en forma directa dentro de la iglesia para edificar matrimonios y familias fuertes y centrados en Cristo. El enfoque principal es la capacitación de personas dentro de la iglesia local a fin de que desarrollen un ministerio continuo para las parejas casadas y las familias. (La página electrónica se menciona al final del presente capítulo).
- *Smart Marriages* es una organización que reúne a dos mil investigadores, psicólogos, terapeutas, pastores, obreros de las iglesias, capellanes y funcionarios de gobierno con el propósito de fortalecer a los matrimonios en todas las regiones del país. (Resulta alentador que no solo la comunidad cristiana se preocupe por el matrimonio).

Esto es tan solo el comienzo de esfuerzos nacionales por salvar y fortalecer a los matrimonios. Por ejemplo, muchas iglesias están trabajando para convertirse en guardianes del matrimonio fortaleciendo la preparación matrimonial.

Cómo salvar matrimonios antes de que comiencen

Durante demasiado tiempo, nuestra cultura consideró que el papel de la iglesia en el matrimonio era tan solo proveer de un sitio para la celebración de la boda. Sin embargo, Dios ahora llama a su iglesia no solo a celebrar bodas, sino también a alimentar a los matrimonios.

Diversas comunidades han establecido un plan de acción matrimonial para la comunidad en el que las iglesias concordaron en exigir una preparación prematrimonial para toda pareja que quiera casarse. Sin consejería no hay boda y no se hacen excepciones. Este método incluye también un programa continuo de consejeros durante varios años luego de la boda. Este plan de acción matrimonial está produciendo un gran impacto en las tasas de divorcio en muchos de los lugares en los que se ha implementado.

A continuación presentamos un ejemplo de una iglesia que promueve un pacto matrimonial: Una iglesia hace que cada pareja que desea contraer matrimonio se pare frente a la congregación. Se solicita a los presentes que sostengan a la pareja en oración y que estén dispuestos a aconsejarlos. Se solicita a la pareja que firme un pacto en el que se comprometen a tomar un curso prematrimonial desde ese momento hasta el día de la boda, ya sea que esta se produzca en dos meses o en un año. Además, aceptan abstenerse de mantener relaciones sexuales hasta la noche de boda.

He aquí otro formato, un poco más formal:

El siguiente proceso está diseñado para facilitar esta preparación para las parejas que se casen en la Iglesia Presbiteriana de la comunidad. Los requisitos son mínimos.

Aceptamos reunirnos con el ministro para una introducción al proceso de preparación matrimonial.

Aceptamos asistir a entre seis y ocho sesiones con un terapeuta profesional cristiano, que consiste en: consejería sobre historia familiar, perfil de relación, perfil de personalidad y una segunda etapa de sesiones durante el primer año de matrimonio.

Aceptamos reunirnos con una pareja consejera y completar un cuaderno de ejercicios prácticos de preparación matrimonial.

Aceptamos asistir a un seminario de cuatro horas sobre cómo edificar un matrimonio a la manera de Dios.

Si lo recomienda el pastor o el consejero, aceptamos participar en programas especiales a fin de obtener sanidad del pasado (en casos de divorcio, adicciones, etc.).

Aceptamos honrar a Dios absteniéndonos de las relaciones sexuales hasta el matrimonio.

Fecha: ______________

Futuro esposo (escribir con letras de molde): ______________

Firma: ______________________________

Futura esposa (escribir con letras de molde): ______________

Firma: ______________________________

«Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». Mateo 19:6

Estas iglesias toman en serio la preservación y el fortalecimiento del matrimonio en su comunidad a través de la consejería prematrimonial. Hace treinta años, a las iglesias les faltaba esta clase de materiales para la preparación del matrimonio con los que contamos hoy en día tanto para la preparación prematrimonial como para el proceso de consejería.

La consejería prematrimonial es una de las mejores maneras para la prevención del divorcio. Conozco muchísimos ejemplos de iglesias que disminuyeron en forma significativa la tasa de divorcios al preparar a las parejas para la vida matrimonial *antes* de la boda.

Algo de apoyo posnupcial

En el cuerpo de Cristo necesitamos llevar el apoyo matrimonial a un nuevo nivel. Lo tradicional es apoyar a la pareja durante la boda, pero luego nos olvidamos con rapidez de sostenerlos a través de la oración y la consejería.

Con frecuencia me he preguntado qué pasaría si ministráramos a los matrimonios al comienzo de su vida marital de la misma manera que ministramos a alguien desconsolado por la pérdida de un ser querido. Muchas personas anotan en el almanaque el nombre del familiar angustiado para recordar que deben llamarlo o enviarle una carta de consuelo y apoyo.

Creo que algo parecido podría hacerse con los recién casados. A los que participen en un programa como ese a través de su iglesia local se les solicitará que se comprometan a escribir una carta de aliento matrimonial en determinado mes durante los primeros cinco años de casados. Esta podría ser otra manera en que se manifestaría un guardián del matrimonio.

Todo matrimonio necesita el apoyo de una comunidad de creyentes. Cuando una pareja se casa, toda la comunidad se regocija; pero

cuando se divorcia, toda la comunidad sufre. Por ese motivo, la comunidad necesita ocuparse de seguir apoyando a la pareja de recién casados luego de la boda.

William Doherty sugiere un modelo para esta clase de apoyo:

> Si estamos dispuestos a ser pilares que ayuden a sostener el matrimonio, a veces el apoyo que ofreceremos o que recibamos no va a ser del tipo que haga «sentirse bien». En ocasiones llegará en el formato de terca negativa a rendirse en el matrimonio de alguien. Un grupo de doce parejas amigas que se visitaban y que se fueron conociendo cada vez más mediante charlas explícitas acerca de sus matrimonios, debió enfrentarse a la posibilidad de divorcio de una de ellas. Las otras parejas se unieron, hablaron mucho con ambos cónyuges, los llevaron a un buen terapeuta y los acompañaron a atravesar la crisis hasta conducirlos a una mejor relación. ¿No estaban siendo invasivos? ¡Por supuesto! La frase que decían era: «No queremos perder a uno de los nuestros». Así como procedían con una de las parejas cuando alguien tenía una enfermedad física, este grupo se unía alrededor de la pareja que enfrentaba una enfermedad marital. En vez de dar un paso al costado y decir: «Es un asunto privado» o «Es su elección», sostenían a la pareja hasta que sanaba. Ayudaban a sus amigos y miembros de la comunidad a permanecer unidos hasta que se solidificara el nuevo pegamento[11].

Las congregaciones de todo el país, de costa a costa, se están involucrando cada vez más en esto de ser guardianes del matrimonio como parte de su ministerio. Varias están implementando «Reconciliación a la manera de Dios», un programa para parejas con dificultades que se hayan divorciado o lo estén considerando. Se trata de un programa muy estructurado de trece semanas de clases, con grupos de apoyo y materiales

impresos y en vídeo. Y quizá lo más importante sea que los líderes y orientadores enseñan a partir de la experiencia: Son todas parejas que han conseguido restaurar su matrimonio con problemas.

Conversé con varios líderes de distintas iglesias que habían usado ese programa y los informes que me dieron acerca de los resultados son muy alentadores. Un ejemplo de esto es la Iglesia Metodista Unida Killearn en Tallahassee, Florida, que trabaja con ese material y se han producido tan solo dos divorcios entre las cincuenta o sesenta parejas que completaron el curso.

Este ministerio sumado al método prematrimonial comunitario, ha sido muy eficaz, fuerte y productivo en la zona de Modesto, California. Como resultado, durante los pasados quince años la tasa de divorcio en esta comunidad ha descendido de manera significativa.

Además, la iglesia de la comunidad de Canyon Hills en Bothell, Washington, ha graduado en su programa a muchas parejas con problemas y ha instalado este ministerio en varias iglesias de la zona. Cuando comenzaron estas clases, muchas de las parejas que asistieron apenas si se hablaban, pero para el tercer o cuarto encuentro comenzaron a perder la timidez y, al final, el día de la graduación, varias parejas dieron su testimonio de cómo Dios había sanado su matrimonio; e incluso algunas hasta llevaron los papeles del divorcio y los hicieron trizas frente a los demás.

Como puedes ver, hay varios ministerios relacionados con la iglesia para la preservación de matrimonios. Sin embargo, ¿qué podemos hacer en forma individual cuando descubrimos que alguien conocido está pensando en el divorcio? Aquí van algunas ideas.

Antes de hablar, escucha... ¡pero habla!

Cuando alguien te comenta que va a divorciarse, es tu responsabilidad como creyente y como guardián del matrimonio decirle algo a favor del

matrimonio y de permanecer juntos. Con todo, es importante que dediques tiempo a escuchar antes de hablar.

Cuando un amigo o un familiar te comenta que va a divorciarse, puedes empezar por decir algo así: «Reunámonos. Quisiera escuchar toda la historia». Cuando te reúnas con la persona, escucha... y luego sigue escuchando. La Biblia tiene algunos conceptos muy interesantes acerca del escuchar antes de hablar, por ejemplo: «Es necio y vergonzoso responder antes de escuchar» (Proverbios 18:13).

Cuando escuches, tienes que estar preparado para escuchar cosas que no deseas escuchar y cosas con las que no estás de acuerdo. Además, recuerda que la persona que habla cree sinceramente ser la parte inocente en la situación. Debes prepararte para escuchar todo lo que la persona ve como equivocado en su matrimonio y en su cónyuge.

Al final, después de escuchar lo que la persona tiene que decir, vas a tener que ofrecerle lo que tienes que decir acerca de sus planes de divorcio. Hay algunas preguntas o frases sencillas que puedes usar para apartar su pensamiento del divorcio. Un buen comienzo sería:

«Me mencionaste lo que anda mal en tu matrimonio y lo que no resulta. Ahora dime qué cosas andan *bien* y están *funcionando*». Si lo que te responden es: «¡Nada!», repite la pregunta hasta que puedas ayudar a la persona a llevar su pensamiento hacia una nueva dirección.

En mi tarea como consejero en estos últimos diez años, he descubierto que la mayoría de los matrimonios tienen más cosas positivas y puntos fuertes que cosas negativas o puntos débiles. Sin embargo, los seres humanos tenemos la tendencia de concentrar nuestro radar en lo que no funciona o en nuestras carencias. Cuando nos concentramos en los problemas y en los aspectos negativos, lo positivo tiende a quedarse por el camino.

Es por eso que las preguntas que hacen que la persona cambie la dirección de su pensamiento pueden generar esperanza. Por ejemplo, puedes preguntar: «¿Qué momento agradable disfrutaste con tu cónyuge

esta semana?». A la semana, vuelve a preguntar lo mismo para que te dé otro ejemplo.

Luego llévalo a conversar sobre su cónyuge preguntando: «¿Qué cosas aprecias en tu cónyuge? ¿Puedes mencionar tres cualidades?».

Este es un ejemplo de frases que puedes emplear para intervenir en la vida de alguien que está considerando divorciarse:

> «Piensas que no amas a tu cónyuge y que no puedes volverte a enamorar. Aun así, piensa esto por un instante: Cuando te casaste, ¿qué hubieras respondido si alguien te sugería que en una equis cantidad de años dejarías de amarle? ¡Le habrías dicho que estaba loco! No le habrías creído, ¿verdad? Los sentimientos positivos que tenías para con tu cónyuge en ese entonces habrían evitado que contemplaras siquiera esa idea, ¿no es cierto? Pues bien, lo mismo sucede a la inversa. Los pensamientos *negativos* se interponen para que no pienses en la posibilidad de recobrar tu amor por tu cónyuge. ¡Pero todavía es posible!»

He aquí otro ejemplo:

> «Aprecio muchísimo tu disposición para contarme lo que te sucede. Permíteme hacerte una pregunta: Si hubiera alguna posibilidad de restauración (aunque se necesite un milagro), ¿la aceptarías? Si tu matrimonio cambiara y se pudiera restablecer el amor que una vez sentías por tu cónyuge, si pudieras comenzar a hallar lo que deseas en el matrimonio y pudieras evitar la devastación financiera y emocional que el divorcio produciría en ti y en tus hijos, ¿lo intentarías?»

Tendría que ser una persona muy herida y con el corazón endurecido como para, al menos, no querer considerar esa idea. En ese caso,

sería sabio sugerirle a la persona que antes de proseguir con el divorcio, deje pasar un tiempo para que se «enfríen los ánimos». Incluso sería sabio sugerir consejería intensiva por parte de un profesional y tal vez leer e invertir en algún material específico para ayudar a que las personas restauren su matrimonio. (Véanse lecturas y recursos recomendados al final de este capítulo).

¿Con qué frecuencia una pareja desesperada que está lista para divorciarse escucha palabras como estas? A veces, estas palabras caerán en saco roto, pero otras, las parejas que las escuchen les prestarán atención e intentarán hacer lo que se les sugirió.

Como sea, jamás deberíamos cejar en nuestra defensa del matrimonio. Deberíamos estar dispuestos a hablar, aun cuando lo que digamos haga sentir incómodos a los demás. El plan y el propósito de Dios son que el matrimonio no solo perdure, sino que también le traiga honor y gloria a Él. Vale la pena salvar los matrimonios. ¡Y eso te incluye!

Para tu consideración

1. ¿Qué estás haciendo para proteger tu matrimonio?
2. Si tus padres se divorciaron, ¿qué impacto te produjo y qué harás para contrarrestar los efectos?
3. ¿Qué hacen en tu iglesia para alentar de manera activa el matrimonio y para desalentar el divorcio?
4. ¿Qué le dirías a la siguiente persona que te enteres que está pensando en divorciarse?

Lecturas y recursos recomendados

Material audiovisual

Love Life, Dr. Ed Wheat (audio).
Choosing Wisely, Before You Divorce (vídeo).
Divorce Care for Kids. Programa para niños para recuperarse del divorcio. Vídeos para doce sesiones.
Nota: Estos tres materiales audiovisuales se pueden obtener a través de *Christian Marriage Enrichment*, PO Box 2468, Orange, CA 92859; o llamando al (800) 875-7560.

Libros

Take Back Your Marriage de William Doherty (Guilford, 2001).
When the Vow Breaks: A Survival and Recovery Guide for Christians Facing Divorce de Joseph Warren Kiniskern (Broadman & Holman, 1993). Es uno de los mejores materiales disponibles. Incluye una parte con lo que expresa la Biblia acerca del divorcio.

Materiales para salvar matrimonios

The Smalley Marriage Institute, tel. (866) 875-2915; www.smalleymarriage.com.
Reconciling God's Way, PO Box 1543, Modesto, CA 95353, tel. (800) 205-6808; www.valleymarriageresources.org.

Materiales para la preparación prematrimonial

The Prematrimonial Counseling Handbook, H. Norman Wright (Moody Press, 1992).

Mentoring Engaged and Newlywed Couples Participant's Guide de los Dres. Les y Leslie Parrott (Zondervan, 1997).

Association of Marriage and Family Ministries (AMFM); www.amfmonline.com.

Capítulo ocho

LOS BENEFICIOS DEL MATRIMONIO: UN SECRETO GUARDADO CON CELO

Imagina que estás de pie frente a un auditorio repleto de cientos de hombres y mujeres. Son brillantes, educados, sobresalen en sus profesiones, solteros y la mayoría entre sus veinte y treinta años de edad. Algunos piensan en el matrimonio, otros son neutrales y unos pocos están del todo en contra. Te invitaron a liderar un debate titulado: «¿Por qué casarse?». Este grupo es como cualquier otro que encuentras en la universidad o en un grupo de solteros de la iglesia. Con esto quiero decir que algunos serán receptivos a la idea del matrimonio, mientras otros serán antagónicos por completo.

Quizá pienses: *Norm, eso es algo que podrías hacer tú, no yo. Tú eres el maestro, el conferenciante, el que todos consideran especialista en matrimonio. Tú puedes hablar con ellos sobre esto, pero yo no puedo.*

Sin embargo, ¿que tal si una pareja joven se les acerca a ti y a tu cónyuge y les pregunta: «¿Por qué creen en el matrimonio? ¿Por qué debería alguien casarse? ¿Qué obtendremos a cambio?». Dicho sea de paso, son buenas preguntas. Aun así, no basta con responder al interrogante de «¿Por qué creen en el matrimonio?» diciendo: «Porque estamos casados». Cada uno de nosotros necesita ser capaz de decirles a los demás por qué valoramos el matrimonio y por qué nos casamos. Eso es parte de ser guardianes del matrimonio.

¿Qué es lo maravilloso del matrimonio?

Si tuviera que hablarle al grupo de cientos de jóvenes que mencioné antes, comenzaría con la misma pregunta que he formulado a miles durante años mientras enseñaba en la universidad o a grupos de jóvenes adultos: «¿Qué puedes obtener del matrimonio que no conseguirías si te quedaras soltero?».

«¿Qué puede hacer por *mí*?» ¿No es este el interrogante que se plantean muchos en referencia al matrimonio? Lo cierto es que la mayoría de las personas no van a casarse a menos que estén convencidas de que sacarán algún beneficio de ello. Muchos dirán acerca del matrimonio: «Deseo suplir las necesidades de mi cónyuge» o «Quiero que se sienta amado». Esto quizá sea así para muchas personas, pero sin la certeza de que vamos a obtener algo al estar casados, la amplia mayoría no contraería matrimonio.

Cuando me sentaba en mi oficina de consejero con parejas comprometidas y les preguntaba: «¿Cuáles son las doce razones por las que deseas casarte con tu pareja?». Podía percibir sus respuestas, aunque no lo expresaran con palabras. En las respuestas, podía leer entre líneas el siguiente mensaje: «Esto es lo que espero recibir estando casado». Algunos hallaron dentro del matrimonio lo que buscaban, pero otros no.

Es lamentable, pero la mayoría de nosotros no vamos al matrimonio con un corazón de siervo. Unos pocos lo hacen, pero para el resto es una cuestión de esperar que se desarrolle con el tiempo.

No obstante, hay excepciones a la regla. Algunas parejas se casan con el compromiso de ser siervos. Tal fue el caso de Dave y Lisa. Para ellos, ser siervos el uno del otro era la única manera en que daría resultado.

Dave y Lisa tenían varias cuestiones que superar. En primer lugar, había una considerable diferencia de edad, y segundo, había hijos de un matrimonio anterior. Con todo, lo mayor que debía enfrentar esta pareja era la esclerosis múltiple de Dave.

Diez años antes de que Dave y Lisa se casaran, a Dave le diagnosticaron la enfermedad y le dieron cinco años de vida. A pesar de eso, el cuerpo de Dave hizo caso omiso del pronóstico del médico. Lisa tenía veinticuatro años el día en que se casaron y Dave cuarenta y uno. Lisa se casó con Dave siendo plenamente consciente de que sería una viuda joven en unos pocos años. Con todo, el compromiso de Lisa para con Dave fue el de ser su esposa, no su cuidadora ni su enfermera. Se comprometía a ser sus manos y sus pies cuando él los necesitara; pero por sobre todo se comprometía a ser su esposa.

Cuesta imaginar los ajustes que este matrimonio tuvo que hacer para conseguir que su matrimonio resultara. Dave no podía trabajar, así que se enfrentaban al interrogante de quién proveería la parte económica. Luego estaba la diferencia de edad; casi una generación los separaba. Sumado a esto estaba el desafío de mantener relaciones sexuales y la atención de los hijos.

De alguna manera, gracias a la ayuda de Dios, a la determinación de Lisa y a la visión optimista de la vida por parte de Dave, superaron todos los escollos y las dificultades, y consiguieron hacer todos los ajustes necesarios para tener un matrimonio feliz.

La boda de Dave y Lisa duró dos horas y fue una de las ceremonias más plenas y emotivas de las que haya participado. En el programa, había una hoja a rellenar por cada asistente. Esta decía:

> Querida familia y apreciados amigos:
>
> Como lo expresamos en nuestra invitación: «Debido a que son las personas más cercanas a nuestra vida, les pedimos que nos acompañen en este compromiso y sean algo más que nuestros testigos».
>
> Por eso, ¿serían tan amables de dedicar unos momentos a escribir algunos consejos sabios, una oración o una experiencia de su vida que nos pueda ayudar a crecer y nos guíe al iniciar juntos esta vida?
>
> Conservaremos sus pensamientos en un cuaderno preparado por nosotros, al alcance de la mano y al alcance de nuestros corazones, porque «donde no hay buen consejo, el pueblo cae, pero en la abundancia de consejeros está la victoria» (Proverbios 11:14, LBLA).
>
> Tu nombre: ______________________________

Luego de la ceremonia, cuando salíamos del santuario rumbo al atrio, observé que había muchísimas planillas sobre la mesa. A los seis meses de casados, nos reunimos con Lisa y Dave para un control matrimonial y nos mostraron un álbum de recortes lleno de historias y de palabras sabias de más de cien matrimonios.

Muchas parejas ayudaron a Dave y a Lisa de distintas maneras en su matrimonio, que luchó con todos los contratiempos, pero que resultó ser una relación buena y plena para ambos. Soportaron inconvenientes y obstáculos que la mayoría jamás podría siquiera imaginar; pero con Dios como centro de su matrimonio, consiguieron hacer que resultara.

Los diez años que disfrutaron juntos bien valieron los sacrificios que hicieron.

A la larga, Dave quedó confinado a una silla de ruedas y, al final, a la cama. Un día Lisa llamó y me dijo: «Hemos contratado un cuidador para Dave. No quiero ser eso para Dave, sino que quiero seguir siendo su esposa y su amante». Y eso fue cada momento de su matrimonio.

A las pocas semanas, Dave falleció y en su funeral hubo más risas que llanto. Extraño muchísimo a Dave. Extraño su amor por Jesús y las canciones que escribía, tocaba y cantaba. Extraño también su risa. Lo mismo extraña Lisa y sus dos hijas. Sin embargo, este fue un matrimonio que le enseñó a otros algunas lecciones importantes. Lo recordarán como un matrimonio que tuvo éxito porque tanto él como ella tuvieron un corazón de siervo.

David y Lisa eran esa clase de matrimonio que necesitaría ver el grupo de cien solteros que mencioné al principio de este capítulo. Y es la clase de matrimonio a la que todos tenemos el llamado a tener. Es un matrimonio que responde al interrogante: «¿Por qué nos deberíamos casar?».

Matrimonio: Aún en el guión de Dios

¿No resulta interesante que al matrimonio, que siempre lo aceptaron como «la norma» dentro de nuestra cultura, lo hayan arrojado al centro de la tormenta de la controversia? En el pensamiento de nuestra cultura, el matrimonio ha pasado de ser algo necesario y casi obligatorio a ser algo optativo; y una opción de alto riesgo.

No es que las personas no quieran casarse. Muchos lo quieren, pero con dos condiciones: que sea feliz y duradero. Los cristianos aún se casan; es más, se casan en porcientos más altos que los no creyentes. Aun así, tienen preocupaciones. Ven el matrimonio como algo que está

bajo ataque. ¿Quién habría pensado que estaríamos al borde de vivir en una cultura posmatrimonial?[1]

Cuando el matrimonio como institución pasa a estar bajo ataque, se produce un efecto de cascada en toda la sociedad. En nuestra cultura, la alternativa de convivir es la nueva norma y la presencia de ambos padres en el hogar del niño ya no se considera algo vital. Ver a dos padres del mismo sexo ya no resulta algo extraño. La palabra *matrimonio* ha desaparecido incluso de muchos libros y revistas, sustituyéndose por la palabra *pareja*.

Incluso nosotros, como cristianos, hemos caído en esta trampa cultural. Cuando nos enteramos de estas configuraciones de nuevas familias, en vez de decir: «Esa no es la manera que Dios quiso que fuera, fijémonos en el modelo bíblico», guardamos silencio, lo que implica aceptación o aprobación.

Matrimonio es y siempre será una palabra buena, fuerte y positiva que refleja el plan de Dios para las parejas y para las familias. Él es el Creador del guión y nosotros, como guardianes del matrimonio, debemos mantenernos fieles a ese guión para nosotros y para los demás.

¿Ventajas de estar casado?

Retomemos el encuentro de cien hombres y mujeres que mencionamos al comienzo de este capítulo. Se puede decir con seguridad que muchos de ellos 1) tienen una actitud negativa hacia el matrimonio, 2) se sienten amargados con la idea del matrimonio debido a las experiencias negativas de padres o amigos, 3) serán reticentes a cualquier cosa que digas sobre el matrimonio y 4) no podría interesarles menos todo lo relativo al matrimonio.

Estas cuatro actitudes son cada vez más frecuentes entre los solteros de nuestra sociedad. Si tuviera que hablar con este grupo, comenzaría diciéndoles algunas de las ventajas prácticas que tiene el matrimonio, partiendo por las que se relacionan con la longevidad y la salud.

Comenzaría preguntándoles cuánto tiempo les gustaría vivir. Cuando menciono las edades de cincuenta o sesenta, todos levantan la mano. Cuando hablamos de setenta años, el número de manos levantadas comienza a menguar porque los jóvenes empiezan a considerar la calidad de vida en vez de la duración.

Al hacer estas preguntas, observo que todo el mundo coincide en que desea tener una vida buena, larga y saludable. «Entonces», les digo, «lo que todos desean es vivir hasta los noventa años, con buena salud, con posibilidades de hacer el amor y morir mientras duermen. ¿Cierto?». Las risas y comentarios inundan la sala. Sin embargo, cuando les pregunto qué harán para mantenerse saludables, he aquí algunas de las respuestas que escucharía:

- «Practico yoga».
- «No ingiero carnes rojas».
- «Corro diez kilómetros al día».
- «Mantengo una vida sexual activa».
- «Tengo un entrenador personal para mantenerme en forma».
- «Como verduras tres veces al día».
- «Tengo dos perros y un gato. ¿Quién necesita otra cosa?»
- «Tomo vitaminas e ingiero comidas saludables, jugo de zanahoria en especial».
- «Elimino el estrés. Por eso no tengo citas».

Este sería un grupo consciente de la salud que planea gozar de una larga vida y mantener la buena salud. Sabiendo esto, comienzo a manifestar los hechos sobre la larga vida, la buena salud y el matrimonio.

«Quizá les sorprenda lo que voy a decirles», les diría, «pero la mayoría de ustedes terminará casándose y, si desean tener una vida larga y permanecer saludables, en verdad *desearán* estar casados. ¿Por qué? Porque son un grupo consciente de la salud que desea vivir muchos años

y el ingrediente más importante para una vida larga y saludable es el matrimonio».

Sin duda, el matrimonio es un salvavidas o al menos algo que la prolonga. Las personas jóvenes y saludables casi nunca piensan mucho en los riesgos para la salud asociados con su estilo de vida, pero las estadísticas muestran que quienes no se casan manifiestan mayor incidencia de las siguientes características que conducen a un aumento de los índices de mortalidad:

- Enfermedad cardíaca y coronaria o, para decirlo más sencillo: ataques cardíacos e insuficiencia coronaria. Un estudio demostró que un hombre casado con una enfermedad de corazón puede vivir, en promedio, mil cuatrocientos días más que un hombre soltero con un corazón saludable[2].
- Apoplejía.
- Neumonía.
- Cáncer (en sus distintas variedades).
- Cirrosis hepática.
- Accidentes automovilísticos.
- Asesinato.
- Suicidio.

La frase bíblica «No es bueno que el hombre esté solo» adquiere una nueva dimensión cuando lees esta lista, ¿no es así? También se aplica a las mujeres que se quedan solteras. Esto es cierto en los Estados Unidos y en otras naciones y culturas[3].

En realidad, el matrimonio contribuye con una vida más larga y saludable, y tal parece que los casados lo saben. Cuando se les consulta a las personas casadas cómo categorizarían su salud, tienden a afirmar que se sienten más saludables que los divorciados, separados o viudos[4].

«Es probable que algunos de ustedes sean muy previsores», desafiaría a mi grupo de cien. «Que sean personas influyentes en sus negocios. Sin embargo, algunos tienen miedo y evitan algo: el matrimonio. ¿Y por qué hacen esto? Solo tenemos una vida para vivir en este mundo y creo que les gustaría permanecer aquí tanto tiempo como les sea posible y obtener el máximo de esta vida».

Las estadísticas vuelven a darme la razón en esto. Los estudios reflejan que casi nueve de cada diez hombres casados que estén vivos a los cuarenta y ocho años, vivirán al menos hasta los sesenta y cinco. Por otro lado, entre los hombres que nunca se casan, solo seis de cada diez vivos a los cuarenta y ocho cumplirán los sesenta y cinco[5]. El matrimonio tiende a alargar la expectativa de vida de las mujeres también, aunque no tanto como lo hace en el caso de los hombres[6].

¿Una vida más larga para los casados? ¿Cómo es posible?

Mi siguiente pregunta a los cien invitados sería la siguiente: «¿Qué es determinante en el matrimonio? ¿Por qué los casados, en especial los hombres, tienden a vivir más tiempo y se mantienen más sanos que los solos?».

Es bastante sencillo en realidad. El matrimonio tiende a tranquilizar a los hombres y a hacerles cambiar algunas de sus conductas para nada saludables. Los solos tienden a abusar del alcohol, a conducir bebidos o a fumar (todas conductas malsanas y autodestructivas en potencia) más que los casados.

Es hora de que pise algunos callos debido a mi comentario un poco controversial: «Los hombres viven más tiempo gracias a sus esposas», les diría a los jóvenes. ¿Y por qué? «Si bien a ningún hombre le gusta que lo controlen, las esposas muchas veces custodian e influyen en algunos de los hábitos y conductas de sus esposos. Vigilan la manera

en que sus esposos comen, conducen, fuman y descansan. Y mientras que los hombres tienden a posponer las visitas al médico y al odontólogo, las esposas se aseguran que estas se cumplan. Por supuesto, esto es muy beneficioso para un hombre».

Los hombres nos destacamos por nuestra manera de postergar las visitas al médico, aun cuando los síntomas nos indiquen que estamos en serios problemas.

A veces, esto es así porque no deseamos ver confirmados nuestros temores. Un amigo cercano es un buen ejemplo de esto. Durante tres días soportó un dolor persistente en el pecho y el brazo antes de ir por fin al médico, debido a la insistencia de su esposa. El chequeo reveló que tenía dos arterias bloqueadas en un cien por cien y una tercera con un bloqueo del noventa por ciento. Cuando el médico le preguntó a mi amigo por qué no había acudido antes a la consulta, su respuesta fue: «Oiga, soy hombre. Y usted sabe que nosotros posponemos estas cosas». Luego de un quíntuple *by-pass*, se ha vuelto muy dócil hacia la vigilancia que su esposa hace de su caminata diaria y su dieta.

Los beneficios emocionales del matrimonio

La siguiente cosa que les diría a nuestros amigos solteros es que los hombres necesitamos a nuestras esposas para que se ocupen de nuestra salud; y no solo me refiero a la salud física, sino también a la salud emocional. Ha quedado demostrado que la empatía y la preocupación del cónyuge ayudan en la reducción tanto del estrés como de la depresión[7].

«El nivel de compromiso que otorga el matrimonio puede contribuir con un más profundo sentido de significado en la vida», les diría. «Cuando sientes la responsabilidad por tu cónyuge y tus hijos, te das cuenta que eres parte de una unidad familiar y que los demás dependen de ti».

La salud mental es una gran preocupación en nuestra sociedad. Todo el mundo desea evitar la depresión y la ansiedad. ¿Y quiénes crees que son menos propensos a sentirse deprimidos o ansiosos o a padecer otros trastornos psicológicos? ¡Los casados! Las personas casadas son casi siempre más felices y están menos estresados que los solteros, los viudos y los divorciados. Esa estadística se ajusta tanto para los hombres como para las mujeres.

Llegados a esta altura del debate, alguno de la multitud me va a desafiar diciendo: «No es el matrimonio en sí mismo lo que hace que las personas sean más felices, más satisfechas y más saludables. Por el contrario, a las personas felices, satisfechas y saludables les resulta más sencillo conseguir y conservar un cónyuge».

Entonces deberé informarles a los allí reunidos que las investigaciones no validan esa afirmación. No son los casados los que son determinantes en lo relativo a la salud y la felicidad, sino la dinámica misma del matrimonio. El matrimonio nos provee de alguien que está allí para nosotros. No nos enfrentamos solos a la vida.

De manera que la conclusión sería la siguiente: Si deseas que mejore tu salud mental, cásate[8].

¡RELACIÓN SEXUAL!
Ahora que atraje su atención

¡Sé que mi auditorio esperaba esto! Les diré que, por tradición, una de las razones para el matrimonio ha sido la relación sexual. En su origen, el matrimonio era *el* lugar para mantener relaciones sexuales; pero hoy en día no están limitadas al matrimonio ni tampoco parece ser una razón importante para casarse.

El sexo no es más un tema que la gente murmura por lo bajo. Ahora se lo usa para vender todo lo imaginable con la intención de transmitir que si usas determinado producto tendrás más y mejores relaciones

sexuales. Incluso dentro del mercado cristiano abundan los libros y las guías de estudio sobre sexo, con títulos como *El placer sexual ordenado por Dios*, *Una celebración del sexo*, *Música entre las sábanas* y *The Gift of Sex*.

¿Quién necesita casarse para tener relaciones sexuales? ¡Tú! No me refiero a esto solo desde un punto de vista cristiano y bíblico, si bien ambos son muy claros respecto al propósito y el lugar para la relación sexual. Se trata de que existen numerosas razones del porqué el matrimonio es el mejor entorno para la relación sexual.

En primer lugar, en el matrimonio se da el factor de la proximidad. En otras palabras, cuando ya se ha dicho y hecho todo, es más sencillo para los casados tener relaciones sexuales. Encaja a la perfección en su estilo de vida solo porque no andan buscando un compañero ni corriendo riesgos.

Tener una relación permanente con una persona nos da la libertad y el incentivo necesario para invertir tiempo y energía en la creación de una vida sexual plena. Nuestra meta en ese caso debería ser la de descubrir las necesidades y los deseos de nuestro cónyuge y complacerlo. Por supuesto, existen beneficios para ambos al hacerlo. También debemos tener en mente el factor seguridad. Con parejas múltiples que a su vez tienen parejas múltiples existe un mayor riesgo de enfermedad.

La relación sexual marital contribuye a estrechar lazos emocionales que incrementan el nivel de satisfacción. Y cuando le añadimos el desarrollo continuo de la intimidad espiritual con nuestro cónyuge, la satisfacción sexual alcanzará niveles insospechados.

De manera que nuestra conclusión sobre este asunto es que la mejor relación sexual se da dentro del matrimonio[9].

Es también una cuestión de finanzas

No conozco a muchas personas que no deseen tener éxito económico. Pues bien, los números nos indican que estando casados aumentan

nuestras posibilidades de conseguirlo. Me aseguraría que el grupo que me escucha conozca los hechos que corroboran esto.

Escuché a muchos solteros afirmar que ellos son la excepción a la regla, que les va mejor solos porque no tienen que ocuparse de otro y de esa manera cuentan con más dinero para sí mismos. Según la persona, esto puede o no ser cierto. Sin embargo, resulta difícil discutir contra los hechos.

Me encontré con algunos que se ofendieron porque discutiéramos el matrimonio como una cuestión de beneficio económico. Para ellos, es como si redujéramos el matrimonio a un arreglo económico entre familias, parecido a los países que en el pasado formaron alianzas entre sí para protegerse de las guerras.

Por supuesto, la mayoría de las personas no se casan por el beneficio monetario que muchos disfrutan en el matrimonio. Por otro lado, no creo que la mayoría sepa la diferencia financiera entre casados y no casados. Y las estadísticas nos dicen que tanto hombres como mujeres que dan el paso del matrimonio terminan con un ingreso promedio global más alto que los que están solos.

¿Por qué crees que esto es así? En términos generales, estar casado aumenta el sentido de responsabilidad y de productividad del hombre, lo que se traduce en un mayor ingreso. Los hombres tienden a especializarse en lo que pueden ganar dinero, y ha quedado demostrado que con el apoyo de la esposa en otras esferas de la vida, los hombres tienen la libertad de concentrarse más en su trabajo y en ganar dinero. Además, la estabilidad matrimonial hace que los hombres sean mejores trabajadores. Como regla general, cuanto más tiempo lleva un hombre de casado, mayor es su poder adquisitivo. La siguiente cita lo resume muy bien: «La relación laboral cercana entre un hombre y una mujer en matrimonio parece ser clave para incrementar las ganancias del hombre»[10].

Al presentar esta información al grupo de cien personas, puedo percibir con claridad que las jóvenes que conforman la mitad del auditorio ansían escuchar lo tocante a ellas.

Pues bien, ¿y qué de la mujer casada que trabaja? También tiende a ahorrar más y de igual forma es posible que comparta el éxito financiero del esposo. Al parecer, el «nuestro» del matrimonio es mejor desde el punto de vista financiero que el «mío» de quedarse solo o de cohabitar.

Ya hemos visto que los que se casan tienden a ganar más. Significa que estar casados alienta la creación y la retención de la riqueza[11]. En otras palabras, cuanto más tiempo una pareja esté casada, más acumulación financiera produce. Por supuesto, esto también beneficia a los hijos del matrimonio[12]. Lo opuesto también es cierto: cuanto más tiempo permanece sola una persona divorciada, menos suele tener.

La reunión de recursos y de bienes materiales en el matrimonio contribuye con la riqueza de la pareja. Comparten muchos elementos y los ahorros conjuntos, los planes de jubilación y la cobertura médica los beneficia a ambos.

Para los que aprecian los hechos y los guarismos, lo siguiente les parecerá alentador: «Dos economistas calcularon cuánto ganan los cónyuges al unir sus riesgos en el matrimonio. Tan solo al casarse obtienen un valor anual que es equivalente a incrementar la salud entre un doce y un catorce por ciento a los treinta años y un treinta por ciento a los setenta y cinco años, si se compara con permanecer solo. No hallamos esta ganancia imprevista en el matrimonio en ninguna estadística oficial, de manera que la mejoría en la salud de los casados que mencionamos antes es incluso más amplia de lo que parece»[13].

Otro factor en los casi siempre mayores niveles de ingreso y de vida de los casados es la sensación adicional de responsabilidad que el matrimonio tiende a darle a ambos.

He aquí a lo que me refiero.

Cuando estás casado, ¿te lanzas a hacer una gran compra por tu cuenta? Cuando sientes el impulso de comprarte un bote, un automóvil nuevo o un televisor de plasma, ¿lo compras sin consultar con tu cónyuge? Si lo haces, de seguro te verás en problemas. Los casados necesitan pensar en su cónyuge; no pueden «vivir para sí» de la manera en que lo hacían cuando eran solteros. Cuando te casas, tiendes a actuar con mayor cautela y responsabilidad con lo que tienes.

En resumen...

Luego de presentada la siguiente información a este grupo de jóvenes solteros, les preguntaría si consideran que estas razones son suficientes para sentirse entusiasmados con la idea de casarse. En sí misma, ninguna resulta una buena razón para casarse. Estos son tan solo algunos de los beneficios adicionales del matrimonio. Desde el punto de vista de la salud, la relación sexual, la riqueza y la felicidad en general, tiene sentido el matrimonio.

La información provista en este capítulo les da a los solteros y a los casados por igual algunas cosas en las que pensar. Si eres soltero, podrás ver que el matrimonio es una elección positiva por muchas razones. Si estás casado, te ayudará a ver la relación que tienes con tu cónyuge desde una perspectiva diferente.

Ustedes, los casados, ¿cuándo fue la última vez que junto a su cónyuge identificaron los beneficios de estar casados? ¿Le han dado recientemente gracias a Dios por su matrimonio? ¿Le agradecieron a su cónyuge por lo que es y por cuánto ha contribuido con su matrimonio? ¿Se han puesto a debatir lo que tienen gracias a que están casados?

Y lo que es más importante: ¿a quién piensan transmitirle esta información? Como guardianes del matrimonio tenemos el llamado a no retener esta información. Deberíamos transmitírsela a nuestros hijos, a los vecinos, a los miembros de grupos pequeños o de la

Escuela Dominical, incluso a los que parecen tener una actitud negativa hacia el matrimonio.

Al hacer todas estas cosas, necesitamos tener en mente que el matrimonio es una idea de Dios y no del hombre. Es su plan para la familia y para nosotros como parejas, y es un plan muchísimo mejor que el que cualquier otro pudiera ofrecer. Dios sabía lo que hacía cuando dijo: «No es bueno que el hombre esté solo». Fue el comienzo de su guión.

Para tu consideración

1. ¿Cuáles son algunas de las buenas razones para casarse?
2. ¿Qué obtienes de tu matrimonio que no habrías obtenido si no estuvieras casado?
3. Pregúntate: *¿Cómo es estar casado conmigo?*

Capítulo nueve

LA HISTORIA DE TU MATRIMONIO

CUANDO MI HIJA Sheryl era pequeña, uno de los mejores momentos era cuando me decía: «Papito, cuéntame de cuando eras niño». Y allí comenzaba yo a contar y recontar historias que hace tiempo están alojadas en mi memoria.

La vida está llena de historias... la vida *es* una historia. Los relatos que contamos dibujan imágenes en nuestra mente y nos recuerdan nuestras propias experiencias y evocan un despliegue de emociones. Esto puede inspirarnos, desafiarnos, motivarnos y apartarnos de nuestro propio mundo para llevarnos a otro, aunque sea por un breve instante. Seamos o no conscientes de ello, todos lo hacemos, todos contamos historias de una u otra manera. Ansiamos contar algunas historias; otras deseamos que estuvieran ocultas para siempre.

Durante años muchas personas escucharon las historias de Garrison Keillor que entretejía relatos acerca de la vida en el imaginario Lago Wobegon. Por la manera de describir hasta el mínimo detalle, uno sentía que había estado allí. Se podían visualizar las imágenes, escuchar los sonidos, percibir las fragancias (algunos eran olores desagradables) y también sonreír y reír a carcajadas. Cuando estas historias llegaban a su fin, uno no quería que se terminaran.

Joyce y yo escuchábamos con frecuencia a Keillor en *Compañero de una casa en la pradera* mientras conducíamos rumbo a casa. Al llegar, no queríamos descender del automóvil hasta que finalizara el relato; por eso muchas veces nos quedábamos allí sentados y prestando atención. Cuando terminaba la historia, permanecíamos inmóviles disfrutando de lo escuchado.

Al escribir esto, me doy cuenta de que esos momentos se convirtieron en recuerdos especiales que formaron parte de nuestra historia matrimonial que ya lleva cuarenta y cinco años.

Al avanzar en la vida, acumulamos experiencias que se van enlazando en historias. Una de las historias que nos gustaría añadir año tras año y que quisiéramos contársela a todos los que quieran escuchar, es la historia de nuestro matrimonio. Resulta lamentable que algunos casados no tengan una historia para narrar. La de ellos ha quedado trunca por un desvío permanente. Sin embargo, contar tu historia con regularidad puede ser una salvaguardia contra la interrupción.

Como lo aconseja un autor:

> Cuenta tu historia [matrimonial]. Cuéntasela a tus hijos, a tus amigos, a tus hermanos y hermanas, pero sobre todo, cuéntensela el uno al otro. Cuanto más se instale esta historia en tu mente, más servirá como una barrera contra las miles de fuerzas contrarias que procuran destruir tu matrimonio. Haz que tu historia sea tan conocida que pase a ser parte de tu ser. Debería ser una leyenda que se relate de generación en generación a medida que construyas tu árbol genealógico que desafía todos los obstáculos y presume matrimonio tras matrimonio de estabilidad, fortaleza y longevidad[1].

¿Qué sabes de los matrimonios de tu árbol genealógico? ¿Viene alguno a tu mente? ¿Cuál es la leyenda del matrimonio de tus padres?

Diferentes parejas, historias diferentes

Como consejero matrimonial, con el paso de los años he escuchado muchas historias de matrimonios. Es lamentable que muchas de las historias que he escuchado pertenezcan a matrimonios destruidos. Lo único que estos esposos querían relatar eran los problemas en su matrimonio.

Sin embargo, descubrí que cuando le pedía a estas parejas que relataran «la otra cara» de su matrimonio, la que habían pasado por alto, comenzaba a escuchar una buena historia. Comenzaría por preguntarles cómo y dónde se conocieron y qué los atrajo el uno al otro, cómo fue su primera cita, cómo transcurrió el primer año de casados, qué cosas hicieron bien y cuáles consideran que son los puntos fuertes de su relación. Enseguida, estas parejas no solo resulta que tienen una historia buena y equilibrada, sino que se dan cuenta de que tienen mucho por lo que estar agradecidos. Incluso se dan cuenta que han estado pasando por alto el lado bueno de su matrimonio porque han fallado en seguir una parte de lo que menciona Pablo: «Consideren bien todo lo verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo digno de admiración, en fin, todo lo que sea excelente o merezca elogio» (Filipenses 4:8).

El otro lado de mi carrera como consejero matrimonial es que he escuchado muchos buenos ejemplos de historias matrimoniales, del tipo que nosotros, casados y solteros por igual, necesitamos escuchar.

Durante más de treinta años he dirigido seminarios de enriquecimiento matrimonial en todo el país. Durante doce años organizamos un seminario de una semana en otoño en el parque nacional Grand Teton en Wyoming. Siempre tuvimos una gran mezcla de edades en nuestros seminarios y estos no eran la excepción. Un día, mientras algunas parejas mayores contaban sus historias (algunas de las cuales contenían ideas que otras parejas tomaban prestadas para mejorar su propio matrimonio), observé que las parejas más jóvenes bebían cada palabra, tratando de aprender cosas que les ayudaran en su relación.

También leí una historia de una mujer que contó que ella y su esposo se habían escrito una carta de amor diaria durante los últimos veinticinco años de casados. Jamás omitieron un día, aun cuando el hombre sufrió una cirugía de corazón, y han guardado entre mil ochocientas y mil novecientas cartas para que las lean sus hijos cuando ellos ya no estén[2].

Otra pareja que conozco disfrutó tanto de su boda que han realizado una boda cada año... ¡durante los últimos quince años! Cada año, esta pareja celebra una boda con un ministro distinto, en una iglesia distinta y con tradiciones distintas. A veces los amigos y familiares están con ellos y otras veces no. Sin embargo, como siempre contaron con un fotógrafo, tienen más de quince álbumes de fotos llenas de imágenes de cada una de las bodas (en dos de ellos se puede ver que la novia está embarazada). Cuando esta pareja mira todos esos álbumes de fotografías, reflexionan en los buenos tiempos y en los difíciles de los años transcurridos de manera que pueden identificar lo que han aprendido y de qué manera pueden mejorar su matrimonio en los años subsiguientes.

Personas así, y otros que dedican tiempo a contar su historia, son un tesoro. Creo que si cada iglesia alentara a los matrimonios como

estos a que cuenten sus historias matrimoniales, con sus éxitos y fracasos, sería de tremenda bendición para los que tienen veinte y treinta años, estén casados o no.

¡Eso es ser guardián del matrimonio!

Ahora bien, pregúntate: *¿Qué estamos haciendo para preservar nuestra experiencia y nuestra historia?* ¿Qué dirías si te pidieran que contaras tu historia?

¿Cuál es tu historia?

Cuando tú y tu cónyuge cuentan la historia de su matrimonio, pueden ser de bendición para muchas personas que los rodean. Entonces, ¿y qué de bendecirse el uno al otro con ella?

¿Acaso tú y tu cónyuge dedican tiempo para contarse el uno al otro su propia historia? ¿Alguna vez se sentaron tomados de la mano y narraron la historia de su matrimonio? Puede llegar a ser una experiencia muy íntima en la que quizá rían y se emocionen al mismo tiempo. Incluso pueden sentir convicción, deleite, satisfacción o asombro.

Algunas parejas cuentan sus historias matrimoniales una vez al año, y lo hacen casi siempre en su aniversario.

En nuestros seminarios matrimoniales, les pedimos a las parejas que reflexionen en su noviazgo, compromiso y primera etapa de su matrimonio haciéndoles completar las siguientes oraciones:

- «En nuestra primera cita, nosotros...»
- «Cuando éramos novios, nos divertíamos cuando...»
- «Nuestra canción preferida era...»
- «Lo que me atrajo de mi cónyuge fue...»
- «A mi cónyuge le atrajo de mí...»
- «Lo que más recuerdo del día de nuestra boda es...»
- «Ante la propuesta matrimonial la pregunta era...»
- «En nuestra luna de miel, nosotros...»

También hacemos que la pareja comente las oraciones completas y que muestren fotografías de su boda a varias parejas. Es un tiempo para recordar experiencias y sentimientos, algunos quizá olvidados hace tiempo y que necesitan revivirse.

¿Qué respuestas se te ocurren para estos interrogantes? ¿Y a tu cónyuge? Nos olvidamos con suma facilidad de lo que nos atrajo el uno al otro, pero el recordar las bases puede ayudarnos a perseverar y crecer. Incluso puede ayudarles a sumar elementos a su historia conyugal.

Es inevitable que tu historia marital cambie porque el matrimonio en sí cambia. Uno no puede detener los cambios, pero sí puede colaborar en la orientación de algunos de ellos. Así como llevó mucho tiempo poder terminar algunas de las grandes estatuas o monumentos de la historia, requiere tiempo que tu matrimonio madure. Al igual que tu andar en Cristo, tu matrimonio es una «obra en progreso». Por esa razón, necesitamos detenernos una y otra vez para preguntarnos: «¿Cómo es mi andar cristiano en este momento? ¿Es igual o distinto a lo que era hace un año o hace cinco años?» y «¿Cómo es mi matrimonio en este momento? ¿Es igual o distinto a lo que era hace un año o hace cinco años?».

La escritura de tu historia en las épocas de cambio

Cuando en su vida ocurren cambios, su desafío como matrimonio es hacer que estos los unan en vez de permitir que los separen. A lo largo de su vida de casados padecerán pérdidas: algunas pequeñas, otras grandes e incluso algunas devastadoras. Quizá deban enfrentar la pérdida de un embarazo, pérdidas laborales o de una carrera, enfermedades, accidentes y una amplia gama de contratiempos. Tu reacción ante cada una de ellas influirá en la relación matrimonial y la historia que tu matrimonio tendrá para contar.

Cuando el dolor entra en tu vida, puede interrumpirla o sacarla de su curso natural. Los hombres y las mujeres sufren de manera distinta, lo que puede crear un distanciamiento entre esposos. Cuando esto sucede, es como si uno respondiera en AM y el otro en FM. Sin embargo, las experiencias dolorosas pueden hacer que una pareja se acerque más que nunca. Todo cambio lleva en sí el potencial para lograr un crecimiento si enfrentas los cambios y los encaras, si te ocupas de ellos y luego perfeccionas tu relación para volver a equilibrarla.

Quizá la mejor manera de ocuparte de los cambios que ocurren en tu matrimonio es darte cuenta de que *pasarás* por cambios, pérdidas y crisis en algún momento de la vida. La vida es un recorrido que tiene un principio y cierto final. Los hechos siguen una secuencia y una progresión, a veces suave y ordenada, y otras veces ruda y desigual. Dentro de este viaje están las etapas o períodos que se les podría llamar sazón. Como lo declara Eclesiastés: «Para todas las cosas hay sazón» (3:1, RVA).

Producir cambios en tu historia por medio de las palabras y las acciones

Algunos cambios en la vida parecen suceder porque sí, pero otros los producimos nosotros. Por lo general, se cree que uno de los cónyuges no puede hacer mucho para producir cambios en su matrimonio o en su pareja. Por supuesto, se trata de un mito.

Toda persona es un agente de cambio. Tus palabras pueden hacer que tu cónyuge esté de buen humor o de mal humor; pueden amargarle el día o iluminarlo. Cuando cambias tu forma de hablar o de responderle a tu cónyuge, es probable que veas cambios en su reacción hacia ti.

Puesto que estamos hablando de cambios, seamos prácticos y personales.

Una de las mejores maneras de mejorar una relación es hacer lo inesperado. En el matrimonio, aprendemos a reaccionar de las mismas

maneras ante las mismas situaciones. Eso hace que un matrimonio se quede estancado y tenga una historia aburrida. Si lo que haces en tu matrimonio no produce los resultados o los cambios que deseas, quizá sea hora de que intentes otra cosa.

Recuerdo la vez que mi esposa Joyce hizo algo inesperado:

Durante los primeros años de nuestro matrimonio, yo era un poco descuidado y no guardaba mi pijama al levantarme. Era cuidadoso con la mayoría de la ropa, pero por la mañana, cuando me quitaba el pijama lo arrojaba hacia un gancho en el armario, donde se suponía que iba o lo dejaba tirado sobre la cama. Joyce me lo hizo notar varias veces y yo siempre asentía. No obstante, de alguna manera el mensaje nunca me llegó.

Cierto día estaba sentado en el sofá leyendo el periódico, y Joyce se acercó y se sentó a mi lado. Esperó hasta que la mirara y, al hacerlo, noté que tenía mi pijama doblado con esmero en su falda. Me rodeó con el brazo y mirándome fijo a los ojos dijo: «Norm, sé que un hombre con tu capacidad de organización y atención hacia los detalles y los resultados obtendría un alto grado de satisfacción al partir hacia el trabajo cada día sabiendo que su pijama está bien colgado de su percha en el armario, donde te estará esperando a la noche. Gracias por tu atención».

Una vez dicho esto, Joyce se fue y me dejó con la boca abierta. No me di cuenta sino hasta un par de meses más tarde, pero de aquel día en adelante comencé a colgar mi pijama en su lugar todas las mañanas. Joyce había captado mi atención de una manera novedosa y yo la había escuchado.

Esta es otra historia de una esposa que obtuvo un cambio por haber probado con algo distinto:

Desde hacía algún tiempo me sentía frustrada por la falta de comunicación entre mi esposo y yo. Parte del problema es que pasa toda la semana afuera debido a su trabajo y solo está en casa los fines de semana. Cuando estaba en casa, solo se interesaba por la relación sexual y no por conversar. Yo albergaba mucho resentimiento.

Incluso me cuestionaba que fuera a la iglesia el domingo por la mañana, pero eso era un deber para mí. Yo era creyente pero él no lo era en ese entonces. Acudí a un consejero matrimonial en busca de alguna sugerencia. Me envió a casa con un libro lleno de sugerencias para avivar el romanticismo y una serie de casetes sobre el papel de la relación sexual en el matrimonio, del Dr. Ed Wheat. Leí y escuché todo, y al final me di cuenta de que si no conseguía que mi esposo hablara conmigo, mejor sería que enfocara el problema de comunicación de otra manera.

Al fin de semana siguiente era el cumpleaños de mi esposo, así que dejé a mis hijos con mis padres y el sábado por la noche lo llevé a un restaurante romántico. Pareció disfrutarlo. Cuando salimos, al lado del restaurante había un hotel Marriott. Me paré frente a Terry, lo miré a los ojos y propuse: «No vayamos a casa esta noche. Entremos al hotel, pidamos una habitación y disfrutemos juntos de un baño de espumas».

Se quedó de una pieza mirándome atónito. Cuando salió del estado de choque, balbució:

—Es que no podemos...

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Bueno... No traje mi cepillo de dientes.

En ese momento, sonreí y busqué dentro de mi bolso. Le mostré su cepillo dental y las llaves de una habitación. Se las entregué y le dije:

—¡Vamos!

Y lo hicimos. Fue fabuloso.

Esa noche conversamos durante seis horas. A la mañana siguiente no fui a la iglesia y permanecí en la cama con mi esposo. Sentí que allí era donde el Señor quería que estuviera ese día. Esa noche produjo un vuelco en nuestra relación. Creo que algo hay en esto de ocuparse de las necesidades del otro. De seguro cambió la respuesta de Terry hacia mí.

Otra esposa también nos cuenta su historia acerca de probar con algo distinto:

Hace menos de un año que estamos casados. Como nos casamos un poco más tarde que la mayoría de las parejas, Ted ya contaba con su propia casa equipada. En el dormitorio principal, había dos estantes y en el superior había un gran equipo de audio con sus altavoces y demás componentes. Se veía un tanto antiestético y sugerí que colocáramos el equipo en el estante de abajo así podía poner platos, jarrones o plantas en el de arriba. A Ted no le agradaba la idea y tenía sus motivos lógicos del porqué el equipo debía permanecer allí. Lo hablamos varias veces, pero él ni siquiera quería intentarlo.

Un día decidí hacer una prueba y cambié el equipo al estante inferior. Me esmeré en acomodar el estante de arriba y probé que todo funcionara a la perfección.

Cuando Ted llegó a casa y fue al dormitorio, vio el cambio y una nota que decía: «Esto no es permanente, sino solo uno de mis experimentos. Dime qué te parece y prueba el sonido. Si piensas que queda bien y te gusta que lo dejemos así, lo hacemos; pero si no, yo misma me encargaré de ponerlo todo en su sitio como antes. Agradeceré tu aporte».

Cuando regresó a la planta baja, me miró, sonrió y dijo: «Bueno... me gusta. Probemos así». Eso es todo lo que pedía, la oportunidad de intentarlo.

Quizá estas historias te motiven y te ayuden en tu intento por hacer cambios en tu matrimonio y en tu hogar probando con algo diferente.

Cuando tu historia incluye dificultades

Todos deseamos un matrimonio que cumpla con todos nuestros sueños (que sea sin disgustos, sin trastornos ni dificultades). Al menos, eso deseamos mi esposa y yo.

Sin embargo, la vida está llena de interrupciones; a veces, interrupciones divinas. Los sucesos inesperados y repentinos en la vida pueden enseñarte algo nuevo acerca de tu relación matrimonial, por ejemplo, que el matrimonio es una vida de penas compartidas. A nadie le gusta la idea del dolor. Sin embargo, cuando estamos casados, algunos de los días no son brillantes y luminosos, sino oscuros, sombríos y deprimentes. En esos días es fácil cuestionar si el sol volverá a brillar.

Quizá ya te ha sucedido. Tal vez atravesaste pérdida de empleos, enfermedades, una traición personal, cambios en la economía, la invalidez de un miembro de la familia, la muerte de un familiar o la pérdida de tu casa. Todos estos, y otros hechos similares, son pérdidas que necesitan llorarse. Si todavía no has pasado por esto, algún día te va a tocar. Eso no es pesimismo, sino realismo.

Hace poco, en el lapso de un mes en mi ministerio como consejero en medio de la tragedia y el dolor, recibí a un matrimonio al que se le había ahogado su hijo de dos años, a otra pareja que había perdido a su bebé de dos meses por muerte súbita, otros cuyo hijo de trece años había fallecido de un ataque al corazón, otros que habían perdido a un hijo de quince años en un accidente automovilístico, otros cuyo hijo de dieciséis años se había suicidado y otro matrimonio a cuyo hijo de trece años lo había arrollado un tractor.

¿Cómo hacen las parejas para sobrevivir y para mantener su matrimonio cuando su vida da un vuelco semejante? Solo por la gracia de Dios. Es

estando en su divina presencia y confiados en la fortaleza del Todopoderoso que las personas pueden atravesar tragedias personales como estas.

Joyce y yo lo sabemos por experiencia.

La parte de Dios en nuestra historia

Así como Dios estuvo con los de Oklahoma, los de Nueva York y en todos los otros epicentros de desastres, estuvo con nosotros cuando notamos que el desarrollo de nuestro hijo Matthew estaba retrasado y cuando sufrió su primer ataque. Estuvo ahí cuando el neurólogo de la Universidad de California, Los Ángeles, nos dijo que el cerebro de Matthew presentaba una malformación y que tal vez su madurez intelectual no sobrepasaría los dos años de edad. Estuvo con nosotros durante los ataques, en las noches cuando Matthew se sentaba en la cama y reía toda la noche, en las enfermedades, en las frustraciones por cuidar de un niño de cuarenta kilos que no podía alimentarse solo ni controlaba esfínteres. Nos acompañó guiándonos a buscar un centro cristiano donde pudieran cuidarlo mejor que nosotros. Dios estuvo allí cuando el 15 de marzo de 1990 por la mañana Él llamó a Matthew a su eterno hogar luego de una operación y de estar ingresado por dos semanas. Y estuvo con nosotros en los años de dolor mientras hablábamos con muchísimas parejas a las que ministrábamos con la narración de nuestra experiencia con Matthew.

En todo esto descubrimos la suficiencia de la Palabra de Dios. «Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia» (Santiago 1:2-3). Es sencillo leer un pasaje como este y estar de acuerdo en teoría. Otra cosa es, por cierto, llevarlo a la práctica.

¿Qué significa en realidad la palabra *considérense* en este contexto? Literalmente se refiere a una actitud interna del corazón y la mente

que permite que una prueba de la vida nos afecte de manera adversa o en nuestro beneficio. Sabiendo esto, otra manera de traducir Santiago 1:2 sería: «Decídete a asumir la adversidad como algo que se recibe con agrado».

Cuando te hallas atravesando pruebas y dificultades, tienes el poder para decidir cuál será tu actitud. Puedes enfrentarlo diciendo: «Esto es terrible. ¿Por qué me tiene que pasar esto ahora? ¿Por qué a mí?». Sin embargo, también puedes escoger una actitud que expresa: «No es lo que deseaba en la vida, pero aquí está. Veremos qué puedo aprender de esto y cómo puede usarse para la gloria de Dios».

El tiempo verbal empleado en la palabra *considérense* indica una decisión de actuar. No se trata de una actitud de resignación, ni una que nos haga darnos por vencido ante los problemas sabiendo que de todas maneras no podemos hacer nada para solucionarlos. El tiempo verbal indica que uno tiene que ir contra su inclinación natural de ver la prueba como una fuerza negativa.

Habrá momentos en la vida y en tu matrimonio en los que no verás tus pruebas de esa manera, momentos en los que tendrás que recordar que Dios desea ayudarte a ver tus dificultades desde una perspectiva distinta. Cuando haces eso, tu mente pasará de la resignación a una respuesta mucho más constructiva.

Joyce y yo no esperábamos ser los padres de un niño retardado mental, pero aun así aprendimos y crecimos muchísimo a través del proceso de ocuparnos de él. Visto en perspectiva, puedo darme cuenta de que antes de la llegada de Matthew a mi vida yo era una persona impaciente y egoísta en muchos aspectos. No obstante, gracias a que tuvimos a Matthew, tuve la oportunidad de desarrollar la paciencia.

Tener que esperar tres o cuatro años para que tu hijo aprenda a caminar y esperar incluso mucho más para que desarrolle otras habilidades te ayuda a desarrollar la paciencia. Incluso debimos aprender a ser sensibles con este niño que no podía comunicar sus necesidades, deseos o dolores.

Joyce y yo crecimos y cambiamos en este proceso. Pasamos por períodos de dolor, de frustración y de tristeza. Aun así, también nos regocijamos y aprendimos a agradecer a Dios por los pequeñísimos progresos que la mayoría de las personas hubieran pasado por alto. El significado del nombre Matthew (regalo de Dios) se había convertido en una realidad para nosotros.

Joyce y yo podríamos habernos amargado ante la condición de nuestro hijo. Podría haber sido una razón para el distanciamiento de nuestra pareja y podríamos haber permitido que esto detuviera nuestro crecimiento como personas. Sin embargo, Dios nos ayudó a escoger el camino de la aceptación. Crecimos y maduramos *juntos*. No se produjo de un día para el otro, sino con el paso de los años.

Matthew se convirtió en el elemento refinador que Dios usó para cambiarnos.

Una historia de preparación

Por medio de Matthew, mi esposa y yo descubrimos mucho de la manera en que obra Dios; en especial, la manera en que nos prepara para lo que tiene reservado para nosotros. A su tiempo nos dimos cuenta de que nos había preparado años antes para el nacimiento de Matthew, aunque no nos habíamos dado cuenta de ello hasta que nos enteramos de su condición.

He aquí cómo Él lo hizo:

Cuando estaba en el seminario, tuve que hacer una tesis. Como no se me ocurría acerca de qué escribir, le pedí a uno de mis profesores que sugiriera un tema. Me asignó el siguiente: «La educación cristiana del niño retardado mental». No sabía nada del tema, pero aprendí con rapidez. Leí libros, asistí a clases, observé sesiones de entrenamientos en hospitales y en hogares y, al final, escribí la tesis. La volví a escribir dos veces y mi esposa la mecanografió dos veces antes de que la aceptaran al fin.

Más tarde, como parte de mis estudios de posgrado en psicología, se me solicitó que sirviera varias horas como interino en un distrito escolar, en el que me asignaron la realización de tests a niños retardados mentales para asignarle a cada uno su clase. Además, mientras era ministro de educación en una iglesia, el grupo de pastores me pidió que desarrollara un programa de Escuela Dominical para niños retardados. Entre mis obligaciones estaba el desarrollo del ministerio y del plan de estudio y la capacitación de los maestros.

Una noche, antes de que naciera Matthew, Joyce y yo conversábamos y uno de los dos (no recuerdo quién) comentó: «¿No es interesante que tengamos toda esta relación con niños retardados? Hemos aprendido muchísimo. ¿Será que Dios nos está preparando para algo que ocurrirá más adelante en nuestra vida?».

Al año, nació Matthew, y a los ocho meses comenzaron los ataques. Nos preocupaba muchísimo la incertidumbre que sentimos sobre el grado de progreso que tendría. Cuando al fin supimos toda la verdad, comenzamos a ver cómo el Señor nos había estado preparando para Matthew y para convertirnos en guardianes del matrimonio.

¿Cómo encaja el llamado al sufrimiento en todo este proceso? Romanos 8:16-17 dice: «El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria».

En las crisis pequeñas o grandes que de seguro ocurrirán en la vida en general y en el matrimonio en particular, cada persona experimentará algo de dolor. Sin embargo, cuando como matrimonio aprendemos a compartir ese dolor, este disminuye. Y también se convierte en parte de nuestra historia conyugal.

Lewis B. Smedes describe el sufrimiento matrimonial de la siguiente manera:

Cualquier matrimonio es una cosecha de sufrimiento. Los románticos indolentes podrán decirte que a tu matrimonio lo diseñaron para que fuera un sitio de placer donde los espíritus eróticos retocen en sus relaciones de gratificación propia. Te engañaron. Tu voto matrimonial fue una promesa para sufrir. Sí, para sufrir; no me retractaré [...] Tú *prometiste* sufrir *con* alguien. Tiene sentido, porque la persona con la que te casaste, tarde o temprano, terminará sintiéndose herida a lo largo del camino, poco o mucho, pero herida de todos modos. Y tú prometiste sufrir *junto* a tu cónyuge. El matrimonio es una vida de dolor compartido[3].

Tienes una historia. Cuéntala. No dejes de narrarla una y otra vez.

Para tu consideración

1. ¿En qué esfera de tu vida y de tu matrimonio necesitas aplicar más Santiago 1:2-3?
2. Hay varias preguntas en las primeras páginas del presente capítulo. Léanlas juntos, como matrimonio, y disfruten debatiendo las respuestas.
3. Dediquen tiempo a construir la historia de su matrimonio. ¿Quién se beneficiaría de escucharla?

Recursos recomendados

Momentos de quietud para matrimonios, Norman Wright (Editorial Unilit).
Antes de decir «Sí», Norman Wright (Editorial Unilit).

Capítulo diez

¿QUÉ NOS FALTA?

LO QUE SIGUE ES la clase de cosas que a menudo escucho de esposos y esposas que acuden a mí porque sienten que algo «no anda bien» en su matrimonio:

> Algo está faltando. No estoy seguro de qué será. Nos relacionamos. Nos llevamos bien. Ambos estamos satisfechos. Interactuamos bien en lo intelectual. Nos conectamos de manera emocional. Somos capaces de jugar juntos. Y nuestras relaciones sexuales son buenas. Sin embargo, de vez en cuando me pregunto... ¿nos estaremos perdiendo algo? ¿Habrá algo más?

Quizá te haya ocurrido o tal vez estés justo ahora pasando por esto. Tienes una sensación, un sentimiento constante y persistente o uno que

va y viene, de que falta algo en tu matrimonio, pero no puedes precisar lo que es.

En ocasiones, nos resulta evidente lo que falta. Conocemos tanto la persona con la que estamos casados y nuestra forma de relacionarnos que cuando falla algo, lo detectamos enseguida.

Es lo mismo que cuando pruebo un trozo de mi tarta favorita de chocolate y café, y descubro que falta un ingrediente. Es sencillo darse cuenta de que algo falta en la torta porque estoy acostumbrado a que tenga determinado sabor, por eso puedo comparar. Por otro lado, si nunca antes probé esa torta y un día tomo un trozo, no seré capaz de decir si falta algo.

He conversado con muchos que jamás supieron lo que les faltaba a su matrimonio. Estaban satisfechos con lo que tenían y no sabían que podía haber más... mucho más.

A veces, es tan solo una cuestión de no ser, como lo que expresa Génesis 2:24, «una carne».

Cómo ser en verdad «una sola carne»

Cuando leemos lo que dice la Biblia acerca de los casados, que son «una sola carne», la mayoría piensa enseguida en la pareja casada que se une de manera física hasta ser uno. Aun así, esta idea de ser «una carne» tiene múltiples facetas.

Las parejas se convierten en uno en su mente cuando comparten sus pensamientos y creencias. Hay un proceso de descubrimiento cuando se manifiesta esta esfera de la relación. Es una experiencia de aprendizaje continuo.

En las últimas décadas, en libros y en seminarios de matrimonios, se le ha brindado muchísima atención a la idea de «unidad emocional». Ahora se ve como el pegamento que hace posible la unidad en el matrimonio. Es lamentable que en algunos matrimonios solo se atiendan las

necesidades emocionales de uno de los dos, y esto coloca al matrimonio en riesgo.

Otra faceta de ser una carne en el matrimonio, y que es de vital importancia, es la unidad espiritual. Para muchos, se trata de algo que de cierta manera es la parte más difícil del matrimonio, sencillamente porque involucra la mayor vulnerabilidad. La unidad espiritual, sin embargo, está en el centro del guión que Dios escribió para el matrimonio.

Un esposo dijo:

> En cuanto a compartir de forma cotidiana nuestro recorrido por las Escrituras no había nada. La privacidad era la regla.
>
> Jan quería que leyéramos algo juntos y yo estaba demasiado ocupado para hacerlo. Ella quería que oráramos y yo estaba demasiado cansado.
>
> Ella me comentaba algo muy personal, pero yo no le respondía. La escuchaba con atención, pero a mi cordialidad para prestar atención le seguía un silencio ensordecedor. En las raras ocasiones en que respondía, solo repetía un resumen de lo expresado por ella, como acusando recibo, pero jamás una reflexión personal.
>
> Para Jan, mi conducta elusiva le transmitía que yo no estaba interesado en los asuntos espirituales y que en cierta medida no me ocupaba de sus necesidades. Poco a poco mis excusas y mi silencio la fueron afectando y ella se aburrió de hacer el esfuerzo. Las peticiones de que participara, las declaraciones de su necesidad, los momentos de compartir, todo esto fue disminuyendo. Jan parecía resignarse al hecho de que eso no sucedería nunca[1].

La transparencia que implica la unidad espiritual es una tensa barrera para algunas parejas cristianas, sobre todo porque se trata de algo

riesgoso desde el punto de vista emocional. A pesar de eso, bien vale la pena el esfuerzo porque se trata del verdadero lazo y de la sustancia misma del matrimonio. Y también forma parte del ser guardianes del matrimonio.

Existen muchas expresiones distintas para la unidad espiritual o «espiritualidad marital» como la denomino a veces. Para algunos, se manifiesta a través de los debates y del estudio teológico. Para otros, es la consejería y la enseñanza de otras parejas lo que hace que estudien y oren el uno por el otro, y así la pareja está más conectada. Incluso hay quienes se sienten más cerca uno del otro cuando se sientan y escuchan los himnos de fe, y luego conversan acerca de lo que estos significan y de cuándo los escucharon por primera vez. Para la mayoría, la unidad espiritual se manifiesta en la experiencia íntima de orar juntos con regularidad como pareja.

La espiritualidad marital es la unión de una pareja con el propósito de aprender a relacionarse ambos con Dios y experimentar su divina presencia en la vida de los dos de manera similar o exclusiva. Es permitir que la nueva vida en Cristo esté en cada esfera y aspecto de su vida juntos. Es un deseo del corazón de estar cerca de Dios y de someterse a su dirección para la vida de ambos. Es la disposición para buscar juntos su dirección y permitir la enseñanza de su Palabra en la vida cotidiana.

Es también el deseo de permitir que Dios los ayude a superar la sensación de incomodidad al expresar cuestiones espirituales y comenzar a ver el matrimonio como una aventura espiritual. Se trata de transmitirle el uno al otro la historia de sus peregrinaciones espirituales individuales.

A continuación se presentan preguntas que la pareja puede leer y responder estando junta para disfrutar su aventura espiritual.

- ¿Qué creían tus padres acerca de Dios, de Jesús, de la iglesia, de la oración y de la Biblia?

- ¿Cuál es tu definición de estar vivo en lo espiritual?
- ¿Cuál de tus padres ves que está vivo en lo espiritual?
- ¿Qué te enseñó de forma específica, tanto de manera directa como indirecta, cada uno de tus padres acerca de las cuestiones espirituales?
- ¿Dónde aprendiste por primera vez acerca de Dios, de Jesús y del Espíritu Santo? ¿A qué edad?
- ¿Cuál fue tu *mejor* experiencia en la iglesia durante la niñez? ¿Y como adolescente?
- ¿Cuál fue tu *peor* experiencia en la iglesia durante la niñez? ¿Y como adolescente?
- Describe tu experiencia de conversión. ¿Cuándo y dónde sucedió? ¿Quién más participó?
- Describe tu bautismo. ¿Qué significaba para ti?
- ¿Qué maestro de la Escuela Dominical influyó más en tu vida? ¿De qué manera?
- ¿Qué pastor influyó más en tu vida? ¿De qué manera?
- ¿Qué interrogantes tenías en la niñez o en la adolescencia acerca de tu fe? ¿Quién te dio las respuestas?
- ¿Alguna experiencia en un campamento u otra reunión especial influyó en ti de manera espiritual?
- ¿Leías la Biblia cuando eras adolescente?
- ¿Memorizabas la Biblia en la niñez o la adolescencia? ¿Recuerdas algunos versículos?
- En la niñez, si hubieras podido hacerle algunas preguntas a Dios, ¿cuáles hubieran sido?
- En la adolescencia, si hubieras podido hacerle algunas preguntas a Dios, ¿cuáles hubieran sido?

- ¿Qué te hubiera ayudado más a crecer en lo espiritual durante tu formación?
- ¿Alguien te desilusionó de manera espiritual en la niñez? Si fue así, ¿cómo te afectó en la adultez?
- Cuando atravesaste por momentos difíciles en la niñez o adolescencia, ¿de qué manera afectó eso tu fe?
- ¿Cuál ha sido la mayor experiencia espiritual de tu vida?

La espiritualidad matrimonial significa orar por cosas que jamás pensaron que orarían juntos. ¿Por qué necesitan orar juntos por asuntos cotidianos e incluso banales?

Howard Hendricks nos dice:

> Podemos reunir todos los hechos necesarios para tomar una decisión. Podemos echar por tierra nuestras diferencias a fin de conseguir la forma y la dirección que debería tomar nuestra decisión. Podemos posponer la decisión mientras permitimos que la información relevante penetre en nuestra mente. Aun así, en cambio, podemos estar inquietos y preocupados: seguimos sin saber lo que debemos hacer y no aparece la decisión adecuada.
>
> Cuando acudimos al Señor Jesucristo y abrimos nuestra conciencia a la dirección de su Espíritu, algunos recuerdos, nuevos sucesos y hechos olvidados vendrán a nuestra mente. Luego podemos avanzar con tranquilidad en una dirección nueva por completo que no habíamos considerado antes. Al volver la vista atrás, podemos llegar a la conclusión de que la providencia divina nos libró de lo que habría sido nuestra peor decisión posible. Jesús como Señor fue determinante entre la liberación y la destrucción[2].

No existe el «yo» en el «nosotros»

La espiritualidad matrimonial es parte de un nuevo énfasis en el «nosotros» dentro de la relación. Es una experiencia común que está por encima y más allá de la experiencia espiritual individual. No es lo que lees, ni lo que oras, ni cómo oras. Se trata de hacer decisiones vitales en cuanto al estilo de vida, la carrera, las relaciones y los recursos a la luz de su fe en común. Se trata de presentar todo a los pies de la cruz.

La espiritualidad matrimonial le dará significado a los sucesos de la vida de la pareja. Me he sentado a conversar tanto con parejas conectadas en lo espiritual como con las desconectadas cuando pasaban por un tiempo de dificultad. Las que tenía conexión espiritual podían sufrir juntas y crecer juntas, aunque su estilo para sufrir fuera distinto entre ambos. Los que mantenían una espiritualidad individual, aunque estuvieran unidos en matrimonio, sufrían por separado y les costaba acercarse. Algunos de estos matrimonios no lo lograron.

Las parejas que enfrentan una dificultad pueden escuchar la voz de Dios que les habla y que actúa por medio de ellos cuando están unidos de manera espiritual. Pueden generar un lazo más estrecho cuando lloran juntos, oran juntos y aplican juntos la Palabra de Dios. Esos son los que no solo sobreviven, sino que crecen como pareja y como personas. Una espiritualidad compartida en el matrimonio significa que ambos, esposo y esposa, crecen de manera individual en el sentido espiritual en vez de que uno lleve al otro.

Necesitamos que Dios esté en el centro de cada dimensión de nuestro matrimonio. Es lamentable que algunas parejas tiendan a apartarse de Dios en vez de acercarse a Él cuando aparecen las dificultades. Necesitamos recordar que en los momentos de dificultad, cuando pareciera que Dios está lejos de nosotros, Él no se va a ninguna parte. Todo lo que tenemos que hacer es acercarnos a Él en oración, juntos y en forma individual.

Cómo orar juntos

A muchas parejas que son nuevas en la espiritualidad matrimonial les cuesta saber cómo orar juntas. Siempre les sugiero que comiencen orando el uno por el otro. Les digo que traten de comenzar a orar por su cónyuge todos los días, cada vez que les pase por la mente, y le pidan a Dios que lo guíe y lo bendiga.

Algunas parejas van un paso más allá y se llaman todos los días para decirse que están orando y para pedirle al otro motivos de oración. Otras parejas, antes de separarse para enfrentar la jornada, se preguntan: «¿Cómo puedo orar mejor por ti hoy?». Mi esposa ideó una manera original de decirme que ora por mí. Cuando salgo de viaje, encuentro notitas entre la ropa donde me dice que está orando por mí.

La manera más sencilla de comenzar a orar *juntos* es dedicar un tiempo y apartarlo a fin de hacerlo. Para muchas parejas, las múltiples actividades complican un poco esto, pero con el debido compromiso a hacerlo, esto puede lograrse. La creatividad y la flexibilidad pueden conseguirlo. Es cuestión de elección.

Orar juntos no significa que deban hacerlo por horas cada vez. Las parejas pueden abrazarse y orar juntos durante treinta segundos antes de partir a trabajar, luego de cenar o en cualquier oportunidad en que logren apartar unos instantes para hacerlo. También pueden orar por teléfono o enviar su oración por correo electrónico o mediante un mensaje de texto. Incluso pueden orar a través del teléfono celular mientras van de camino.

Cuando tú y tu cónyuge comiencen a orar juntos en el hogar, será mejor que comenten algunas peticiones y luego oren juntos en silencio. También pueden orar por sus temores, sus dudas y sus vacilaciones. Eso les permitirá «limpiar el aire» y, al mismo tiempo, permitirle a Dios que trabaje en la esfera por la que están orando.

Algunos de mis amigos escribieron las siguientes oraciones y descubrieron que eran buenos puntos de partida para orar juntos:

Amado Padre celestial, sabemos que es de suma importancia construir relaciones contigo mediante la oración, pero vacilamos en cuanto a orar juntos. Nos parece algo atemorizante. Pareciera que cuando uno está dispuesto a hablar de ello, el otro se resistiera. O si hablamos de esto, suceden un montón de cosas que hacen que apartemos el foco del tema de la oración. ¿Podrías ayudarnos para que consigamos apartar algunos minutos para hablar acerca de la oración? En el nombre de Jesús, amén.

Amado Padre celestial, esta oración es nueva para nosotros. Apenas si sabemos cómo orar solos, mucho menos sabemos cómo orar en pareja. Por eso te pedimos que nos ayudes a no sentirnos intimidados entre nosotros y darnos el valor para presentarnos en tu presencia como pareja. Juntos, deseamos comenzar a construir una relación fuerte e íntima contigo. Te agradecemos porque nos vas a ayudar. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, amén[3].

Quizá estas oraciones reflejen tu actual posición. Si es así, pueden ayudarte a comenzar con la oración conjunta.

Orar en voz alta es algo que la mayoría de las personas necesita aprender y perfeccionar, y puede ser que les tome algún tiempo para sentirse cómodos haciéndolo. A veces las parejas luchan con las oraciones audibles porque no se comunican tan bien como lo harían de otras maneras. Otras veces sucede que uno de los cónyuges se siente intimidado de orar en voz alta porque le parece que el otro es más fluido y se expresa mejor. Siempre pensé que las oraciones de Joyce son mucho más detalladas y profundas que las mías, pero esto jamás hizo que dejara de orar en voz alta. A ti tampoco debe intimidarte.

Los beneficios de orar juntos

¿Qué produce el orar juntos como matrimonio? Presta atención a lo que tres esposos tienen que decir al respecto:

> Como pareja, disfrutamos de intimidad espiritual cuando oramos juntos en familia por las noches. Oramos el uno por el otro por la mañana (tratamos de hacerlo con frecuencia, pero a veces abandonamos este buen hábito) y nos consultamos: «¿Por qué motivo quieres que ore?». También nos contamos experiencias espirituales. Participamos en un fin de semana de parejas (una especie de retiro en el que tenemos un encuentro con Cristo y para cada persona es distinto), en retiros, en un campamento familiar en Forest Home cada año y conferencias; y nos contamos experiencias íntimas y reflexiones relacionadas con el crecimiento espiritual. De vez en cuando, comentamos versículos o lecturas que tuvieron para nosotros un significado espiritual especial. Todo esto contribuyó a que nos acercáramos en la intimidad espiritual dentro del matrimonio. Y aunque tengamos problemas conyugales en otras esferas, va creciendo nuestra intimidad espiritual. Debido a que como personas deseamos crecer en lo espiritual, nos esforzaremos por crecer en nuestra intimidad espiritual como pareja.

Otro esposo dijo:

> Sin una relación con Dios no entiendo cómo habríamos atravesado algunos momentos difíciles. Antes de casarnos, me aseguré que mi futura esposa conociera a Dios. Esto era fundamental para mí porque cuando llegaran los momentos de dificultad, yo sabría que el mismo Espíritu que obrara en mí lo estaría haciendo también en ella. Si yo respondía en forma positiva a Dios y ella también, sabía que lo lograríamos. Muchas veces, lo único que pude hacer para evitar la autodestrucción o el arremeter en su contra fue orar. Podía ser que yo saliera para estar a solas o que la invitara a ella para dirigirnos a Dios en oración. Creo que el estar concentrado en Dios y la fe de ambos nos acercaban a Él y entre nosotros. Es justo decir: ¡no sé dónde estaríamos si no fuera por Dios!

El último esposo dijo:

> El impacto de la intimidad espiritual en nuestro matrimonio ha sido profundo. Descubrimos que peleamos mucho menos y que nuestros temperamentos se han colocado bajo el señorío de Cristo en estos últimos años. Es de enorme satisfacción observar cómo Dios se manifiesta con poder en la vida de ambos. Nuestra comunicación ha mejorado de manera significativa. Nos comunicamos en un nivel mucho más íntimo que antes. Mi esposa habla conmigo sin sentirse incómoda como antes y yo estoy más atento a sus necesidades. La mejora más significativa ha sido el descubrimiento de que nuestra intimidad física está entrelazada de manera magnífica con nuestra intimidad espiritual. Jamás comprendí este concepto hasta que pude experimentarlo, y sigue siendo un profundo misterio para mí. Las Escrituras describen el estar juntos como ser una sola carne y jamás comprendí por completo hasta qué punto dos personas en verdad pueden llegar a ser una. Hay algo maravilloso que acontece en el ámbito espiritual durante la adoración cuando se entrelaza nuestro espíritu con el Espíritu Santo. Mi esposa y yo descubrimos que nuestros encuentros físicos más íntimos tuvieron lugar luego de nuestra más íntima adoración espiritual. Cuando descubrí que me sentía irresistiblemente atraído por

> ella mientras adorábamos juntos y después de hacerlo que, al principio, sentía culpa por experimentar ese fuerte deseo físico. Pensaba que las dos experiencias debían ser excluyentes entre sí, como si lo espiritual no tuviera nada que ver con nuestra relación física. Cuando nos dimos cuenta de que Dios mismo nos estaba uniendo con mayor intensidad durante nuestro tiempo con Él, descubrimos una maravillosa libertad para disfrutar de la intimidad física luego de la adoración. En vez de excluir al Señor de nuestra intimidad, Él nos enseñaba cómo ser más amorosos, atentos y activos el uno con el otro.

No existe un mejor matrimonio que aquel donde el hombre y la mujer han pasado a ser uno no solo en el aspecto físico y emocional, sino también en el espiritual. ¿Qué pasos comenzarías a dar para que esto sea una realidad en tu matrimonio?

Para tu consideración

1. ¿De qué manera te agradaría desarrollar la conexión espiritual de tu matrimonio?
2. Describe lo que harás esta semana que los acerque en lo espiritual.

Lecturas recomendadas

When Couples Pray Together, Dave y Jan Stoop (Regal Books, 2000).
El poder de la esposa que ora, Stormie Omartian (Unilit, 1997)
El poder del esposo que ora, Stormie Omartian (Unilit, 2002)

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Piensa por un momento en el día de tu boda. ¿Qué habrías hecho si alguien te hubiera ofrecido mirar en una bola de cristal que te diera la visión de los siguientes cincuenta años de tu matrimonio? ¿Habrías aceptado encantado o habrías reaccionado con desinterés ante ese ofrecimiento?

Si pudiéramos ver el futuro de nuestro matrimonio, podríamos efectuar algunas correcciones a mitad del camino a fin de evitar algunos de los golpes o trastornos. Por otro lado, podría no ser bueno tener algunas de las experiencias más desagradables pendiendo sobre nuestra cabeza. Lo que vaya a suceder, ocurrirá de todos modos, ¿entonces qué sentido tiene preocuparse por eso?

Sin embargo, ¿tienes alguna clase de control sobre tu futuro matrimonial? Un poco. Tienes algún control en que lo positivo que construyes hoy a partir del guión te dará estabilidad en los años venideros. Aun así, seguirás viviendo con lo desconocido, lo que no deja de ser positivo porque te da la oportunidad de vivir una vida de fe y dependencia de Dios. Hay una enorme cantidad de «imprevistos» que pueden poner a prueba la entereza de tu matrimonio, pero cuando permites que el Señor esté en medio de tu relación, no necesitas vivir atemorizado por ninguno de ellos.

No creo que sea una exageración afirmar que la mayoría de los que se casan lo hacen con la esperanza de que su matrimonio durará al menos cincuenta años. ¿Pensé eso cuando me casé? Es probable. Al menos, uno lo da por sentado de manera sutil.

¿Recuerdas la historia de Dale y Sherry en el capítulo 3? Estoy seguro de que daban por hecho que su matrimonio duraría décadas. Tres años y medio es demasiado poco tiempo, aun cuando lo denominaron su luna de miel de tres años y medio. Lo que experimentaron juntos en ese corto lapso, muchas parejas no lo disfrutan en toda una vida de unión. Hicieron que su matrimonio tuviera vida y se mantuviera vivo. Lo sé porque lo vi.

Durante los meses posteriores al fallecimiento de Sherry, Dale y yo conversamos mucho y a menudo acerca del dolor que él experimentaba. Un día, hablamos acerca de cómo creía que Dios le usaría algún día con su experiencia de perder a su esposa por el cáncer, a fin de ayudar a otro hombre en una circunstancia similar. Esto es lo que la Escritura nos dice que hace Dios a menudo con nuestros sufrimientos: «Alabado sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren» (2 Corintios 1:3-4).

No teníamos idea entonces que al primer esposo al que Dale podría ayudar sería yo mismo.

En octubre de 2003, una oscura nube trepó por el horizonte y oscureció nuestra vida y nuestro matrimonio de cuarenta y cuatro años. Esa oscuridad no apareció por un momento para luego disiparse enseguida. Al contrario, permaneció y se intensificó.

Esta nube oscura tenía nombre: cáncer cerebral. Era inoperable y quizá estuviera en el estadio III. Esto nos tomó por sorpresa. Joyce comentó una mañana: «Estas cosas les suceden a *otras* personas». (Luego agregó: «Allí tienes un título para otro de tus libros»).

No era que no hubiéramos tenido ya crisis en nuestro matrimonio. Como la mayoría de las parejas, ya habíamos pasado por distintas pruebas. Al poco tiempo de casados, Joyce sufrió una enfermedad. Se recuperó y comenzamos a crecer como personas y como matrimonio a partir de eso. Pocos años más tarde, entre nuestros dos hijos, perdimos un bebé que se gestaba. Luego vino Matthew, nuestro hijo especial. Pasamos por la experiencia de tener a nuestro hijo once años con nosotros en casa.

Aprendimos a vivir con pérdidas continuas mientras al mismo tiempo seguíamos adelante con nuestro estilo de vida bastante normal. Esas pequeñas pérdidas dieron lugar a una gran pérdida con el fallecimiento de Matthew, lo que constituyó el inicio de un recorrido a través del dolor y el sufrimiento.

No recuerdo que pensáramos: *Ya hemos pasado muchas cosas; no necesitamos más.* Aun así, cuando recibimos la noticia del tumor cerebral maligno de Joyce, fue como si la vida comenzara a deslizarse en cámara lenta.

Todos sabemos que suceden estas cosas, pero jamás esperamos que nos ocurran a nosotros. Cuando sucedió, nos sentimos señalados y escogidos. Fue como si alguien nos dijera: «¡Pillados!» y, a fin de cuentas, no queríamos participar del juego.

Cuando los hechos repentinos e impactantes invaden nuestra vida interrumpiéndola, tendemos a pensar que se trata de algo muy raro y fuera de lo común. Sin embargo, Pedro nos dice: «Queridos hermanos, no se extrañen del fuego de la prueba que están soportando, como si fuera algo insólito» (1 Pedro 4:12). La versión *La Biblia al Día* lo expresa con más fuerza aun: «Hermanos, no se turben ni sorprendan cuando les toque pasar por el fuego de las pruebas que les esperan, porque lo que les va a suceder no es extraño. Al contrario, gócense; porque al pasar por tales pruebas están participando de los padecimientos de Cristo, y tendrán la inmensa alegría de compartir su gloria el día en que esta se manifieste» (vv. 12-13).

Quizá lo que mejor describía mi manera de sentirme era un libro del Dr. David Jeremiah titulado: *A Bend in the Road* [Una curva en el camino]. Con todo, era más que una curva; era como nuestra catástrofe personal. Mike Macintosh escribió acerca de nuestras zonas cero personales en su libro *When Your World Falls Apart*:

> Todos experimentamos zonas cero en la vida, grandes pérdidas que estremecen nuestro cimiento, nuestra vida y nuestra fe: pérdidas profesionales, de seres queridos, del matrimonio, de hijos, de nietos. Son etapas en nuestra vida en que nos sentimos abrumados por la tragedia o por la magnitud de los sucesos y nos sentimos desvalidos. Pareciera que las torres gemelas de nuestra vida están a punto de colapsar y transformar todo en una ruina, e incluso arrastrarnos [...] Las zonas cero en la vida de los hijos de Dios son decisivas. Pueden *construir* o *destruir* una vida[1].

Nos agrada pensar que la vida es previsible, pero eso es un pensamiento ilusorio e imaginario. Cada día avanza demasiado rápido y demasiado lento a la vez. Es rápido en la manera en que devora el tiempo que nos resta... y demasiado lento en cuanto al proceso de sanidad. No estoy seguro, pero se había iniciado un recorrido de fe.

Nadie puede prever cuándo terminará tu vida en este mundo ni cuándo pasarás al otro. Sabemos que no será de acuerdo a nuestros tiempos. La vida aquí es limitada y he aprendido a cambiar mis prioridades, a escuchar más lo que se dice, a considerar las peticiones de mi esposa como privilegios para servirla en vez de simples tareas para hacer, y a orar y expresar más pensamientos devocionales. Aprendí a buscar maneras de estar junto a mi esposa que antes había pasado por alto, a estar agradecido y a conversar de todas las ricas experiencias y recuerdos que formaron parte de mi historia matrimonial, y a valorar las caminatas por el parque contemplando el amanecer.

Miro a mi esposa con otros ojos. Deseo expresarle mucho más mi amor, mi preocupación, mi dolor y mis anhelos. Nos mantenemos esperanzados y, gracias a la cantidad de hermanos que oran por nosotros, nos sentimos apoyados.

Desearía poder hacer más, pero no quiero hacer por Joyce lo que ella puede disfrutar de hacer por sí misma. De manera que estamos en una nueva etapa en que aprendemos acerca de la vida, de nosotros mismos y de nuestro matrimonio. Dios usó todas las experiencias para moldearnos y formarnos. Y nosotros nos hemos acercado aun más.

Por favor, no esperes a que se produzca una crisis o un revés inesperado para efectuar los cambios que mencioné en este libro. Presta atención a las palabras de mi amigo Dale: «Disfruten juntos de cada instante y jamás dejen de valorarlos».

Para ponerte al día sobre Joyce, por favor, visita el sitio Web: www.hnormanwright.com.

NOTAS

Capítulo 1

1. David P. Gushee, *Getting Marriage Right*, Baker Books, Grand Rapids, MI, 2004, p. 36.
2. William Doherty, *Take Back Your Marriage*, The Guilford Press, Nueva York, 2001, p. 7.
3. Michele Werner Davis, *The Divorce Remedy*, Simon & Schuster, Nueva York, 2001, p. 35.
4. Gushee, *Getting Marriage Right*, p. 190.
5. Alice P. Mathews y M. Gay Hubbard, *Marriage Made in Eden*, Baker Books, Grand Rapids, MI, 2004, p. 243.
6. *Ibíd.*, p. 246.

Capítulo 2

1. Gary Thomas, *Matrimonio Sagrado*, Editorial Vida, Miami, FL, 2005, p. 33 (del original en inglés).
2. *Ibíd.*, p. 13 (del original en inglés).
3. *Ibíd.*, p. 36 (del original en inglés).
4. Dan Allender y Tramper Longman, *Intimate Allies*, Tyndale, Wheaton, IL, 1995, pp. 20-21.

5. Jim Smoke, *Facing 50*, Thomas Nelson, Nashville, TN, 1994, pp. 40-41.
6. Allender y Longman, *Intimate Allies*, pp. 25-30.
7. *Ibíd.*, pp. 30-34.
8. *Ibíd.*, p. 275.
9. Ed Young, *Los 10 Mandamientos del Matrimonio*, Editorial Unilit, Miami, FL, p. 11 (del original en inglés).
10. Gregory K. Popcak, *The Exceptional Seven Percent*, Citadel Press, Nueva York, 2000, p. 40.
11. *Ibíd.*, p. 73.

Capítulo 3

1. Sharyn Wolf, *How to Stay Lovers for Life*, Dutton, Nueva York, 1997, p. 18.
2. Dwight Small, *After You've Said I Do*, Revell, Westwood, NJ, 1968, p. 22.
3. Dr. Phillip C. McGraw, *Relationship Rescue*, Hyperion, Nueva York, 2000, p. 261.
4. Don Harvey, *The Drifting Marriage*, Revell, Grand Rapids, MI, 1988, p. 44.
5. Gary Chapman, *El matrimonio: Pacto y compromiso*, LifeWay, Nashville, TN, 2003, p. 29 (del original en inglés).

Capítulo 4

1. Bryan Chapell, *Each for the Other*, Baker Books, Grand Rapids, MI, 1998, p. 32.
2. *Ibíd.*, pp. 47-50.
3. *Ibíd.*, p. 51.
4. *Ibíd.*, p. 52.
5. Thomas H. Maugh II, «Study's Advice to Husbands: Accept Wife's Influence» *Los Angeles Times*, A1, 22 de febrero de 1998.
6. Chapell, *Each for the Other*, p. 81.
7. *Ibíd.*, p. 113.
8. Dr. Emerson Eggerichs, *Amor y Respeto*, Casa Creación, Lake Mary, FL, 2005, p. 37 (del original en inglés).
9. De un programa de Enfoque a la Familia con E.V. Hill, acerca del fallecimiento de su esposa, febrero de 1995.

Capítulo 5

1. Thornton Wilder, *3 Plays*, selección de «The Skin of Our Teeth», Perennial, Nueva York, 1998, pp. 200-1.
2. Rebecca Cutter, *When Opposites Attract*, Dutton, Nueva York, 1994, p. 189.
3. Ibíd., 196-97.
4. Harvey, *The Drifting Marriage*, 215.
5. Stephen R. Covey, *Primero, lo primero* (1999), citado en el libro de Scott Stanley, *The Heart of Commitment*, Thomas Nelson, Nashville, TN, 1998, pp. 36-39.
6. *Ibíd.*, p. 27.

Capítulo 6

1. *U.S. Bureau of Census: Marital Status and Living Together*, marzo de 1997, Bureau Population Reports Series, p. 20, N.° 506, Washington DC, 1998.
2. David Gudgel, *Antes de vivir juntos*, Editorial Unilit, Miami, FL, 2006, pp. 31-32.
3. *Ibíd.*, pp. 33-34.
4. Judith S. Wallenstein y Sandra Blakeslee, *The Good Marriage*, Houghton Mifflin, Nueva York, 1995, pp. 117-78. También, de

Alan Booth y David Johnson, «Prematrimonial Cohabitation and Marital Success», *Journal of Family Issues* (1988), 261-70. Además, de T.R. Bafakrishnan y otros, «A Hazard Model of the Corvariates of Marriage Dissolution in Canada», *Demography*, vol. 24 (1987), 295-406. También, de Neil Bennett, Ann Klimas Blanc y David E. Bloom, «Commitment and the Modern Union: Assessing the Link Between Cohabitation and Subsequent Marital Instability», *American Sociological Review*, vol. 53 (1988): 127-38. Además, de James A. Sweet y Larry L. Bumpass, «Waves 1 y 2: Data Description and Documentation», *A National Survey of Families and Households*, 13 de febrero de 2003. http://www.ssc.wisc.edu/nsfh/home/htr (consultado el 31 de marzo de 2003). También, de Scott M. Stanley y Howard Markman, *Marriage in the '90s: A Nationwide Random Phone Survey*, Prep. 1997 Denver, CO,. Además, de David Whitman, «The Trouble with Prematrimonial Sex», *U.S. News and World Report*, 19 de mayo de 1997, pp. 57-64. También, de David R. Hall y John Z. Zhao, «Cohabitation and Divorce in Canada», *Journal of Marriage and the Family*, mayo de 1995, pp. 421-27. Además, de Glenn T. Stanton, *Why Marriage Matters*, Pinon, Colorado Springs, CO, 1997, pp. 57-59.
5. Gudgel, *Antes de vivir juntos,* pp. 37-39.
6. Chuck Colson, «Trial Marriages on Trial. Why They Don't Work», *Breakpoint*, 20 de marzo de 1995. Además, de Jan E. Stets y Murray A. Straus, «The Marriage License as a Hitting License: A Comparison of Assaults in Dating, Cohabitating and Married Couples», *Journals of Family Violence*, vol. 41, 1989, p. 39. También, «Bureau of Justice Statistics», *U.S. Department of Justice.* http://www.ojp.usdoj.gov/bjs/abstract/cv73.95htm (consultado el 4 de abril de 2003).
7. Gudgel, *Antes de vivir juntos*, p. 41.

8. Larry L. Bompass y James A. Sweet, «National Estimates of Collaboration», *Demography*, vol. 26, 1989, pp. 6115-25. También, Lynne N. Casper y Suzanne M. Branchi, *Continuity and Change in the American Family*, Sage Publications, Thousand Oaks, CA, 2002. Además, de Larry Bompass, «National Survey of Families and Households Working Papers», N.° 2 y 5, recopilado por el Centro de Demografía y Ecología, Universidad de Wisconsin, 1989.
9. Gudgel, *Antes de vivir juntos*, p. 30-31.
10. Linda J. Waite y Maggie Gallagher, *The Case for Marriage*, Doubleday, Nueva York, 2000, p. 46.

CAPÍTULO 7

1. Judith S. Wallenstein, Julia M. Lewis y Sandra Blakeslee, *The Unexpected Legacy of Divorce: The 25 Year Landmark Study*, Hyperion, Nueva York, 2000, pp. xxxiii, 298-99.
2. Edward Teyber, *Helping Children Cope with Divorce*, Josey Bass, San Francisco, 2001, p. 109.
3. Jonathan Sandoval, ed., *Handbook of Crisis Counseling, Intervention, and Prevention in the Schools*, Lawrence Erilbaum Associates, Mahwah, NJ, 2001, p. 91.
4. Waite y Gallagher, *The Case for Marriage*, p. 125.
5. Stanton, *Why Marriage Matters*, p. 141.
6. Jane Mauldin, «The Effects of Marital Disruption on Children's Health», *Demography* 27, 1990, pp. 431-46.
7. Jane S. Tucker, Howard S. Friedman, Joseph E. Schwartz, Michael H. Criqui y otros, «Parental Divorce: Effects on Individual Behaviour and Longevity», *Journal of Personality and Social Psychology* 73, 1997, pp. 381-91.
8. Stanton, *Why Marriage Matters*, p. 141.

9. Ron Deal, *The Smart Step-Family*, Bethany House, Minneapolis, MN, 2003, pp. 107, 110.
10. «Shuttle Diplomacy», *Psychology Today*, julio / agosto de 1993, pp. 15-16.
11. William Doherty, *Take Back Your Marriage*, The Guildford Press, Nueva York, 2001, pp. 159-60.

Capítulo 8

1. Waite y Gallagher, *The Case for Marriage*, p. 3.
2. Glenn T. Stanton, *Why Marriage Matters*, Pinon, Colorado Springs CO, 1997, p. 80.
3. J.M. Mossey y E. Shapiro, «Self-Rated Health: A Predictor of Mortality Among the Elderly», *American Journal of Public Health*, 72, 1982, pp. 800-8.
4. Waite y Gallagher, *The Case for Marriage*, p. 49.
5. *Ibíd.*, p. 50.
6. *Ibíd.*, pp. 47-51.
7. *Ibíd.*, pp. 54-56.
8. *Ibíd.*, pp. 66-71.
9. *Ibíd.*, p. 96.
10. *Ibíd.*, p. 104.
11. *Ibíd.*, p. 112.
12. Joseph Lupton y James P. Smith, «Marriage Assets and Savings», en *Marriage and the Economy*, Shohana Grassland-Schechtman, ed., Cambridge University Press, Cambridge, Inglaterra.
13. Waite y Gallagher, *The Case for Marriage*, pp. 115-16.

Capítulo 9

1. Jerry Jenkins, *Loving Your Marriage Enought to Protect It*, Wolgemuth and Hyatt, Brentwood, TN, 1989, p. 142.

2. Doherty, *Take Back Your Marriage*, p. 134.
3. Lewis B. Smedes, *How Can It Be All Right When Everything Is All Wrong?*, Harper & Row, San Francisco, 1982, p. 61.

Capítulo 10

1. Donald R. Harvey, *The Spiritually Intimate Marriage*, Fleming H. Revell, Grand Rapids, MI, 1991, p. 24.
2. Howard and Jeanne Hendricks, ed. con LaVonne Neff, *Husbands and Wives*, de un artículo de Wayne Oates, Victor Books, Wheaton, IL, 1988, p. 158.
3. Dave y Jan Stoop, *When Couples Pray Together*, Regal Books, Ventura, CA, 2000, pp. 36-37.

Algunos pensamientos finales

1. Mike Macintosh, *When Your World Falls Apart: Life Lessons from a Ground Zero Chaplain*, Cook Communications, Colorado Springs, CO, 2002, p. 23.